

Certamen Literario Brunca 2021

Universidad Nacional de Costa Rica, Sede Regional Brunca



Compiladores

Ariel Robles Barrantes

Sharon Vanessa Gutiérrez Sánchez

Bryan Antonio Rivera Sandí

Certamen Literario Brunca 2021

Compiladores

Ariel Robles Barrantes

Sharon Vanessa Gutiérrez Sánchez

Bryan Antonio Rivera Sandí

860.4
C146ce

Robles Barrantes Ariel, Gutiérrez Sánchez Sharon Vanessa, Rivera Sandí Bryan Antonio, compiladores,
Certamen Literario Brunca 2021
/ Compiladores: Ariel Robles Barrantes, Sharon Vanessa Gutiérrez Sánchez, Bryan Antonio Rivera Sandí.

Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2021
210p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-582-46-6

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Christopher Valdeir Marín Zúñiga.

Editorial Nacimiento.

Diagramación: Adams J Ruiz.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier medio, mecánico o electrónico del contenido total o parcial de esta publicación.

Introducción

Cuento Regional

El jurado decidió conceder el primer lugar a la compilación de cuentos titulada “Cuentos indirectos” presentada con el seudónimo Jska Guayaba. Dicha resolución toma considerando diversos aspectos como la unidad temática, el manejo imaginativo del lenguaje, la estructura literaria y cada uno de los cuentos que conforman compilación (cuentos cortos). En cuanto a presentación formal de los textos, cumple con los requisitos solicitados en el concurso. Asimismo, convenimos conceder una mención honorífica al cuento titulado “más allá del viejo Pino”, presentado bajo el seudónimo de Steven Avila.

Poesía Regional

El jurado decidió otorgar el primer lugar al poemario titulado Los límites corporales del vacío, que se presentó bajo el seudónimo Joaquín Ocelote. Bajo imágenes nostálgicas y sinceras, el autor nos permite adentrarnos al pasado del yo lírico y nos muestra la realidad y los desafíos presentados al crecer tanto emocional como físicamente. Los poemas poseen una interconexión que los vuelve atractivos al ojo del lector. Además, los versos prestan atención a los detalles y los cierres de cada poema son contundentes.

Se otorga una primera mención honorífica al poemario titulado

Divagaciones, que se presentó bajo el seudónimo JafeMar. Por ser un texto confesional que emplea elementos de la naturaleza y cotidianidades que nos hacen reflexionar sobre la esencia del ser humano y las carencias del mundo que lo rodea. Asimismo, son versos que rompen el estilo tradicional mediante una mezcla de lírica y prosa.

Cuento Nacional

El jurado decidió dar el primer lugar a la compilación de cuentos titulada “La Casa de las Moscas”, presentada bajo el seudónimo

Ed Sheeran. Dicha resolución se toma considerando la actualidad de los temas, la unidad temática de los cuentos enviados, el manejo imaginativo del lenguaje, y la estructura literaria de cada uno de los cuentos que conforman la compilación (cuentos cortos).

Así mismo, convenimos conceder dos menciones honoríficas a los cuentos: “Día de Vacunación”, presentado bajo el seudónimo de Éder Yagua, y “Este Lugar Lejano”, presentado bajo el seudónimo Bruma.

Poesía Nacional

El jurado otorga por mayoría el primer lugar al poemario titulado El Hambre de los Náufragos que se presentó bajo el seudónimo Nassau. Concede el primer lugar por su riqueza de imágenes, lenguaje poético y el juego con lo emotivo, profundo y propio del viaje interior. Su temática forma unidad, desarrollada en varios momentos, algunas veces bajo un tono, para algunos intimista u obscuro y otras veces propios del lenguaje que golpea y grita lo que no se puede callar, que da vida a sus versos y nos rescata del tedio. Mientras se llega al eterno naufragio de adentro y de afuera, en la cercanía de la isla que somos.

En esta categoría el jurado decidió no dar ninguna mención honorífica.

Felicitemos a los ganadores en la presente edición del Certamen Brunca y también damos un gran agradecimiento a todas las personas que se sumaron este año con su participación.

Presentación

No es de hoy, tampoco de ayer, ha sido sistemático el abandono, la inversión pública en la Cultura es pobre, debilitada, golpeada, humillada. Si hay que recortar algo, se hace en cultura es así de simple. No ha cambiado mucho el escenario de un año a otro, la Pandemia justifica el discurso del recorte. Arremete contra toda identidad o lo que queda de ella. Abre las posibilidades a una alienación que debilita las estructuras de nuestra sociedad y lo que nos define. El arte es la puerta a una sensibilidad que abre mentes y percepciones, que construye alternativas transformadoras y mundos diferentes. Por eso, hay quienes le atacan no solo porque le restan importancia, sino que posiblemente le temen. Temen que el arte, la cultura, nuestra identidad, sea fuerte, robusta, irreverente y libre.

En ese debate, las Universidades Públicas tienen una labor determinante, definitoria, clave, como una trinchera de resistencia, rescate y fortalecimiento de toda expresión de arte y valor cultural. Dentro de esa lógica, el Certamen Literario Brunca tiene una importancia fundamental como un estandarte contra hegemónico que constituye una oportunidad para mantener nuestras tradiciones y orígenes. Es ahí donde se vuelve fundamental su papel que no viene desde hace poco, sino que recoge sobre sus hombros ya décadas de esfuerzos, se ha reconocido las obras de muchas personas no solo de la región, sino que también del país. Además de una historia que recoge los orígenes de la literatura y los pasos que la Región Brunca ha dado en la construcción de su identidad.

Los últimos cinco años el Certamen Brunca ha dado además un giro de vuelta a sus orígenes como un espacio que pretende darle voz a las personas jóvenes. Eso implica, como todo en el mundo de la literatura, algún tipo de ruido, sin embargo, vale la pena todo esfuerzo en esa línea. Esto ha logrado que el Certamen logre un espacio en el contexto literario del país desde una visión diferenciada tanto para la región como para las personas jóvenes que dan sus primeros pasos en este rumbo. Ese es y ha sido un

compromiso de la Universidad Nacional, Sede Regional Brunca, ser consecuente en la importancia de preservar y plantear estos espacios que ante los contextos recientes se vuelven más que esfuerzos visionarios, sino que también un empuje de resistencia en favor del arte y la cultura.

Ariel Robles Barrantes

Poesía Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Poesía Regional, 2021

El día jueves 30 de setiembre del 2021 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2021, género Poesía, Categoría Regional, conformado por los siguientes miembros: Francisco Corrales Castro, Joselyn López Rojas y Katherine Quirós Bonilla. Luego de examinar minuciosamente los poemarios participantes, el Jurado conviene premiar las siguientes obras:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR al poemario titulado *Los límites corporales del vacío*, que se presentó bajo el seudónimo Joaquín Ocelote. Bajo imágenes nostálgicas y sinceras, el autor nos permite adentrarnos al pasado del yo lírico y nos muestra la realidad y los desafíos presentados al crecer tanto emocional como físicamente. Los poemas poseen una interconexión que los vuelve atractivos al ojo del lector. Además, los versos prestan atención a los detalles y los cierres de cada poema son contundentes.

2. Otorgar una PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA al poemario titulado *Divagaciones*, que se presentó bajo el seudónimo JafeMar. Por ser un texto confesional que emplea elementos de la naturaleza y cotidianidades que nos hacen reflexionar sobre la esencia del ser humano y las carencias del mundo que lo rodea. Asimismo, son versos que rompen el estilo tradicional mediante una mezcla de lírica y prosa.

A quienes deseen participar en ediciones futuras del Certamen, se les recuerda acatar estrictamente las normas de la convocatoria, ya que algunos trabajos fueron descalificados por incluir el nombre del autor en lugar del pseudónimo. Además se recomienda que los textos sean revisados minuciosamente antes de presentarse al Certamen.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.

Francisco Corrales Castro

Joselyn López Rojas

Katherine Quirós Bonilla

Primer lugar

Pablo Romero Barboza

Los límites corporales del vacío

«La asombrosa realidad de las cosas / es mi descubrimiento cada día. / Cada cosa es lo que es / y es difícil explicarle a alguien cuánto me alegro de esto / y cuánto me basta. / Basta con existir para sentirse completo. [...] Si extendiendo el brazo, llego exactamente a donde mi brazo llega. / Ni un centímetro más lejos. / Toco sólo donde toco, no donde pienso. / Sólo me puedo sentar en donde estoy. / Y esto hace reír como todas las verdades absolutamente verdaderas, / pero lo que hace reír de verdad es que pensemos siempre en otra cosa / y vivamos evadidos de nuestro cuerpo»

Alberto Caeiro

Cambio de tiempo

Una porción de este siglo desvanece
con el espíritu de una vieja gastritis
que cuelga muerta en mi cuello

Visto la piel de lo efímero
que cacé y convertí en pantalón,
me visto como con nostalgia.
La sangre de mis miedos
la usé para pintarme el rostro

Y ahora soy un niño inmerso en sí
que sigue jugando solo, dispuesto a
morir un poco con lo que muere.

Pero no olvido los barrios
donde hemos jugado,
ni la nostalgia que
hemos creado.

Ingreso a otro cuarto de siglo
con la pasiva añoranza de
ver —minuciosamente— si
encuentro bordes para
sostenerme,
y encontrarme con nuevas
primeras veces
otra vez.

Cuerpo

*“NUESTRO CUERPO ES PRISIONERO
DE UN ALMA PRISIONERA DEL CUERPO.”*

Tiqun

Negué tanto ser cuerpo y
aun así mis raíces nunca
murieron

soy un gigante noble
pelo negro, castaño y rojizo
memoria cromosómica de los silencios
antepasados de otras familias y otros viajes

es mi cuerpo
la forma de hablar con el mundo
y yo lloraba la fuga de los verbos

me refugio debajo de este nombre, pablo
pero también soy este nombre, pablo
porto estos rasgos que soy y no
yo, en suma, yo
hablo desde esto que soy y no es cuerpo
ni nombre ni rasgos ni voz
ni genes perdidos de la United Fruit
esto que siento como detrás de mi rostro
como encima de mi voz
como metido en mis manos
y es lo que otros cuerpos
otros rasgos otros nombres abrazan

curioso
salí de mi mente
a jugar un rato en el patio
de mí, que también soy

La guaca del errante

*“No hay vacío, todo está habitado, cada uno de entre nosotros
es el lugar de paso y de anudamiento de cúmulos de afectos,
de líneas, de historias, de significaciones,
de flujos materiales que nos exceden.
El mundo no nos cerca, nos atraviesa.”
Comité Invisible*

Acampamos afuera del país de la vida prometida
nadamos en el viento construyendo una choza

descubrimos el poder y la rebelión en acciones diarias
que magnificamos por los efectos de la juventud
hilamos con guitarras noches de abrazos largos
y poemas confirmando teorías
cosidas a la soledad y las desilusiones
tardes nostálgicas en antiguos espacios ocupados
con plantas para reír que descubrimos cuando decidimos
no ser esos que definen su vida por trenes que se van

un día se apagarán los atardeceres
morirán las plantas, los errantes,
desaparecerán los lugares
se enterrarán los cuerpos con los que nos abrazamos
y solo las tardes de poesía en silencio
ante el cielo medio descolorido de enero
habrá sido espina dorsal de nuestra ilusión
cuando desmenuzamos los infinitos fracasos
en un parque donde pasaban otras vidas
con sus propios fracasos deshilachados
en los 2 metros de acera que camina al frente

el sol nos arrulló conversando afuera de una poza
y el sendero nos escuchó contar buenas noticias, al fin

comimos pinto del mismo sartén
dormimos riendo por los efectos secundarios
de la noche de habladurías que tuvimos

y llegamos a aquella piedra de un mirador que ignoramos
porque queríamos desentrañar esta forma de morir que elegimos

con homenajes al aguacate
danzando y riendo hasta desfigurarnos

y desfigurados creer que nos vemos
en el reflejo del vino vencido
esa carne que comerán los insectos
esos ojos que siempre tuvieron miedo
este cuerpo que cantó sus canciones de muerte
con cerveza de un año vencida
porque importaba compartir, no la despedida

no tuve nada más que amor profundo
a errantes que prueban hipótesis
con sus vidas encarando la razón
deseos de conversar hasta el amanecer, como hoy

se enterrará en nuestras guacas
tardes de humo y círculos
ecos de las risas y la tos
con que acompañábamos
los poemas y las canciones
las pinturas que derruidas
eran nuestro espejo

nada canjeable
nada del mundo real

nada que me aprisione
nada que me libere

y aun así, más que todo
el paraíso de mentiras
que se nos negó.

La raza de la contradicción

*“Si te acercas demasiado al sol, solo te quemarás”
Full metal, alchemist*

en la oscuridad de la luna
la ambición por consumir nuevas purezas
seguirá desgajando cada vez más desilusiones

no quiero mentirme,
mi país sin nombre
es constelación de voces
no quiero un lugar
donde no se permita
la impureza.
no quiero vivir en un templo,
ni natural
 ni cósmico,
 templo
 es templo.

ocupo un refugio,
un escondite breve,
en el camino hice una casa
vivo entrando y saliendo
buscando verdades donde sostenerme

con mi voz en llagas
y mi mente callosa
he matado verdades
sin añorar pureza como antes,
es para ver si debajo de mí
estoy yo, que nunca estoy.

Lo que el cuerpo aguanta decir

*“Me enderezo a medias, enérgico, convencido, humano,
y se me ocurren estos versos en que diré lo contrario.”*

Fernando Pessoa

Quiero ir hasta los jardines donde jugaba
y creía que así sería siempre todo
pero siempre que los recuerdo
significan otra cosa más.

No sobrevivo al camino
desde esos jardines de recuerdos
hasta este cuerpo cansado
pero me he adaptado en el viaje

Esto no es lo que quería decir
pero me entenece como
el único registro que tengo
para regresar cuando lo desee
al momento que lo provocó

Versos muertos que no se entienden
recordando días en que despellejamos los sentidos

Uso estas palabras claustrofóbicas
para volver a los recuerdos recortados
almacenados en mi cuerpo
destino y trayecto,
como todos los demás.

Siempre como todos.

El árbol

I

Un viejo aparta la semilla del mango que come
busca con la pala el lugar donde irá
arranca el monte que estorba
y hace el hueco del que saldrá
este árbol de mango que monto
y me salva de la vida sin muerte

II

“Lo terrible del mar es morir de sed”

G. Cerati

Con el mismo cuerpo que gozo
padezco y muero.
El alma que se abomba sin razón
en serotonina fosforescente,
se escurre en una flagelación absurdísima.

No necesito fluir
por un río interminable
hacia un océano ajeno
donde sé que no estoy.
Me muevo buscando tierra
y echo raíces con el árbol de mango
mi alma juega con las luciérnagas en la lluvia
y es mi cuerpo el que se moja.
soy oscuro camino de luciérnagas

Recuerdos del señor árbol
que sembró este refugio
donde soportar la corriente
de la vida corporal.

Un verso

En ciudadanía de un tiempo
compartido con infinitas conciencias

una idea clavada en el cuerpo
habla por los cuerpos
de esta ciudadanía atemporal

el gran río filtrado
por pequeñas nacientes
las ideas germinan
¿qué lluvia les hará
ser sombra río abajo?

la semilla abrazada
al fruto, no sabe si será árbol
pero toma con seriedad
su posición en el mundo

las ideas buscan cuerpos
con las que morir en un abrazo
y algunas quedan vivas.

Todo lo que puedo dejar
es un verso abrazado a una pulpa
que germina con la muerte.

El teatro de las preguntas

el espejo
clavado a presión en mi córnea
donde una hoja se llena
y se vacía de agua,
casi mecánicamente

los días que fui vida
y los que la muerte venía
por mi cuerpo reflejado,
acumulado en estructuras vacías
que insisten en responder mis preguntas

no hay respuesta que me calme
el espejo se corroe
el cuerpo refleja otra planta nueva
yo insisto en declinar las respuestas
que da los tiempos ajenos

y darme por satisfecho
cuando logro escribir
los huecos de la memoria
donde pasé noches en vela
plantando vacíos

volverán las preguntas,
los espejos que prometieron ser lente
y la los hilos de la desilusión
que forman mi nido en medio del viento.

Encadenado a la libertad

La libertad es tener raíces, sí, que se encadenan a la tierra cuando el trago seco del sueño la convierte en fango y el agua burbujea en las narices. Antes, nadé en esperanza por mi corteza y la clorofila eran sueños que drenaban mi entusiasmo, dejé entrarles en cada nervio de mi esperanza. morí cada vez que el sueño se transparentó, pero siempre siguieron infancias de sol donde puse tanto el cuerpo, que terminé erosionado.

Después, pensé por primera vez con verbos pasados y reconocí al fin el tiempo para saborear la cerveza caminando alegre de no haber conquistado el sueño pues con fango hasta los ojos no vería el sol compartiendo cielo con la luna.

Sueño

*“no quiero soñar mil veces las mismas cosas
ni contemplarlas suavemente”*

Soda Estéreo

Queríamos cambiarlo todo.

No pudimos lidiar con la traición, el llanto y la muerte de quienes nos acompañarían y que viene encarnado a la búsqueda de cambiar.

No teníamos miedo de interpretar un muerto, teníamos más vida que nadie, porque estábamos llenos de certezas entorno al sueño.

Sabíamos quiénes eran los malos y quiénes éramos los buenos.

Queríamos la felicidad de todos, pero es que conocerse no es ser iguales. Hoy sé para mis adentros que no quiero ganar, es más, no quiero ni competir.

No entiendo qué quieren los que quieren y ya tienen.

Cada vez que escribía o fotografiaba, sentía que cambiaba más rápidamente las nociones cuyas puntas junté para hacer la carpa en la que me refugio. Empecé a encontrar aquí las respuestas que el sueño me decía que estaban ya dadas.

Cómo será el morir, para que la gente acabe así el pesar. Será como dormir y saber que se está dormido o ni siquiera se dará cuenta uno del momento en que deja de existir y para nada tantos sueños gélidos en el vientre del sol.

Cómo puede ser el arte vida si detiene este momento por encima de los demás y cómo va a ser si para que exista arte debe existir el movimiento.

De niño miraba mi brazo y pensaba en el delirio de ser yo. Como iba a ser posible que, entre tantos, yo fuese yo.

Más tarde alguien comentó lo mismo y pensé que entonces todo el mundo sentía lo mismo. Al pensar esto se deshizo una idea que me rondaba y era la de que la vida podría ser un sueño.

Cansado de tener siempre un sueño velado y un hambre protegida

Esta tensión de la idea volviéndose cuerpo como la poesía se convierte en poema y deja sus estrías que son las que leemos

¿Cuáles son las estrías del sueño? ¿Una agrura, una deuda, un lomo desterrado?

Las tristezas las dejo hacer un hueco dentro de mí y llevarme a su abismo de corazón amargo y ausente.

Cuando se acerca alguien con su propia verdad extendida en sus labios le convierto en ideal

y cuando encuentre fisuras

le clavaré una daga.

contacto con el mundo e inician las dagas, los altares, los sacrificios.

quisiera ser siempre el que aprende a nadar en este río congelado pero también me aburro

entonces voy y vengo

siempre me queda aquella certeza en algún quicio de una puerta sellada para no ser cerrada nunca más.

Mención Honorífica

Jafeth Martínez Calderón

Divagaciones

Ausencia de términos~

Angustia leve cuando no es extrema, a veces placer suave,
egocéntrico sentimiento que nos invade cuando nuestra relativa
lucidez devela la verdad mundana, empírica y observable.

Lucidez confusa que semeja alucinación, anormalidad y locura,
irreversible locura ante los ojos apresurados, ojos de los prisioneros del “corre corre”.

Lucidez sabrosa, difuso sentimiento que despierta matices de ego,
Dulce y amargo, ni blanco ni negro
dulce el sentirse despierto frente al orbe
deambulando el mundo de los terrestres que se creen infinitos

Aunque orgulloso y celoso del exclusivo desvelo,
que deseos tan grandes de despertar a sacudidas al dormido,
deseos a veces reprimidos al desconfiar, ¿despabilado o tan solo
creo estarlo?

Dilema sin fin de sospechase dormido y soñar al despierto.

Ojalá encontrara término para describir a partir de él, a ese frio
contradictoriamente cálido,
a ese dolor gratificante que se experimenta al saberse finito,
al saberse polvo, al saberse consciente de su ignorancia,
al saberse espectador del significativo vacío de existir.

Se acaban~

Se acaban las velas
su fuego consume su propio cuerpo
una llamita constante se alimenta de la blanca parafina
otras, derriten un cuerpo colorido, porque de muchos colores las hay
hasta con hermosos diseños existen, pero todas parecen igual

Para muchos fines ellas se acaban
unas iluminan ceremonias,
otras acuden al rescate del apagón,
algunas pasan su fugaz vida acompañando melodiosas plegarias,
algunas otras se dedican rudimentariamente a la investigación
de oscuros terrenos
pero todas se acaban

Diversas son las velas, unas son más caras que otras
las hay grandes y pequeñas
algunas se consumen sobre lujosas bases
otras se pasan su vida de pie sobre cualquier superficie que las acoja
pero todas se acaban

Su forma cambia mientras más tiempo llevan encendidas
y sus largas lágrimas engrosan su estructura
cuando acaba, acaba silenciosamente, fundida con su base,
abrasada con la superficie donde estuvo de pie en vida
despidiéndose con una fina columnita de humo
que serpentea hacia el cielo o a quién sabe dónde

Ser vela, es ser finita
y desde que inicia su vida como vela, se va acabando
así de difícil es existir como vela
Por suerte somos humanos, ¿no?

Ido

¿A quién no se le va la mirada de vez en cuando?
Con los ojos en fuga a la nada mirando.
La vista se pierde porque en otro mundo estamos
donde los ojos para ver no necesitamos.

De pronto me encuentro conversando con alguien, ¿La voz de
mi mente? ¿Mi propia voz?

Y más allá de buscar una respuesta simplemente escucho, por-
que él soy yo, y yo soy él.

Porque él siempre está ahí,
dándome asistencia o asistiendo de más,
resolviendo cuestiones como que decir, que hacer, como ser o si
algo está bien o mal.

Por qué no puedo evitar percibir una dualidad,
Y es que no lo sé, quizá seamos más
Siento que no piloto solo esta máquina de carne que es nues-
tro hogar
Pero conversar con él es diferente si la mirada se me va.

Él tiene acceso a mis miedos, sentimientos y memorias,
cada cosa que me sucede él la somete a discusión,
me hace repasar vergüenzas y glorias
y es difícil comprender que yo sea él y él sea yo

No podemos huir de nosotros mismos,
aunque podemos tratar de ignorarnos
¿cómo silenciar a una voz sin sonido?
yo pienso que es imposible lograrlo

Al escandaloso le incómoda el silencio y vive inmerso en el ruido,
Eso para no lidiar con lo que quizá se diga a si mismo

Y es que no hay peor tormento
que el que puede provocar la voz que no tiene sonido

Somos la mejor y la peor compañía de viaje, mientras somos
también, la voz de la soledad.

¿Quién habla y quien escucha? Es que no sabemos ni quienes
somos cuando la mirada se nos va.

27 de enero del 2021

Guijarro

¿Será un defecto mío? ¿ser como la piedra que se hunde en el río?
Ser la piedra que se sueña hoja, esa que fluye con brío

Quizá...

¿Cuándo me tocara ser hoja? ¿esa que se lleva la corriente?
Arrastrado río abajo, ajeno a los remolinos de mi mente

¿Cuándo?...

Yo fluyo bruscamente entre las aguas que pasean a todos
Aunque quizá todos somos piedras de todos modos

De seguro...

Es que en el fondo de todo río hay hojarasca
Pues todo lo que no fluye irremediabilmente se atasca

Fondo marchito que solo la crecentada lo rasca...

¡Que me lance alguien por los aires! ¡Que me lance! ¡Aunque sea
de vuelta al río!

Mi parte plana me hará rebotar un par de veces antes de caer al
vacío

Pero que me lance con ímpetu, que no me dé tiempo de pensar...

Mientras tanto el río de a poco me lleva
Su violencia me aguanto mientras me mueva.

El río suena porque piedras trae...

Allá en la playa yacen piedras ya redondeadas

De tanto fluir brusco llegan todas golpeadas.

El río desemboca y por fin las deja botadas...

Al son de la luna la costa las baña
Con dunas de arena y con olas saladas.

Quizá no todas lleguen a la última parada...

¿Seré algún día piedra de litoral?
¿Esculpida por el río y acogida por el mar?

Acudiendo a la nada

Cuando cansado basta ir afuera,
al exterior, fuera de donde sea
a nuestro lugar designado
donde la conversación la entable el silencio.

Hay que dejar los pies descalzos fundirse en el zacate
no dejar caer la lluvia al suelo sin antes acariciarla
hay que dejar al viento robarnos un poquito el calor
y no dejar pasar desapercibido el ruido de las aves y los grillos.

Cuando psique y corazón concuerdan en no poder dar más,
entonces que se lleven al alma a pasear lejos de los bites y el
concreto

un ratito, por ahí o por allá
no hace falta un lugar inhóspito, sí uno en quietud.

Allá donde la muerte ocurre todos los días sin mayor alboroto
Allá donde el gavián se come la culebra en silencio
ahí vamos a encontrar a seres en apariencia, menos complejos
que nosotros luchando por lo mismo, seguir.

Que mayor terapia que levantar la barbilla al firmamento y
encontrarse en medio de estrellas muertas e imágenes del pasado.

Que mayor prueba de la insignificancia de nuestro mundo.

Un universo incomprensiblemente extenso,
en el cual todo lo que nos sucedió, sucede y sucederá tiene lugar
en un ínfimo punto azul de algún otro cielo.

Cuando cansado y desorientado, quizá nos haga falta un poco
de sinsentido.

Sí, ha de ser eso,
y lejos de ser abandono, es encuentro.

El sinsentido es tierra un poco pedregosa, pero exuberantemente fértil.

Son cielos un poco ventosos, aunque espléndidamente abiertos y liberadores.

Es un sendero un poco irregular pero fiable.

Es un mar un tanto turbulento, pero excitantemente basto y abierto.

Que fortuna para aquellos que labren y siembren su propio sentido en tan infravaloradas tierras.

Que dicha tan grande para los de alas fuertes que surquen tan pulcros cielos.

Pasos despreocupados darán los virtuosos caminantes de su sendero.

Y de gran ventura disfrutarán los navegantes que no se vean apabullados con la inmensidad de su mar.

...El sinsentido es el inicio de todo...

Nadie construye su morada sobre ruinas

Reflexiones de un presente sucedido

Me gusta creer que comprendí lo fugaz de un momento. Que no tenemos un antes, que eso llamado pasado son vestigios del presente sucedido, vestigios en forma de memorias. Y que eso llamado futuro no es más que un presente que se acerca con el constante caminar, una infinita sucesión del ahora, un presente tras otro. Comprender mínimamente esto fue la firme base para instaurar en mí un profundo sentimiento de nostalgia, el cual emergía cada vez que estaba gozando de un presente. Sin importar que tan habitual fueran dichos momentos, me reconforta pensar que no los di por sentados, pues de cuando en cuando recordaba que un día partirían al pasado, al empolvado baúl de los recuerdos. Ese que su rechinar al abrirse sonaría al unísono junto a suaves sollozos que emitirían mis adentros, al rememorar borrosas memorias de esos días. Presentes, que mientras los disfrutaba, surgía en mi un leve presentimiento de que pasarían a formar parte de mí para siempre, al menos mientras viviera y fuera lúcido.

Se aprende a vivir, creo haber disfrutado con exagerada nostalgia los recuerdos antes de que lo fueran, llorando de amor las memorias que ni siquiera eran aun viejas, extrañándolas incluso antes de que fueran difusas. Parte de aquella visión, fundadoras fueron las circunstancias, mediante las cuales comprendería qué significa ser víctima del sigiloso, implacable y romántico paso del tiempo, que nos va de apoco arrastrando a un día más, pero uno menos.

Mientras los presentes se suceden, todos alguna vez sienten que la relativa realidad que viven es una pista de obstáculos que solo pretende nuestro eventual desplome en la forma más prematura posible, y me incluyo. Sin embargo, creo que es posible estar agradecido incluso con las circunstancias menos deseadas. Que no me mal entiendan, pues nadie escarmienta por cabeza ajena, y no estoy capacitado para opinar por aquellos que los han abrazado las peores desgracias. Pero toda experiencia nos vuelve algo diferentes, quizá no mejores, pero diferentes.

El cementerio más grande de la historia

Donde no hay lapidas yacen algo más que cuerpos
En serio,
Hay lugares en donde hay más muerte que en ninguna otra
parte
Allí mueren algo más que personas

Ahí no se dejan flores, ni se derraman lágrimas, ni se dejan escapar suspiros u oraciones
Allí las suelas pisan terrenos fúnebres con inmensa tranquilidad
No hay luto, no existe pésame para nadie
Allí se pudre una parte de todos

Díganme como no considerar muerte a tal cosa
matar la curiosidad, enterrar las preguntas profundas
Como no es delito transcribir un mundo descomunalmente complejo y hermoso a papeles bond
y que comprenderlo se limite a llenar de tinta y grafito guías y folletos.

—“Supongo que es alguien muy inteligente, porque está en último año”—dijo alguien sin duda alguna.

—“Hum, yo creo que acá no se premia el aprendizaje, sino más bien la memoria”—contestó otro.

Y así alguien pensó que quizá otro tenía razón, y ambos continuaron memorizando sus anotaciones.

Un lector muere cuando se da un divorcio entre el gozo y las páginas

Un lector muere cuando lo que importa es si puede contestar unos cuantos ítems en base a un resumen carente de contexto.

Nadie aprende un lenguaje memorizando líneas sin siquiera entenderlas...

Y Pepito quizá nunca tenga que llevar 2500 naranjas y 1500 limones en su carro,
pero pepito quizá algún día se interese en alguna profesión referente a los números,
pero estará en irremediable desventaja con los demás,
pues su matemático interno murió prematuramente cuando lo que aprendió fue a aprobar y no a aprender...

m.s.n.m

Las razones son obvias
no tanto para quien no gusta de hacerlo
lo que mueve el cuerpo no es otra cosa que su espíritu
el deseo de este por paz, quietud y soledad.

Deseo yo, por ejemplo, que al levantar la mirada no se interponga nada,
entre mis retinas y el azul, que no se posen los cables,
que la mirada no me alcance para percibir tanta lejanía
y que la grandeza del escenario me haga perder la percepción de la distancia.

Que serenidad descansar la mirada sobre el dorso níveo de las
nubes
apreciar con calma sus sombras oscureciendo la geografía
quebrada
enajenarse de la masa, quedar suspendido entre reflexiones para
sí mismo
inundarse de paz al mirar de hito en hito la sublime quietud del
páramo.

El paisaje es tan magnífico que la flora actúa cordialmente
no crece más allá de lo que lo hacemos nosotros
para dejar vía libre a los ojos del senderista
y por la noche para ser techo abierto al firmamento.

Después del ocaso el telón azul se desvanece
a la intemperie sucede el mayor de los espectáculos que nuestro
mundo ofrece
espectáculo que ha inspirado al humano desde tiempos
inmemorables
fundador de innumerables religiones y mitologías.

Como un cuerpo de agua, que a menos profundidad más claro se distingue el fondo

así es nuestra atmósfera, pues allá donde nos agitamos fácil, su densidad es menor

menos gas entre nuestras pupilas dilatadas y los cuerpos celestes, cielo diáfano origen de todo cosmonauta.

Puede que la neblina abrace la zona

pero como suele suceder, la manta blanca desciende la cordillera descansa sobre los valles durante la madrugada

y una vez más se da el encuentro entre espectador y el indiferente.

Vetustas rocas se imponen en la altura

su edad escapa de la imaginación humana

erosionadas y tranquilas transmiten el mismo mensaje

maestras de vida sin emitir sermones ni discursos.

Quizá sea hostil para el cuerpo, es un hecho

quizá descomunalmente afable para el espíritu

tal vez por eso algunos le aman, pues desdeña lo humano

sin embargo, que ventura caminar el cerro al que poco le importamos.

2:30 am

Sea cual sea el desdén del momento cada uno recurre a pensar en lo que le motiva. Muchas veces nos alienta una imagen victoriosa de nuestra persona triunfando sobre lo que sea que nos somete. Yo pienso en mi madre, bastante de hecho, más estando tan lejos que vemos el sol ocultarse (dependiendo la temporada) hasta con 2 horas de diferencia. Yo pienso en ella, pienso en su trato, visualizo a mi yo del pasado siendo protegido por ella, pienso en el yo del presente siendo aconsejado. Es que nada me importa si tengo un mensaje de ella preguntando por mí, y es allí donde encuentro lo único que puede darle valor al humano, el amor. Pues mi estima por la humanidad, y en general por mi existencia se resume a ella. Claro que estas reflexiones emergen cuando analizo mi sutil accionar frente al todo. Es evidente la presencia de su amor en cuanto cualquier disgusto rutinario es opacado por la dicha de tener su persona. Imagino entonces que todos los seres humanos como similares, y me pregunto yo ¿Qué sería de nosotros sin amor? ¿En que pensara alguien que ni siquiera cuando menos, tiene los recuerdos de alguien que le amo? Es ahí donde asumo que somos más simples de lo que creemos, pues son aquellos vacíos de amor los gestores de toda incapacidad de empatizar con la humanidad, con el mundo en general.

Existe la posibilidad de conectarse con todo cuanto existe dentro de esta esfera azul, sin embargo, es necesario gozar de cierta virtud. Creo firmemente que es el amor el origen de toda conexión exitosa con el todo. Por lo que la falta de amor proveniente de otros, e incluso por parte de nosotros mismos, resulta en una profunda desdicha. No necesariamente hay que carecer por completo de amor o de vínculos con otros para ser incapaz de dicha conexión. Basta con tan solo estar distraído, solapando el amor recibido con basura mundana, basta con ser inconsciente del afecto de otros y la dicha que se posee. En dado caso, inclusive los dichosos, pueden conectarse de forma insatisfactoria al mundo, a la humanidad, a

la naturaleza. Ser una persona conectada no se trata de ser alguien cuya existencia es estrictamente entregada a los demás, al exterior.

Se trata más bien, de existir como un ser consciente de su impacto en el todo y en si mismo,
portador de gran virtud que mantiene un flujo constante del amor que posee,
transmitiendo su dicha a todo cuanto le rodea mediante su actuar,
un ser que no inflige daño sin propósito alguno.

Es entonces para mí, una manifestación del amor, ser y dejar ser. Que, aunque no le brindemos dicha a nadie, que no seamos tampoco un elemento negativo que reste de la misma. Dicho flujo de amor puede afectar todo, pues lo que se hace con amor difícilmente resultara mal por completo. He ahí la importancia de ser amor al menos en una de sus muchas formas. Y más aún, ser consciente del amor recibido y de sus vacíos.

La gratitud es entonces otro elemento indispensable de la ecuación. Pues podemos estar conscientes del amor del que gozamos, pero no es por otro medio que la gratitud, a través de la cual llegaremos a realmente valorar el amor. La gratitud es famosa por nuestra carencia de la misma cuando damos las cosas por sentado. No es que nos demos cuenta de las cosas hasta el momento en que las perdemos, es que las tuvimos sin sentir verdadera gratitud por ellas. Creo profundamente que seremos incapaces de ser agradecidos con las cosas que anhelamos conseguir, si no somos capaces de estar agradecidos con las gozamos en nuestro ahora...

Gratitud con la taza de café que tomamos,
con la capacidad de salir a caminar y ver la tarde caer,
gratitud con la compañía desinteresada de un perro que mueve la cola al vernos,
con la persona que entrelaza sus dedos con los nuestros,
con quien presta su oído a nuestros pensamientos...
o con mi madre que me tiene presente en sus oraciones.

Poseiones

La pertenencia ¿Qué significa tener?
Tener algo
Poseer aquello
Que confiados proclamamos poseer las cosas

Me pertenece tanto el aire como me pertenece la luna
y si le pertenece a alguien que la esconda para que nadie más la
tenga
que si tiene dueño ojalá no se le ocurra cobrar por las mareas
porque ya algunos se han proclamado dueños de la lluvia.

El amante de lo ajeno lo toma porque lastimosamente puede
¿O es que acaso existe tal cosa que le impida a alguien robar
algún bien?

Bueno, de pronto y me pertenece mi vida, quizá eso si me
pertenezca
pues nadie es capaz de poseer mi vida
en cuanto me la quiten no lo poseerán, pues si no es mía de
nadie será,
y mi cadáver será no de la tierra, será tierra que es diferente, tie-
rra que a su vez no es de nadie.

Si la vida es lo que tarda en oxidarse mi ser
¿Será la vida entonces equivalente al tiempo? ¿Tengo tiempo y
no vida?
¿Y si para tener hay que poseer sin límite temporal?
entonces nadie tiene nada.

Yo ocurro aquí y ahora
y no pertenezco ni me pertenecen...

Amenos que mi ser se entregue por voluntad

solo así pertenecemos o nos pertenecen...

Bajo las reglas del amor y lo subjetivo
pues en la carencia de significado, solo los imaginarios nos sal-
varan del vacío,
y solo así el tener significa algo.

Quien se explica y no se define

El uso de la palabra nos expone como ningún otro acto para bien o para mal, es honesto reflejo del ser, como los ojos que no mienten.

Se queda corto cualquier otro esfuerzo por describirnos, pues quien escribe, se desglosa en líneas, explica sus contrastes.

Quien se plasma en textos,
lo hace por necesidad,
la palabra es por naturaleza orden y sucesión
transforma el caos, permite sobre llevarlo, he incluso disfrutar de él.

Siendo algo para uno mismo
tiene su valor agregado al compartirlo con nuestros semejantes
le veo gran valor cuando aprecio la obra de grandes mentes que,
con su uso del texto,
nos ayudan a encontrar respuestas enigmáticas, a encontrar posibles términos para lo que no posee
y de esta forma aliviar ese oscuro sin sinsabor del caos inexpressado

De forma que escribir es abrirse y sentirse algo vulnerable
pues no existe lugar más íntimo que nuestros adentros
Además de vivir en la masa de carne,
vivimos en lo que pensamos, me observa más agudamente quien me lee que quien posa su mirada sobre mi piel...

Qué pena entonces encontrar a algunos haciendo esfuerzos por definirse como seres de gran profundidad
usando la palabra de forma inextricable.

Para manipular la percepción del otro de nosotros mismos ya existen las redes sociales,
y la honestidad de las letras no se prestan para engañar.

Profundo aquel que se explique con eficacia
que no solo diga algo, sino sepa algo, que se pregunte algo...

el mayor acto de apertura personal
un esfuerzo natural por explicar lo intangible
leámonos unos a los otros
Porque entre líneas los filtros no hacen falta...

20 años

De forma muy osada los eruditos estiman la edad de nuestro universo en unos cuantos miles de millones de años.

¿Qué tan acertados estarán con tan exorbitantes periodos de tiempo?

Aunque dichas estimaciones estuviesen erradas, los números continuarían siendo absurdamente grandes.

E incluso considerando lapsos de tiempo más cortos y comprensibles para nuestra humanidad, toda línea temporal evidencia lo absurdamente corta que es la vida humana.

Incluso desatendiendo dichas estimaciones, todo cuanto nos rodea nos expresa la inmensidad del tiempo, la ingente extensión del pasado, y la ciertamente infinidad del futuro.

Procesos como la formación de la geografía, la erosión de las rocas, la fosilización de antiguos animales y demás procesos que ocurren frente a nuestros ojos a un ritmo ridículamente lento,

son las más maravillosas pruebas de que somos un instante, pues esos eventos ocurren, y podemos atestiguar sus términos, por consiguiente, estimar su amplitud.

En cuanto a esto, dando un giro un tanto abrupto, me pregunto yo ¿Qué es la muerte si no la ausencia de vida?

Supongamos entonces que nuestro universo tiene 14 mil millones de años, suponiendo claro,

es poco relevante si en realidad tiene menos o más, el número será de igual forma masivo,

Entonces mi persona lleva 13.999.999.980 de años sin existir, pues a mi edad tengo 20 años de estar existiendo como yo.

Quizá la materia que me compone tiene esa misma antigüedad, sin embargo, mi concepto, mi verdadero yo, lleva un gran tiempo sin existir, sin vida.

Por lo que quizá ya llevamos muertos más tiempo que lo que llevamos vivos,
y dejaremos de vivir para permanecer aún más tiempo en dicho estado.

Me pregunto yo entonces, ¿Cómo no amar en sobre medida nuestro instante?

Las circunstancias y la realidad nos proveen de un chance enteramente fugaz para experimentar este fenómeno llamado vida.

No es ciencia, ni ficción

No es religión ni creencias

quizá estas reflexiones ni siquiera tengan cabida,

pero no imagino una existencia completa sin incluir en sus fundamentos las grandes preguntas que nos regalan las rocas y el cielo.

Poesía Nacional

Acta jurado Certamen Literario Brunca, Poesía, Categoría Nacional 2021 El día martes 28 de agosto del 2021 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2021, género Poesía, Categoría Nacional, conformado por los siguientes miembros: Iris Valverde Usaga, Tatiana Loayza Aguilar y Miguel Ángel Castro Guevara. Luego de examinar minuciosamente los poemarios participantes, el Jurado otorga por mayoría el PRIMER LUGAR al poemario titulado El Hambre de los Náufragos que se presentó bajo el seudónimo Nassau. Por su riqueza de imágenes, lenguaje poético y el juego con lo emotivo, profundo y propio del viaje interior. Su temática forma unidad, desarrollada en varios momentos, algunas veces bajo un tono, para algunos intimista u obscuro y otras veces propios del lenguaje que golpea y grita lo que no se puede callar, que da vida a sus versos y nos rescata del tedio. Mientras se llega al eterno naufragio de adentro y de afuera, en la cercanía de la isla que somos.

Se adjunta el voto de minoría, a cargo de Iris Valverde Usaga, para efectos de su voto salvado en cuanto al primer lugar.

“Mi voto es por dar el primer lugar al poemario titulado “La guerra muda”, seudónimo del autor: Wolaba. Encontré en este trabajo una fusión de temas desde lo más universal y mediático, hasta la particularidad histórica y cultural más entrañable. Las ideas se hilvanan con armonía, los versos fluyen y nos envuelven en imágenes simples pero contundentes. Rescato particularmente la construcción de los finales, ya que el autor logra dar a cada uno de sus poemas un cierre que impacta y convence. No hay uso de palabras vanas o intrincadas, el mensaje es relevante y tiene música. Aplaudo el hermoso uso de la palabra.”

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.

Firmado digitalmente
 por IRIS VALVERDE
 USAGA
 Fecha: 2021.10.04
 16:52:43 -0600'

Iris Valverde Usaga

Tatiana Loayza Aguilar

Firmado digitalmente
 por MIGUEL ANGEL
 CASTRO GUEVARA
 (FIRMA)
 Fecha: 2021.10.04
 16:40:07 -0600'

Miguel Ángel Castro Guevara

Primer lugar

José Ignacio Arias Ruiz

El Hambre de los Náufragos

*Quise gritar pero el agua me calló la boca.
Desde entonces en un oído escucho,
aunque esté en el desierto, oleaje del Caribe.*

Elisa Díaz Castelo.

Pogromo

(Náufrago primero)

Recuerdo a los hombres de aquella isla
cobijarse en sus mantas junto a los crustáceos y esponjas
protegidos de fuertes oleajes
sanando las llagas de sus palmas
en las que se señala el tesoro bajo sus lenguas

Comienzan a arrancárselas
no hablan de su escondite
ocultan los corazones del charco de limo
que crece
para que lleguen las aves
de todos los nidos
los caballos que se acercan
con el relincho de las escamas

Las manos desaparecen
los brazos caen como remos
sus piernas se alinean con un clavo
convulsionan en la esquina de la barraca

Los ladrones no son ya pescadores
ni los pescadores hombres

El vientre lunar da a luz una resaca
que hace regresar a los Arenques y Boquerones a la orilla
en un barco que nadie ha visto
Traen las destrucciones de los huracanes
las fiebres
los vuelos de los hálitos en las costas perdidas
jaulas de hormigueros
y la maldición del cielo

Construyen barracas para el invierno
casas de la muerte
adheridas a los dientes de las rocas
los primeros arcoíris se diluyen en ellas
son un hueco en el ápice del dedo de la tierra
sus ojos anclados ven los marinos zarpar en el verano
sueñan con remolcar los navíos hacia los pabellones de arrecife
Recogen sus pies remachados
en los que cae un pelícano
Su coliseo gular trae una batalla entre los remeros y el remolino
que traga sus cuerpos
El ave es herida por el disparo de un cañón
y se queda a morir junto a ellos

Los barcos espaciales surcan ríos
que vadean los dioses
Arenques lanzan las raíces del árbol
para atar al nuevo mundo de acantilados
se sujetan como monos de sus lianas
avanzan delante de los cuerpos congelados
El mar se abre en las gargantas
y son tragados por el fuego de los cometas
a las playas de cadáveres
donde una niebla los recibe.

Llegan a cobrar la venganza de Gadus
ningún pez tiene los ojos más azules
Lo atraviesan con una de sus espinas
maldita Sardina Judía o Armenia
la encierran tras los barrotes una centuria
En la trampa de esconderse de la muerte
ordenaron dejarlo sangrar
hasta que su cuerpo fuera rojo

Suben por la ensenada a quemar las anemonas
a romper los vitrales
para que hombres
quemados y golpeados
desfilen sobre los cristales de sus cráneos
es una lluvia de aerolitos
desde el asedio del fuego

Caen como imanes
a sus botas de acero
sonámbulos
intentan resistir a la luz abierta en los costados
una noctiluca los ilumina
para que un dios pueda verlos
colgados
sorprendidos por la claridad.

Su pecho es una alcantarilla que no cierra
en la esquina de los parques comen pan mojado
desnudos y ebrios
sienten el barco de las arcadas
cuando ven los restos arrastrarse en el suelo
como una baba que es obligada a volver al cuerpo.

Una casa donde el dios posa su mano
se ve a lo lejos
encogen los brazos del collar de Cristos para que entre
con carbón de la pólvora
dibujan una marca que no deja pasar a la plaga
caminan sobre el agua
en la que nada el pez de dos mil cabezas
y callan a la tormenta
Nada de eso sirve
los carceleros entran y cortan a la Sardina
que se despedaza en fragmentos de hombres
lanzan sus cuerpos al fuego,
abren los estómagos de las ballenas para crucificarlos en arpones
las teas proyectan sus sombras atadas
hasta el inicio del próximo continente

Es un funeral luminoso... la sal marina huele y sabe a sangre
Los matan a todos
retiran y queman los techos
quiebran los dedos de la mano.

*Verás un desierto
Verás el mar en el desierto
Verás tu odio
Verás un país de sed.*

Raúl Zurita.

El portal de la luz

(Náufrago segundo)

He despertado
el humo sigue suspendido
tuve que lamer los dedos para no conocer
el hambre de los náufragos
Dibujó sus rostros
hablo con sus labios que no se mueven
y escucho la clara simpatía de las risas
cuando les cuento que he sido sumergido en el agua
y soy inmortal
y corro con el talón de un centauro
Les digo pronto saldré envuelto en la red de un pescador
mientras nado con los infusorios
que navegan desde otras venas hasta las mías.

El Pelicano ha visto mi nacimiento de un relámpago
erijo mi taburete
para ser adorado por los moluscos y las caracolas
asciendo en el suspiro de un paracaídas de trigo
y en el aire siembro toneladas de cerveza
para los marinos de Jarmo
desde hace ocho mil años

Vivo en esta cueva donde inició el mundo
con los animales extintos
reunidos todos sus huesos bajo mis pies
para hacer las primeras pinturas de sus lomos rojizos
y me he puesto la piel de un reno en la cabeza
para danzar con los bisontes sobre la piedra

El chamán hereda su báculo en mi brazo
para trazar los primeros vanos de las paredes
que descubren sobre un pedestal
la escultura de dos tigres
que borran entre rugidos
las huellas de los que observaban sentados

Yo ahora soy el mago
y cuelgo una de sus garras en mi cuello
y me crecen alas y puedo viajar al sur
Mis manos entonces serán blancas
y alcanzaré los quinientos años.

El suelo es la isla lejana donde encuentro el paraíso,
debajo de mi cama hay una gran montaña
que se extiende alrededor del Minarete
descubierto por el instinto de los pájaros
que me nombraron el Almuédano
para llamar a todos los musulmanes
Allí se cierra el océano
en la cuenca del ojo vacío en la que vive un emperador
como el rayo del sol mítico que se apaga en las deltas
es el músico que hizo secar las aguas del diluvio con su piel

—Mi camino está en el Sur —le digo— Allí corren los ríos rojos
—Las semillas del bosque te esperan —dice— Debes quemar el
bonsái que llevas en las manos Entre las nieves que buscas camina
el Huemul y se escuchan sus pisadas como el cortejo de la nueva
estación ha atravesado las grandes cordilleras con su huella más
allá de todas las zonas todas las primaveras Caminarás sobre las
cumbres nocturnas allí podrás usar una corona y lavar la sangre que
cubre esas rocas Encontrarás el rostro de la muerte amontonado en
los cuerpos que imitaron los colmillos del horizonte

—Debo antes salir de esta casa de madera la alucinación de una
fluorescencia de ángeles que llaman al sacrificio me consume

—Primero sobre la montaña que has descubierto harás un jardín
y en los hoyos de la arcilla púrpura elaborarás una jarra de té en la
que quepa el estanque en el que duerme un pez pegado al agua —
me ordenó— Él te dará la inmortalidad

Escalo entonces por la espina que hiere el alba moviéndose
tenso el cordón con mis manos nevadas
y el océano se eleva varios metros por el desprendimiento
despliego mi para-subidas hasta el piramidión
a su alrededor veo flotar tres figuras transparentes que meditan
sus piernas son el aire de una propulsión

Uno de ellos se creó a sí mismo
y al Jade que gravita en el collar del Universo
otro pintó una estela celeste en mi frente
y se hicieron todas las cosas bajo nosotros
el último recibió un pergamino y descendió
Estoy solo en la cumbre con el aire el agua y los árboles
tomo todas las rocas
arranco en trozos el pasto
y las cubro y son una montaña.
Trazo los surcos del agua y la sangre es su pulso perpetuo
y debajo entierro las patas de una tortuga

También un peñasco
para que cuelguen los murciélagos
las cataratas de glicinas
y las pinturas en cada una de las entradas

Confecciono un ramo de árboles y en sus rincones
un dragón incendia al fénix
y en el himno de las órbitas
se crea la tierra más grande sobre la tierra
Petrifico a los patos y los coloco como gárgolas
para que vigilen cuando el primer bambú crezca
tejo un barco de juncos para que lleve a los niños en espirales
al pantano
orino sobre el agua y es verde y crecen miles de azollas
y de un nenúfar brota un sapo

El estanque prometido se revela en el centro del jardín
moldeo mi jarra en el sonido de un volcán
y comienzo a drenarlo en ella
El pez adherido al agua
salta para formar un torbellino de algas
que destruye el sentido de los horarios
Existe la leyenda de que puede desafiar los causes
y vencer los demonios de las cascadas
Así cruzado el puente líquido
cae dentro

Enciendo un fósforo con el que se ahuyenta El Pelicano
no soporta el fuego
le hace recordar los circos móviles de los piratas
en los andamios luminosos
Coloco la jarra en su nido donde esconde un alfiler
al instante un temblor causa una grieta en la isla
la barraca es una lámpara siendo frotada,
lista para que yo salga
Pero los dioses de la cumbre están llenos de furia
y convierten al pez en un dragón

Ve mis ojos
y prende una fogata bajo sus garras
todo el cuenco se reduce a cenizas
las hierbas y el barro.
Hago una armadura de seda de tela de araña
tomo el alfiler escondido y me unjo con su sangre

El monstruo se reduce de nuevo a su forma
y atravieso la cerradura
en su beso metálico

Empujo la puerta
solamente volteo para decir adiós
a los rostros de los amigos
sus caras como trofeos de cacería
como pinturas que absorbe la pared
cuando los piratas los colgaron

*“¿Por qué has hecho a los hombres
como peces del mar,
como reptiles que no tienen jefe?”*

Habacuc 1:14

*“Aunque se escondan
en la cumbre del Carmelo,
allí los buscaré y los tomaré;
aunque se oculten de mis ojos
en el fondo del mar,
allí ordenaré a la serpiente
que los muerda”*

Amós 9:3

*“Pero los impíos son como
el mar agitado,
que no puede estar quieto,
y sus aguas arrojan cieno y lodo”*

Isaías 57:20

Revelaciones de la orilla

(Náufrago tercero)

Hay un hombre en una esquina, donde hace un altar para el pescado que tose y escupe lodo al rostro inmóvil. Su sombra se mueve detrás, pero él escucha algo que nadie, y que el pescado dice:

—Dios te obsequió un bote en aguas tranquilas, te dio una red endosada con la sangre de un ángel, un anzuelo hecho de la lengua de un demonio y las medidas de un arca para tu familia. Pero pintaste una bandera negra y la colocaste sobre tu frente, conociste una sirena loca en un pozo y la sacaste porque te engañó y caminaron juntos la arena del desierto. Tomaste tres piedras que rodaban, y las escondiste en su vientre y todas crecieron deformes. Sintieron hambre y las comieron, junto al escorpión y la serpiente. Una voz en medio de la noche hizo llover, y recordaste el mar creciendo en tu boca, y besaste los pies de la sirena y también pudo recordarlo. Ambos vagaron un desierto que no existe en la mente de los hombres. Escuchaste a dios en las gotas de la lluvia. Siguieron a una araña blanca que también podía ser el polvo bajo sus pies y, al llegar, encontraron al Behemot dormido sobre la orilla del mundo. Lo atravesaron con un diente de un pez gigante, y cuando quisieron mojar sus cuerpos, el agua comenzó a hervirse y Dios cerró la grieta de la piedra de la que pensaban beber.

Viste la isla de los cuerpos salir del tuyo, tus brazos flotaban en las cabezas de las medusas, te viste desde el aire; levitando. La bruja blanca cerró tus ojos y los duendes hicieron rondas en tus pies. Robaste una naranja de su huerto y lanzaron balas de cañón a tus dientes, abriendo las puertas del hambre. Tu padre regresaría cada noche sin reconocer tu rostro y tu madre haría el cadáver de un santo con los restos de una gallina y a tu hermano lo tragaría la garganta del río.

Vagarás en el mar de la sed.

Vagarás en el mar de la sed.

Vagarás en el mar de la sed.

Subo las escaleras y de rodillas, hay una mujer sosteniendo un dragón, mientras busca la moneda de oro que cae de sus escamas. Es una rueda invisible que brilla en sus ojos y aparece en sus manos. El velo de la cara se retira, pero ella escucha algo que nadie, y el dragón dice:

—Tuviste un hijo que se extravió en la corriente de tu sangre, fue devorado por tus propios dientes y ahora gotea en las uniones de tus huesos. El grito imposible de su llanto resuena en las paredes de tu estómago; es por eso que adelgazaste tanto. La piel se adhirió al vacío y lo buscaste, y lo buscaste hasta desaparecer... Rezaste a Dios para encontrarlo y él te dio tres piedras deformes que guardaste en un saco. Intentaste ponerlas una sobre otra y crear la forma de tu niño perdido, abriste sus centros y clamaste porque su casa estuviera ahí, oculta.

Encontraste a Dios ardiendo en el monte de la locura.

Encontraste a Dios ardiendo en el monte de la locura.

Encontraste a Dios ardiendo en el monte de la locura.

Cuento Regional

ACTA JURADO
CERTAMEN BRUNCA 2021, CUENTO

El jurado, en el genero de cuento del Certamen Brunca 2021, integrado por las personas académicas Miguel Calderón Quesada, Ilieth Barboza Gamboa y Deyanira Jiménez Zúñiga, luego de leer y discutir sobre el material remitido al concurso, resolvemos por unanimidad:

Conceder el PRIMER LUGAR a la compilación de cuentos titulada “Cuentos indirectos” presentada bajo el seudónimo **Joska Guayaba**. Dicha resolución toma considerando diversos aspectos como la unidad temática, el manejo imaginativo del lenguaje, la estructura literaria de cada uno de los cuentos que conforman la compilación (cuentos cortos). En cuanto a la presentación formal de los textos, cumple con los requisitos solicitados en el concurso.

Así mismo, convenimos conceder UNA MENCIÓN HONORIFICA al cuento **Más allá del viejo pino**, presentado bajo el seudónimo de “Steven Avilam”. Por último, dejamos constancia de la calidad de los cuentos recibidos, a pesar de que no todos han podido ser reconocidos con un premio o una mención.

Sin más, firmamos en Pérez Zeledón de Costa Rica, a las 16 horas, del día 29 de septiembre del 2021



MSc. Miguel Calderón Quesada

MSc. Deyanira Jiménez Zúñiga

Bach. Ilieth Barboza Gamboa

Primer lugar

Jostin Andrey Mena Fernández

Cuentos Indirectos

Cartas a Kalioga

De la tarde del 43 de Trúfula; el día en que el cartero del Rey Leandro, fue asesinado:

—Señor Leandro, fui el mejor cartero de este viejo pueblo putrefacto. El peso de las cartas debilitó mis manos. No podría nunca más trepar un muro con ellas para lanzar a los patios una de sus correspondencias. Espero recuerde las manos que le dieron validez a sus decretos; pero más que eso espero, que cada vez cuando sus sandalias divinas rocen las aceras, pueda sentir las mías, tan gastadas como el papel sobre el cual he escrito mis memorias. No suelo escribir cartas, digamos que toda la vida me enfoqué en entregarlas; no en hacerlas. Pero he hecho unas cuantas antes de este día. Le ruego que sean entregadas una vez que mi alma devore su espada.

Terminé con todo. Pronto tendrá al mejor de los muchachos trabajando cerca de su arcaico mandato, transmitiendo sus sentencias a los del lado oeste. Pero le diré algo, Rey Leandro, sé que mi muchacho no será jamás el cómplice de un asesino. Sigo confiando en eso, aún después de la visita de ayer.

Sé, Rey Leandro, que estoy dejando nudos sin desatar y palabras que olvidará pocos segundos después de haber insertado su furia contra mi pecho; pero, le ruego complazca a este hombre quien solía ser su siervo y, escuche mi último relato.

No puedo hallarme arrepentido por lo que he hecho; sabe usted que me es imposible como hombre justo, actuar en conformidad con sus deseos. Se me acusa de cambiar el contenido de sus cartas y darles esperanza a quienes estaban destinados a una muerte fría y abrasadora. Que conste que solo soy culpable de la segunda parte de esta acusación; porque, ¿Cómo se puede juzgar los medios que usa un cartero maltratado, si su único recurso son las cartas? Mis cartas, son lo que para usted es el poder, Rey Leandro. Usted utiliza su medio para asesinar a cientos, yo usé el mío para salvar decenas. Pero hay algo que usted, mientras se levante siendo Rey, jamás

tendrá: mis cartas. Una carta solamente, Rey, una sola, la misma que yo recibí ayer.

Permítame contarle esto antes de... ya sabe... antes de que siga siendo Rey. Ayer me visitó uno de los más bellos cisnes de su lago, el más blanco y puro. El hermoso color acariciaba mis ojos y yo no podía distinguir dónde terminaba una de sus plumas y comenzaba la otra. Llegó aquel cisne tan avergonzado que no podía alzar su vista, tan encorvado que parecía clavar su pico en la madera de mi mesa, mientras arrastraba sus alas por las grietas que quedaban entre las tablas de roble, sus alas parecían tan frágiles que debo confesar cuánto temí que se lastimara con alguna astilla. Luego de viajar entre sus ojos, y el naranja, casi rojo de su boca, pregunté a qué se debía aquella visita, ¿por qué había dejado su puesto en el lago del Rey después de tantos años, para regresar a casa? ¿Por qué cree usted, oh rey, que un cisne deja su puesto para ver a quien ama, si eso pondría en peligro su vida y la de su familia?

La respuesta me la trajo la carta que se arrugaba entre su angustia. La tomé rápidamente y abrí el sobre ágilmente, había abierto cientos de sus sobres para cambiar las cartas espantosas que usted emitía, pero ninguna de esas cartas, jamás tenía como remitente mi nombre. Lastimosamente su contenido me espantó más que la mala caligrafía de sus copistas. Porque los garabatos que se posaban sobre ese papel, me anunciaban la más dolorosa de las noticias. Mi muchacho, mi amado hijo, ese del que tanto le he hablado, el niño que ablandó mi corazón cuando recostó su cabeza sobre mi pecho, ese de quien suplico libertad en mis clamores y de quien describen mis historias su belleza. Su inocencia me hizo más fuerte. Con la dulzura de sus ojos mirando aquel faro en XikHan, que según él lanzaba un rayo de luz que nos haría inmortales. Corrimos esa noche tras su rayo, lo atrapamos con tanta fuerza que temo que aunque me clave esa espada, no podrá matarme. Mi muchacho me dejó un trocito de inocencia entre esta guerra frívola, que mata niños, los deja caídos con sus abrigos rojos y su cara sedienta de niñez como alimento de animales. Pero mi muchacho, Rey, no será

nunca más “mi muchacho”; será suyo. Mi hijo no es más que su sangre fría forjada por el fuego abrigador de un viejo cartero.

Se lo entrego, Rey, padre de mi hijo, dueño del lago oscuro en el que me he quedado suspendido. Será su hijo de ahora en adelante. Pero escúcheme muy bien, algo jamás tendrá usted: mis cartas. Mis cartas, a Kalioga. Será entonces lo único que lo convierta en mi hijo eternamente- suspiró profundamente y murió; según se dice, antes de que el Rey clavara su espada en el pecho.

Envíese al olvido

Para, la señora Alejandra Gutiérrez Gómez:

Ayer escribí unas cuantas cartas que no creo que vaya a enviar. Lo hice pensando en los ojos de aquella muchacha de la que le he hablado todo este tiempo, pero me arrepiento de cada palabra. Es que usted sabe que uno a veces es tan tonto al decir las cosas, que es mejor no decirlas, si no escribirlas. Lo malo es que escritas parecen lindas, pero en cuanto se leen en voz alta, suenan como sandeces, y aún más cuando se trata de algo así, sin pies ni cabeza.

Todos mis secretos se los he contado en cartas que nunca envié, y a saber dónde carajos las guardé, tal vez fue en mi inseguridad o en mi orgullo. Pero usted sabrá qué hacer con esta carta en la que resumo mi vida, explicándole los puntos más importantes de esta decepción.

Por cierto, antes de seguir hablándole ¿Le puedo vosear? Yo no soy mucho de vosear pero escuché que en el sitio donde usted está suelen utilizarlo, o tal vez debería decir “donde vos estás”. Voy a dar por hecho que me dijiste que sí.

Aclarado ese punto creo que puedo continuar. Mi papá dice que es de valientes huir cuando algo es más grande que nosotros, y así he vivido yo, huyéndole a todo siempre, con el miedo de que un día mi imaginación y mis temores se vuelvan más grandes que mi cordura. Y vos por supuesto sabés de lo que estoy hablando, porque según escuché vos siempre huiste de lo que te daba miedo. Huiste de los grandes amores, huiste de los pequeños ojos grandes de una niña, y huiste del único que te amó sin que vos recordaras las fechas, los aromas y las texturas de sus rincones. Pero de seguro fueron todas buenas decisiones.

Ahora me gustaría preguntarte ¿Recordás lo que es cambiar un pañal? ¿Recordás lo que es amar? ¿Tenés la mínima idea de lo es querer ser el tiempo, para abrazar sin minutos? ¿Recordás lo que es cuidar de no abrir fuerte la puerta para no despertar a los demás? ¿De bajar una cobija porque él no la alcanzaba? ¿De tocar a un

conejo, para enseñarle que no hace nada? ¿Sabés lo que es entrar cogidos de la mano en un cuarto oscuro, para demostrarle que las sombras son abrigos y camisas y no fantasmas? ¿Sabés lo que es cobijar al amor de tu vida, que se durmió en el sillón? ¿Aprenderte canciones estúpidas para cantarlas con ellos? Escuchaste las historias de cómo perdí a mi mujer favorita, pero no supiste lo que era estar bailando en una boda, tras escucharme hacerle votos. Porque fuiste vos la que me enseñó a huir. La que me enseñó a temer, a mentir y a olvidar.

¿Lo viviste? ¿Recordás lo que es quererme o, decidiste olvidarlo? ¿Recordás que tenías dos hijos en esta casa, esperando a que volvieras para verte a los ojos y bailar un bolero junto a vos? Pero... si ni siquiera sabés que te encantan los boleros. Ya no sabés amar. Porque huiste de tus recuerdos, y los enviaste de vuelta a mi cabeza, para que viva yo llorando al recordarte. Y vos te sentás muy lejos de mí en un balcón lleno de desconocidos, unos iguales a vos y otros solidarios que te recuerdan cómo se vive ¿Sabés, mamá, lo que es ser mamá? ¿Sabés lo que es perder una hija, y ver libre a quien te la quitó? ¿Sabés que cometí errores? ¿Sabés que no puedo ir más a verte? Porque finalmente decidí no hacerte caso, no hui de mis gigantes, y peleé contra molinos del olvido. Hice justicia a la hija que olvidaste.

Y se supone que no puedo culparte por olvidar, así como vos no podrás culparme por darle justicia a tu hija. Sé que no lo harás, porque así como leés esta carta hoy, la olvidarás mañana. Y cuando te pregunten quien soy, no tendrás idea.

Desde esta cárcel hasta tu asilo, te envió mis saludos, esperando que finalmente sepás que te amo hoy, aunque mañana no sepás quién soy. Y olvidarás mi muerte también muy pronto, y mientras llorés a consecuencia de un acto de remordimiento, se te olvidará porqué llorabas. Porque yo, a diferencia tuya solo podré olvidar, si no tengo más vida que recordar.

Te amé, extraña. No sufrás por alguien a quién no recordás.

Chitapawua

Las palabras de una flor enamorada y el árbol a quien entregó su amor:

—En el bosque de Chitapawua hay un varón, o más bien el alma de un dulce varón encerrado entre la corteza de un árbol.

La gente dice que no existen esa clase de cuentos, y entonces me pregunto cómo es posible que esas personas sean felices. Todos en esta vida necesitan un árbol, un dulce y romántico árbol, que nos apacigüe con el canto de sus ramas moviéndose con el viento. Yo por ejemplo... tengo el mío. Lo plantaron cerca de mí, en el mismo bosque que es mi hogar.

Su tallo fue creciendo a medida de su belleza, y mi motivación para crecer era poder verlo de cerca. Extendía mis tallitos con fuerza para mirarle entre el entorno. Sus hojas fueron aumentando cada día, y en el momento cuando ya eran parte de sí, empezó a cantar, cantar al viento su belleza. A inspirar al bosque con su melodía, llevando su dulzura por donde recorriera como miel. Y mis pétalos se sonrojaban al imaginar que su canto se debía a mí, mientras él me miraba todo desde lo alto. Yo danzaba con la brisa pasando por mis caderas, moviéndome con el sonar de su voz.

Él fue más veloz con su crecimiento; me gusta pensar que lo hizo por el amor que me profesaba. Para protegerme de tempestades y darme su calor cuando lo necesito, para guiarme la vista a las estrellas con sus ramas, para asustar con su presencia a los animales que me quieran pisar.

Es bello y alto, y los rayos del sol que pasan entre sus ramas y llegan a mí, me hacen sentir divina. Es como si supiese cuánto sol necesito para resplandecer, como si supera medir mis virtudes con el mismo amor que yo las suyas. Él, su voz, sus hojas...

-Y yo... recuerdo cuando ella fue plantada a mi lado, fue el mejor día en el bosque. Mi vida comenzó, junto a la suya. Solo las manos de Dios podían dejar caer aquella semilla que me dio el aliento.

Yo fui hojas, fui hongos, todo esperando el día de poder convertirme en un árbol, para poder ver todo desde lo alto. Pensaba en la belleza de las aves, en las cortezas que mis ojos verían; al final el bosque es nuestro, de los árboles. Jamás imaginé que la mayor belleza que vería desde lo alto, estaba en realidad cerca del suelo.

Aún con la escuálida apariencia que todos piensan que ella tiene, tiene la mayor fuerza que he visto. Sus raíces fueron fuente de amor y nutrientes en las mía. Para ser honesto, me dio más de lo que ella misma tomaba. Y por su amor entregado se hizo la más bella de todas. Su fuerza incrementaba día con día.

Y entonces, empezó a danzar con la brisa pasando por sus caderas, con la mayor delicadeza, y yo cantaba al verla, no cantaba mi belleza como ella creía, sino que cantaba su belleza, ella fue quien me dio la voz, fue quien me dio las hojas. Ella con flores admiraba a todos, pero sus raíces me salvan de quienes me quieran talar.

Será siempre la creación más hermosa que he visto.

Los Zapatos de Emmanuel

Ya éramos suficientemente grandes para poder hablar de la muerte, no tanto como para entenderla, pero aun así Emmanuel se arriesgó a jugar con ella. La veía por debajo de sus barbas, y le rascaba la panza cuando nuestros compañeros se burlaban de él. Yo lo veía de lejos brincando de su mano, mientras reían los dos a carcajadas. Él con su zapatos grandes, casi del doble de tamaño de sus pies, y sucios, siempre muy sucios, pero nunca los tuvo más o menos sucios, siempre igual. Como por costumbre el cordón de su zapato derecho suelto, meneándose de un lado a otro mientras él saltaba buscando la aprobación de alguien, porque al final es mejor tener más amigos además de la muerte. Sus pantalones desteñidos y flojos, que lo hacían sentirse fuera de la moda, con una mancha de barro como evidencia de su hiperactividad.

Pero ¿Con quién jugaba Emmanuel cuando llegaba tarde a clases? Su camiseta estaba tan amarillenta que costaba imaginar que había sido blanca algún día, y tan gastada que se podía ver su piel morena a través de ella, flojas en conformidad con sus pantalones, medias bajas muy bajas, azules y viejas, tan viejas que se arrollaban con el contacto del pantalón y dejaba ver los colochos de sus piernas delgadas y maltratadas por la torpeza con la que caminaba. Parecía que iba a caer de frente, con su espalda jorobada y sus piernas formando un túnel a través de su cuerpo. Con sus ojos negros siempre entrecerrados como intentando descifrar un misterio de una manera muy infantil, cejas despeinadas y tupidas, pestañas largas pero no muy notorias, su pelo descuidadamente peinado hacia un lado, con una acumulación sobresaturada de gel para cabello, y un particular lunar en su mejilla izquierda. Su mirada perdida, su rostro triste que solo se mostraba seguro cuando jugaba con la muerte.

Emmanuel era inoportuno, y sus comentarios provocadores y machistas, un machismo inculcado por su padre y punzante en la autoestima de su madre. Emmanuel defendía a la muerte como su

única amiga, a pesar del repudio que nosotros le profesamos por esa idea. Él no quería a su madre, tal vez por no librarse de quién había inculcado en él un pensamiento de superioridad a la figura femenina.

Y era su madre quien le había heredado sus ojos tristes, su amargura. Con su mirada apagada en la iglesia, pidiendo por su hijo, esperando que fuera mejor que su padre, esperando fervorosamente por la fe de su hijo, que nunca llegó.

—Se lo repito, ma, que mi única aliada no ha llegado por mí, y no es la fe... y tampoco Dios-. gritaba al llegar la hora de misa y su madre insistía para que fuera.

—Nada le cuesta, así quita esa mala cara y saluda a la gente-. Le decía con premura, al ver que el reloj marcaba un cuarto para las 5:00 p.m.

Y así llegó su primer intento. Corrían al hospital junto al pastor, “todo porque su hijo no había querido ir a misa ese domingo”. El pastor rezando lo mismo de siempre con su mano en el bolsillo, esperando sanar al muchacho que por alguna condena o misterio no quería vivir. Eso agobiaba a Emmanuel, que pedía entre bocanadas de aire y vida que ese hombre no rezara más por él.

De eso siguieron dos semanas de ir a misa para que por él oraran, y Emmanuel con sus ojos abiertos ignorando las plegarias, esperaba para llegar a casa, no sin antes esbozar una sonrisa comprometida a los vecinos. Con esos mismos ojos con los que vio por última vez a su madre partir a la iglesia, mientras él con su temblorosa mano izquierda sostenía una canción de despedida, y su espalda más encorvada que de costumbre formaba un arco visual bajo el que pronto caerían sus zapatos flojos. Sus manos sudaban y se mezclaban con lo horribles pelillos de esa cuerda de sisal que le punzaban la piel. Y luego de asirla sobre la viga de la cochera, con los mismos ojos abiertos, esta vez muy muy abiertos, como queriendo escaparse con su madre triste y preocupada, miró sus zapatos sucios

—Ay, los hubiese limpiado ¿Muy tarde?- Sí, ya era tarde.

¿Por qué motivo específico? Nadie sabe, pero ya había hablado de su tristeza, de su amargura, no sé si lo dijo a todos o lo dijo a

solas. Fuese como fuere, nadie lo escuchó, nadie lo quiso además de su madre, y nos reímos de él mientras le decíamos “mariposón” y no de cariño, mientras él se desahogaba siendo grosero, mientras él fingía con su sonrisa, una sonrisa tan triste y llena de angustias que todos ignoramos.

Yo lo veía, lo veía de lejos brincando de la mano de ella, mientras se reían a carcajadas, con sus zapatos grandes y sucios, con el cordón de su zapato derecho suelto, yo lo veía de lejos con sus pantalones desteñidos y flojos, manchados de barro, con su camiseta amarillenta, con las medias bajas muy bajas, azules y viejas, con su espalda jorobada y sus piernas formando un túnel, sus ojos negros entrecerrados, sus cejas despeinadas y tupidas, sus pestañas largas, su pelo muy descuidadamente peinado, el particular lunar en su mejilla izquierda. Y sobre todo yo lo veía con su mirada perdida, su rostro triste, con penas sobre su cabeza, con su crianza errada y formación de pensamientos convexos por esquemas de su padre a flor de piel. Yo lo vi, no sé muy bien lo que eso signifique, pero lo vi, y ahora ¿Cómo le explico a su madre cuando regrese de la iglesia que yo lo vi bailar con la muerte, y no apagué la música? ¿Cómo hago para dejar de soñar con sus zapatos sucios manchados de horrores pesados y temores? ¿Cómo hago para no ver sus ojos en los míos ingratos y arrogantes? ¿Cómo hago para ir a sentarme a escuchar de Dios, sabiendo que él vez tras vez se queda en casa, cuando todas las semanas se va su madre preocupada mientras llora?

Emmanuel, Dios con nosotros, pero Emmanuel sin los otros, y ahora nosotros sin él. ¿Cómo hago para decirle a mi madre que hoy me quiero quedar en casa, mientras ella parta llorando preocupada?

25 de Marzo

Me acosté temprano, fue un día agotador. Recorrí todo el barrio, recaudando fondos para ayudar a una familia; la madre estaba embarazada y pronto daría a luz, sería su cuarto hijo. Cerré mis ojos y me acurruqué, toqué mi rostro húmedo por el sudor y palpando mis facciones traté de sentir el semblante de mi hermosa madre. Toqué mis brazos y mi torso tratando de abrazar el cuerpo cálido de mi padre. Abrí mis ojos para ver la deslumbrante oscuridad que me abrazaba. Imaginé entre ella las seis perlititas brillantes que habitaban entre el ceño de mis hermanas.

Mientras recorría entre mi cuerpo cada parte de mi vida, cerré con serenidad mi mente para descansar. Y dormí, dormí profundamente. Aunque poco a poco mi cabeza me deleitó con los recuerdos más profundos de mi vida, similares a un sueño. Recorrí mi casa entre muebles gigantes, con pies diminutos, sintiendo el rostro grande de mi padre con su escasa barba, mientras hacía de mí una carga delicada a la que proteger. Con una niña que corría ansiosa para ver a su hermanito, señalando con su dedo para que su padre viera a su nuevo amor. Con unas sandalias blancas, blusa de tirantes y peinado improvisado que delataban la poca experiencia de su padre con el cabello de sus hijas. Una pequeña reclamando a su hermano sin entender por qué no podían llevarlo a su hogar para cuidarlo desde su nido.

Soñé con la más bella mirada que me profesó una mujer, la de mi madre. Y la más aireada de las batallas campales que tuve por el control de un televisor. Mi padre, mi madre, mis tres hermanas, la primera mujer que llegó para poner nerviosa a mi madre y celosas a mis hermanas. O el día en que conseguí mi primer trabajo, mientras yo jugaba a ser adulto, pero tenía los nervios de un niño que todas las noches iba al cuarto de sus padres, huyendo de los terroríficos escenarios que se presentaban en su imaginación, tan creativa como aterradora.

Soñé también con la arena de la playa entre mis deditos, por primera vez. Soñé con la arena entre mis dedos adoloridos, por última vez. Soñé con mi hijos preguntándome cómo vivir, sin yo tener idea de cómo hacerlo. Me observé recostado en el regazo de mi madre en duelo, o tal vez era sosteniendo los brazos de mi padre decaído por los años y el dolor de verse en mí.

Pero mientras descansaba entre mis sueños, algo me despertó súbitamente.

Un frío detuvo mis sentidos, y mis labios se secaron. Mis oídos se taparon y solo escuchaba gritos ahogados. Abrí mis ojos tratando de calmarme, mientras me repetía que no era más que mi imaginación. Cerré mis puños para sostenerme, pero sentí una fuerza extraña rodeándome, estaba inmóvil y me estaban tomando por la cabeza. Golpeé con fuerza mi aposento y traté de sostenerme de la calidez de mi cama. Sabía que en las típicas películas de terror arrastraban a las personas de los pies, pero ¿qué carajos estaba sucediendo? Y ¿por qué me halaban de la cabeza como queriendo despegarla de mi cuerpo? Eran manos frías y llenas de sangre, tan pálidas como grandes. Yo solo sudaba, mis brazos y piernas no tenían la fuerza para moverse en conformidad con mi deseo de escapar.

Finalmente, ya con el sueño desprendido, mi vida en una mano y un grito ahogado en la otra, respiré. Pero, me halaba tan fuerte que sentía que me rompía por la mitad, sus manos con sangre que seguro era mía, tocaban mi cara y pensé que me ahogaría. Pronto me sacó de la cama. Me sostuve con desesperación de las paredes del habitáculo y grité tan fuerte... pero nadie escuchó mi súplica. Mis ojos ardían de tanto llorar. ¿Qué había hecho mal para que mi vida tuviese que acabar de esa manera? ¿Por qué esa noche estaba tan oscura? ¿Y por qué no era solamente una pesadilla?

Las manos enormes de cuerpo desconocido empezaron a rodear mi cuerpo, mi nuca, presionó mi espalda como queriendo romperme las costillas, luego mis muslos. Eran manos más grandes de lo que yo imaginaba. Me estaban devorando sus dedos, llevándome a un espacio frío y brillante.

Por fin me sostuvo entero, y mi cuerpo estaba encogido levitando sobre un sitio desconocido, desconocido porque aún tenía miedo de abrir mis ojos, sentía un temor profundo de abrirlos. Estaba tan indefenso y con el frío recorriendo mi cuerpo me sentía tan pequeño e inmóvil. Abrí mi boca, y aspire del aire frío y metálico del entorno, sentí mi rostro fruncirse involuntariamente, y un deseo de sacar de mi interior fuerza, una fuerza que se mezclara con el aire que salía por mi boca, era como si deseara expresar lo que sentía pero no sabía cómo. Era el momento; aspire, destapé mi nariz y sentí el frío por mis fosas nasales, comprimí mi tórax, y presioné extrañamente mi abdomen desde dentro. Tenía los ingredientes indicados, pero ¿Ahora? Decidí lanzar todo el aire por mi boca, y ahí estaba... llegó a mi oído un grito, que logré escuchar antes de que saliera, un grito, el llanto, mi voz por fin. Mi primer movimiento decidido desde el inicio de la pelea.

Y entonces abrí mis ojos, para tratar de entender en dónde estaba. Pero un color intenso llegó a mi retina ¿Qué era eso más que un color simple? Era luz, una luz extraña, todo era extraño, ese no era mi hogar. Una luz intensa que maltrataba mis ojos, y solo sentía ganas de llorar. Finalmente me elevaron hasta que mis ojos lograron divisar algo distinto, era...era un magnífico ser. Sudoroso, pálido, y con una expresión de dolor intenso, los cabellos pegados a su rostro por el sudor, sus senos se descubrían a través de una prenda vieja y triste. Pero sus ojos que distintos a todo, eran lo único que yo podía mirar sin sentir miedo, primero estaban desorbitados, como si estuviera sufriendo, pero cuando me vieron lo descubrí...ese ser extraño tenía mis ojos, mis ojos negros y brillantes, yo veía con ellos mi reflejo. Miraba los míos como los suyos mismos. Sus ojos cristalinos me cautivaron desde el momento que los vi, tan honestos y cariñosos. Me enamoré de sus ojos desde que los conocí, y agua salió de ellos, para darme de beber. Su rostro se frunció como mi rostro y comenzó a llorar. Pensé que le había hecho daño y lloré también... pero tenía algo en su rostro de lo que yo carecía, una sonrisa que se asomaba entre su llanto.

Me acercaron a su pecho, y ambos dejamos de llorar, su piel tibia calentó el frío de mi cuerpo, sus manos tiernas tocaron tan suavemente mi nariz, después mi frente, mis brazos, su tacto dulce flotaba por mi piel. Nunca había sentido algo más hermoso. Sus ojos se clavaron en los míos y yo me sentía seguro al fin. Era más hermosa de lo que imaginaba, y finalmente comprendí todo; sabía lo que estaba sucediendo. Y mientras un hombre profusamente enamorado sudaba, tembloroso por los nervios, vi a la que sería la más bella de las mujeres que mis ojos verían: mi madre.

Primera mención honorífica

Estaban Ávila Marín

Más allá del Viejo Pino

En un pequeño pueblo de un país no muy conocido, vivía un niño pequeño quien amaba jugar cerca de un bosque, el cual se encontraba no muy lejos de su casa. El niño vivía solo con su madre, mientras tanto, su padre trabajaba en la ciudad, por lo que su único entretenimiento eran sus aventuras en los alrededores del bosque.

Cierto día, el niño salió a jugar como de costumbre, ya casi era hora de almorzar y no tenía mucho tiempo antes de que su madre saliera a buscarlo; sin embargo, su deseo de explorar no le impidió salir de su casa, por lo que decidió adentrarse en el bosque a pesar de las advertencias de su madre, quien a diario le decía: “Ve a jugar, pero recuerda nunca ir más allá del Viejo Pino. Ese bosque puede ser muy peligroso, no lo olvides”. El niño siempre le había temido al bosque, pero su deseo por saber qué había más allá del Viejo Pino, en lo profundo del bosque, lo impulsó a adentrarse en él.

Mientras caminaba entre los árboles, podía escuchar cómo pequeñas ramas y hojas secas se rompían bajo sus zapatos, y cómo decenas de pájaros cantaban mientras volaban sobre él. A lo lejos, logró escuchar el agua de un pequeño río hacerse paso entre las rocas; ansioso por conocer el río del cual su madre nunca le había hablado, decidió apresurar sus pasos. Cuando creyó estar a punto de llegar a él, el ruido del agua repicando contra las rocas empezó a disminuir hasta que quedó en total silencio, incluso las aves del bosque habían dejado de cantar (fue como si algo les hubiera ordenado callarse, o como si solo hubieran decidido hacer silencio y ocultarse de repente).

El niño confundido y un poco asustado por lo que estaba presenciando, se detuvo por un momento y empezó a dar vueltas a su alrededor sigilosamente, hasta

que de nuevo escuchó a lejos el sonido del agua repicar, no obstante, el ruido ya no provenía de la misma dirección; era como si el río se hubiera movido de lugar. El niño creyó haberse confundido y decidió correr una vez más en dirección al río. El sonido se volvía cada vez más fuerte mientras corría, hasta que llegó a él, sin embargo, no había ningún río en el lugar, pero el sonido se

encontraba ahí, fuerte y claro. El niño podía escuchar el agua salpicar, e incluso escuchaba cómo pequeñas rocas chocaban entre ellas al ser arrastradas por la corriente.

Él no estaba seguro de dónde provenía el ruido, sabía que estaba justo ahí, pero no lograba verlo. ¿Sería alguna clase de río subterráneo? —Se cuestionó—. Incluso así, sonaba muy claro para provenir de debajo de la tierra, era en definitiva algo imposible.

Miró hacia todas direcciones y no había nada, hasta que se dio cuenta que el sonido no venía de abajo, sino de arriba. El niño fijó su mirada a las ramas de los árboles que se extendían en lo alto, y fue ahí cuando lo vio. En ese momento, recordó las palabras de su madre: “Puede ser muy peligroso para ti”; ¿por qué había desobedecido? —Se preguntó.

El ruido se había detenido de nuevo, las aves habían dejado de cantar, el niño logró entender porqué los animales se callaban: solo se estaban ocultando, aterrorizados, así como se encontraba él en ese momento. Su mirada estaba fija hacia las ramas de los árboles, donde se encontraba una gran sombra inmóvil, en la cual podía ver un par de ojos color amarillo, con una mirada penetrante y fijada en él, lo cual le provocó escalofríos.

La sombra poco a poco se empezó a mover, y parecía que aumentaba su tamaño con forme se movía por las ramas con lentitud, hasta que se dio cuenta de que no era su tamaño lo que aumentaba, sino que la creatura estaba estirando sus alas, las cuales podían medir un poco más de dos metros cada una. A diferencia de las alas de un águila, estas no tenían plumas, solo era piel, negra como carbón, con una textura rasposa, lo cual hizo al niño estremecerse.

Pero lo peor aún no lo había visto, cuando “la cosa” se expuso a la luz y mostró el resto de su cuerpo, el niño calló de rodillas, sin la capacidad de mover un solo dedo. Él no estaba seguro si era por el miedo que sentía, o si “la cosa” que tenía frente a sus ojos tenía alguna capacidad de controlar su cuerpo de alguna forma, y solo el hecho de pensar en eso le provocaba terror.

La cabeza de “la cosa” era enorme, lucía como un lobo hambriento, pero sin pelaje, y la misma piel de sus alas. En su boca

tenía más dientes de los que tendría un lobo habitualmente, aunque le sobresalían sus enormes colmillos de entre ellos. El resto de su cuerpo parecía al de un humano en cuclillas, pero donde deberían estar sus brazos solo estaban sus enormes alas, y donde deberían estar sus pies había un par de enormes garras. La creatura era negra, desde su cabeza a sus garras, solo sobresalían sus grandes y penetrantes ojos amarillos de su cara que no dejaban de mirarlo.

De pronto, en lo que fue una milésima de segundo, levantó sus alas y alzó vuelo, pero no para huir, sino para atacar al niño con sus garras. Aun así, cuando estaba a punto de llegar al niño, una luz cegadora apareció de la nada atacando al monstruo, lanzándolo bastante lejos. El niño en seguida volteó su mirada y se dio cuenta que fue

una niña de su edad la que había atacado a la creatura. Por un segundo, ella lo miró con una dulce sonrisa, y de inmediato volvió a lanzar lo que parecía un rayo de luz que salió de sus manos, golpeando el monstruo en su pecho, lo cual no lo hirió, pero al menos logró ahuyentarlo.

La niña se acercó al niño, le extendió su mano y le dijo:

—Sígueme, estás a salvo conmigo.

El niño tomó su mano y por un segundo solo vio una luz muy brillante, y un momento después estaba en un lugar diferente del bosque. El niño se alejó de un salto y en seguida exclamó:

—¿Cómo hiciste eso?

—Soy una drea, un espíritu del bosque —explicó la niña con una sonrisa.

—¿Un espíritu del bosque? ¿Cómo es eso posible? —cuestionó el niño.

La drea contestó:

—He vivido en este bosque durante muchos años, mi trabajo es proteger a las criaturas indefensas que se encuentren dentro de él, así como lo hice contigo.

—¿Hace muchos años? ¡Pero luces de mi edad! Debes tener 11 años como máximo —afirmó el niño con seguridad.

La niña soltó una carcajada al escuchar su comentario.

—Tengo 80 años —explicó—, las dreas crecemos nuestros primeros diez años igual que los humanos, y a partir de ahí conservamos nuestra apariencia hasta el día

de nuestra muerte. Además, tenemos vidas muy largas, por lo general vivimos cientos de años.

El niño estaba sorprendido por lo que estaba escuchando, pero no tenía ninguna duda de que lo que escuchaba era verdad, ya había visto con sus propios ojos lo que había ocurrido.

—¿Y qué era esa cosa? —cuestionó horrorizado.

—“Esa cosa” es uno de los mayores peligros de este bosque, atrae a sus presas imitando el sonido de un río, así los animales van en busca de agua, y él los atrapa. Por eso trato de proteger a todos los que pueda —señaló la niña.

—Eso fue horripilante —comentó el niño, aún tratando de recuperarse de lo que había visto.

El niño aún se encontraba con muchas preguntas, y necesitaba saber todas sus respuestas.

—Oye, niña, bueno...

—¡Nía! Llámame Nía —interrumpió la drea de prisa—. ¿Y tú eres?

—Samuel, aunque todos me dicen Sam.

—Sam, me gusta —comentó Nía mientras sonreía.

—Bueno, Nía, confío en lo que me dices, pero tengo muchas preguntas —respondió confuso.

—Estoy para ayudarte —contestó la drea—. Dime, ¿qué quieres saber?

—Bueno, para empezar...

—Disculpa —lo interrumpió de nuevo—, mientras hablamos, ¿quisieras acompañarme a mi hogar?

—Oh, creo que se me hace un poco tarde, mi mamá me espera —respondió Sam preocupado.

En ese momento recordó que tenía poco tiempo para explorar. Ya casi era la hora del almuerzo y su madre saldría a buscarlo, o probablemente ya lo estaba haciendo. Sam calculó que había transcurrido cerca de una hora desde que salió de su casa, tenía que

volver rápido o su madre lo castigaría por desobedecerle y entrar al bosque.

—Sam, pero no te preocupes, el tiempo aquí es un poco diferente, solo mira el sol —exclamó Nía mientras miraba hacia el horizonte entre los árboles.

Sam siguió su mirada y se percató que ya estaba anocheciendo. Según la posición del sol, calculó que podrían ser ya las cuatro de la tarde. Por ese motivo era que Sam había sentido el bosque demasiado oscuro para ser medio día.

El niño no dijo nada, solo pensó en lo preocupada que su madre podría estar, y se giró para correr en dirección a su casa.

—¡Sam, espera! —suplicó la drea, tomándolo del brazo.

—¡Suéltame! —se sacudió—. ¿Qué no ves que es demasiado tarde? Mi mamá...

—¡Sam! —intervino—. Escúchame, sé que estás preocupado, pero el tiempo no ha transcurrido aún!

—¿Cómo no? ¡Ya casi anochece!

—Te dije que el tiempo es diferente aquí, todo transcurre más lento; una hora aquí equivale a un segundo afuera. Y no está anocheciendo —agregó.

Sam se confundía cada vez más mientras trataba de procesar toda la información, pero al mismo tiempo sintió un alivio al darse cuenta de que solo había pasado... ¿un segundo? Eso era bastante nuevo para él, y difícil de asimilar.

—¡Pero mira el sol! —expresó Sam desesperado—. No entiendo cómo está anocheciendo si solo ha pasado una hora, yo llegué a mitad del día.

—Y aún estamos a la mitad del día —respondió la drea—, déjame explicarte. Lo que pasa es que, durante la primera mitad del año, el sol permanece en posición de amanecer; luego, al llegar junio, el sol se mueve durante un día hasta llegar a la posición de atardecer, y allí permanece hasta diciembre, cuando vuelve a cambiar.

—Déjame ver si entendí —expresó el niño—. ¿Me estás diciendo que el sol siempre permanece en esa posición durante seis meses?

—Correcto.

—¿Entonces anochece solo una vez por año?

—Exactamente —afirmó Nía—. Desde diciembre hasta junio es amanecer, y desde junio hasta diciembre es anochecer. Tenemos sol de medio día solo durante el cambio de junio, y tenemos noche solo durante el cambio de diciembre.

—Cada vez se pone más raro, pero al menos puedo estar aquí más tiempo sin preocuparme —concluyó Sam.

Nía sonrió y le dijo:

—Vamos, acompáñame, vivo por acá —Se giró y empezó a caminar.

Sam siguió a la drea camino a su hogar. Mientras tanto, aprovechó para aclarar algunas de sus dudas.

—Nía, ¿eres la única drea que vive aquí?

—Sí, o al menos eso creo, nunca he visto ninguna otra desde que murió mi madre.

—Oh, lo siento mucho —replicó Sam.

—No te preocupes, fue hace mucho tiempo.

Sam notó como cambió la expresión en la cara de Nía, y eso le provocó tristeza al imaginarse cómo sería perder a su madre.

—¿Y defiendes muchos humanos por aquí? —preguntó Sam tratando de cambiar el tema.

Una vez más, la sonrisa de Nía volvió a su rostro y respondió:

—No, nunca veo humanos por acá, lo único que puedo proteger son algunos animales que merodean por el bosque.

—¿Soy el primer humano que conoces?

—No, por supuesto que ya he conocido humanos antes, aunque fue hace más de 20 años —le comentó Nía con cara pensativa.

Siguieron su camino por no más de un minuto cuando Nía dijo:

—Listo, llegamos.

—¿Este es tu hogar? —preguntó Sam mirando a su alrededor.

El niño no veía ninguna casa, solo había un enorme árbol y arbustos por todos lados. Pero luego pensó que las dreas no vivían en casas normales; ellas vivían en el bosque, y a lo mejor eso era

todo, árboles y arbustos. Aun así, no veía ninguna de sus pertenencias en el lugar, lo que le pareció extraño, entonces preguntó:

—¿Y tus cosas? ¿Dónde están?

Nía sonrió al escuchar su pregunta.

—Dame tu mano —le contestó extendiéndole la suya.

—¿Otra vez piensas hacer esa cosa con la luz para viajar a otro lado? —reclamó Sam.

La última vez fue bastante raro para él, hasta terminó un poco mareado después del viaje, y no era un sentimiento tan agradable.

—Tranquilo, solo dame tu mano, vas a estar bien —respondió Nía tratando de calmarlo.

Sam tomó su mano y cerró sus ojos, tenía miedo de terminar ciego por tanta luz; sin embargo, esta vez fue diferente, no había pasado nada. No había luces y aún

estaban en el mismo lugar. Nía empezó a caminar con él tomado de su mano, pero caminaban en dirección al enorme árbol que tenían en frente.

El árbol tenía un tronco bastante ancho, pero no es como si tuviera una puerta para cruzar. A pesar de esto, al llegar a él, lo cruzaron como si estuviera hecho de neblina o algún tipo de vapor. Pero lo curioso fue que no cruzaron su tronco de lado a lado, fue como si el árbol fuera algún tipo de portal, porque se encontraban dentro de una casa, esta vez sí parecía un lugar donde alguien podría vivir.

Era como si estuvieran dentro de un árbol gigante, sus paredes eran irregulares, pero le daban un estilo acogedor. No había ninguna ventana, la única fuente de luz venía del techo, o bueno, donde se supone que debería haber uno, solo se veía como un enorme tronco hueco que llegaba hasta la copa del árbol, el orificio era gigante y bastante alto, apenas se podían ver las hojas en la cima. El resto de la casa se veía bastante normal, casi como una casa de un humano, aunque con su propio estilo.

Todo el lugar estaba lleno de decoraciones increíbles hechas con ramas y hojas de árboles, incluso se podían observar algunas figuras de animales talladas en madera.

—¡Esto es completamente increíble! —exclamó el niño entusiasmado mientras miraba en todas direcciones.

—¿Viste? No estuvo tan mal, ¿o sí? —preguntó Nía.

—Pues creo que no, se sintió bien —le respondió Sam sonriendo.

—Siéntate, ponte cómodo —sugirió Nía—. La drea se dirigió hasta una pequeña mesa que tenía en el centro de su hogar.

Sam se acercó a la mesa y tomó asiento. Nía llevó una canasta hecha por ella misma llena de frutos, la colocó en el centro de la mesa, tomó uno de los frutos y lo mordió.

—Come, son para ti —expresó Nía mientras masticaba su bocado.

—¿De verdad? ¿Qué son?

Sam tomó uno de los frutos y empezó a analizarlo de cerca, se veía bastante apetitoso, aunque nunca había visto un fruto de ese tipo en su vida. Tenían la apariencia de una uva, con la diferencia de que eran del tamaño de una naranja. Nía estaba comiendo el suyo, y se veía bastante jugoso. En definitiva, debía probarlo.

—Son uvas, solo que acá crecen más de lo que estás acostumbrado a ver. Vamos, Pruébalo —insistió Nía.

Sam tomó el fruto con sus dos manos, decidido a darle su primer mordisco, cuando de pronto.

—¡Sam!

A lo lejos se escuchó una voz femenina gritando su nombre, aunque no fue muy claro, el niño estaba seguro de haber escuchado algo. En seguida Sam se puso de pie y dejó el fruto intacto sobre la mesa.

—¿Escuchaste eso? —interrumpió Sam de inmediato.

—Sam, ¿de qué hablas? Tranquilízate y come tu uva —sugirió Nía un poco impaciente.

—No, de verdad escuché algo —le respondió el niño.

—¡Sam! —se escuchó una vez más.

—¡Viste! Creo que es mi mamá, de alguna forma me encontró y creo que me necesita.

—Sam, no digas tonterías —intervino la drea un poco molesta—. ¡Solo come tu fruto ahora!

Sam notó como Nía estaba empezando a molestarse con él, aunque él no entendía porqué le enfurecía tanto que no hubiera probado sus frutos. Quizá solo había sido muy descortés con la drea, tal vez era muy importante para ella tener una visita, y él le había faltado el respeto.

—Lo siento, Nía, no sabía...

—¡Solo come tu fruto! —interrumpió Nía furiosa.

—Está bien, lo siento, lo comeré —expresó el niño un poco humillado.

Sam se acercó a la mesa y tomó el fruto nuevamente con sus manos.

—¿Sam dónde estás?!

—¿Mamá?! —gritó Sam al escuchar la voz de su madre.

La drea se puso aún más furiosa, sus ojos empezaron a brillar al igual que sus manos. Sam lo notó y empezó a asustarse bastante.

—¡Sam, no comas nada! —suplicó su madre desesperada desde afuera.

Sam tiró el fruto de inmediato sin pensarlo, el fruto calló el suelo y se partió en dos. La drea miró el fruto partido a la mitad, y luego miró al niño con sus ojos brillantes y una expresión de furia.

—Te dije que comieras el fruto —gruñó—. Creo que ahora habrá consecuencias, Sam.

Su tono de voz había cambiado, se escuchaba como el de una mujer adulta, incluso le pareció un poco mayor que antes. De pronto levantó su mano derecha, apuntando la palma de su mano hacia Sam. Le iba disparar. Sam lo notó rápido y se movió, justo antes de que un rayo de luz lo golpeará, logró agacharse y correr a esconderse bajo la mesa. La luz golpeó la pared, dejando un agujero del tamaño de un balón de fútbol.

Sam necesitaba escapar, pero solo podría hacerlo si la drea se lo permitía, lo cual era imposible; la única salida era por arriba, pero tendría que escalar por la pared hasta la copa del árbol, y también se veía imposible. Luego vio el agujero que la drea había ocasionado con su rayo de luz, y se le ocurrió una excelente idea.

Sam se levantó y corrió hasta donde había estado hacía unos segundos, justo delante del agujero en la pared. La drea volvió a disparar y Sam esquivó su disparo una vez más. El rayo de luz golpeó la pared y el agujero aumentó su tamaño, justo lo que Sam necesitaba. El niño se levantó y corrió hasta el agujero, pero la drea corrió tras él para detenerlo. Sam saltó para entrar por el agujero y sacó sus manos.

—¡Sam! —exclamó su madre desde afuera al verlo—. ¡Toma mi mano!

Su madre lo tomó de sus manos y tiró de ellas para ayudarlo a salir, pero al mismo tiempo la drea lo tomó de uno de sus pies para evitar que escapara, su madre seguía tirando hacia afuera para rescatar a su hijo de la creatura.

—¡Mamá, ayúdame! —suplicaba el niño.

—¡Eso intento! ¡Empújala con tus pies! —respondió su madre.

Sam agitó sus pies hasta soltarse el zapato del que la drea lo había tomado. Su madre logró sacarlo por completo del agujero, y sin pensarlo, los dos corrieron huyendo de la drea. Nía también salió de su casa y corrió tras ellos mientras disparaba rayos de luz con sus manos, los cuales quemaban todo lo que tocaban.

Sam y su madre corrían a través del bosque en dirección a la salida, mientras esquivaban los disparos de la drea. A lo lejos Sam logró ver el Viejo Pino, un árbol enorme que marcaba el límite del bosque.

—¡Sam, no te detengas! —exclamó su madre—. ¡Sigue corriendo, debemos cruzar el pino para estar a salvo!

El niño corrió junto a su madre los últimos metros hasta cruzar el límite, donde el Viejo Pino se encontraba imponente. Ambos cayeron al suelo exhaustos. La drea había quedado atrás, sin la posibilidad de cruzar el límite del bosque marcado por el enorme árbol, el cual creaba una especie de barrera entre las dos realidades.

—Sam —susurró su madre con sus ojos llenos de lágrimas mientras corría a abrazarlo.

El abrazo de su madre lo hizo sentir seguro y feliz al mismo tiempo.

—Mamá, lo siento —se disculpó el niño.

—¡No, Sam! Todo es mi culpa, nunca te advertí sobre los verdaderos peligros de este bosque.

—Mamá, ¿entonces siempre supiste de este bosque, y lo que hay dentro de él? —cuestionó.

Su madre secó sus lágrimas de sus mejillas con sus manos.

—Sam, yo ya estuve aquí cuando tenía tu edad.

—¿De verdad?, ¿y conociste a Nía?

—Sí, pero también conocí a su madre. Éramos grandes amigas, ella me enseñó muchas cosas del bosque, y una de las reglas más importantes, no puedes comer nada dentro de él; si lo haces, te quedarás atrapado por siempre sin la posibilidad de cruzar la barrera.

—Por eso Nía insistió en que comiera su fruto —comentó el niño—. ¿Pero por qué me quería atrapar en el bosque?

—Eso hacen las dreas. Ellas por lo general son solitarias, y les gusta tomar humanos como prisioneros para convertirlos en sirvientes.

—¿Eso intentó hacer la madre de Nía contigo? —preguntó Sam.

—No, ella era diferente, fue muy buena conmigo; no todas son como Nía. Pero cuando falleció, Nía se convirtió en una terrible drea, y desde entonces no volví al bosque. Hace más de veinte años de eso.

—¡Tú debes ser la humana que Nía mencionó haber conocido! —exclamó el niño.

—Es probable que sí —admitió la madre.

Su madre aún estaba preocupada de lo que podía haberle hecho la drea si ella no hubiera llegado a tiempo.

—Sam, aparte de Nía, ¿no viste a nadie más? —inquirió su madre.

—Sí, fue horrible... tenía alas negras —expresó el niño horrorizado.

La madre confirmó sus sospechas, ella también había visto lo mismo cuando era niña.

—Oye, nada de lo que viste fue real, todo fue culpa de Nía. Las dreas juegan con tu mente, te hacen ver cosas, incluso pueden hacerte sentir miedo si lo desean. Nía lo usa para que la veas como su heroína y así atráparte con sus encantos.

—Ahora entiendo todo —reflexionó Sam—. ¿Cómo supiste que estaba ahí dentro?

—Te estaba buscando, quería avisarte que el almuerzo estaba casi listo, y fue cuando no te encontré, así que deduje lo peor.

—¿Entonces ya está listo el almuerzo? —preguntó Sam con una sonrisa.

Su madre soltó una carcajada con sus ojos aún llorosos.

—Claro, Sam, vamos a almorzar —le respondió sonriendo.

Ambos se pusieron de pie, caminaron juntos hasta su casa y almorzaron tranquilos; sabiendo que el Viejo Pino y los límites del bosque mantenían las creaturas dentro de él. Desde ese momento, Sam decidió no volver a explorar el bosque nunca más, y así vivió feliz hasta el fin de sus días.

Cuento Nacional

ACTA JURADO
CERTÁMEN BRUNCA 2021, CUENTO

El jurado, en el género de cuento del Certamen Brunca 2021, integrado por los profesionales en la Enseñanza del Inglés, Cecilia López Morales y Roberto Arguedas Zúñiga, y Natalia Carrillo, antropóloga, luego de leer y discutir sobre el material remitido al concurso, en apego a la presentación formal de los textos, y cumpliendo con los requisitos solicitados en el concurso, resolvemos por unanimidad:

Conceder el PRIMER LUGAR a la compilación de cuentos titulada "La Casa de las Moscas", presentada bajo el seudónimo Ed Sheeran. Dicha resolución se toma considerando la actualidad de los temas, la unidad temática de los cuentos enviados, el manejo imaginativo del lenguaje, y la estructura literaria de cada uno de los cuentos que conforman la compilación (cuentos cortos).

Así mismo, convenimos conceder DOS MENCIONES HONORÍFICAS a los cuentos: "Día de Vacunación", presentado bajo el seudónimo de Éder Yagua, y "Este Lugar Lejano", presentado bajo el seudónimo Bruma.

Por último, deseamos dejar constancia de la calidad de los cuentos recibidos, a pesar de que no todos han podido ser reconocidos con un premio o una mención.

Sin más, firmamos en Corredores de Costa Rica, a las 15:00 horas, del día 29 de septiembre de 2021.



Máster Cecilia López Morales



Dra. Natalia Carrillo Padilla



Máster Roberto Arguedas Zúñiga

Primer lugar

Óscar Leonardo Cruz Alvarado

La casa de las moscas

La herencia de Koky

*“Estaba tan lleno de odio que no había lugar
dentro de mí para sentimientos como el amor,
la pena, la ternura, el honor o la decencia.
De lo único de lo que me lamento
es de no haber nacido muerto
o simplemente no nacer.”*

Carl Panzram

La madre lo mira. Él sigue absorto en la nada, igual a como estaba desde antes: perdido en las losas del suelo y en cada canal que las junta hasta mostrarle la salida de su propia celda. La madre lo ve llevando su dedo pulgar de un lado al otro de la boca como si pudiese dibujársela para, posteriormente, desdibujarla con esa simple maniobra. Se mira inquieto, sus dedos, de pronto, se reúnen en el punto concéntrico de su frente y, justo ahí, sostienen la bóveda de sus pensamientos que se columpian levemente hacia adelante y, luego, hacia atrás simulando el eterno vaivén del oleaje. En su pecho moreno y velludo, retiene un sonido similar a una bicicleta desaceitada, por fin tose y lo deja salir; y cada vez lo hace más alto mientras a intervalos carraspea su garganta.

La madre contempla sus pies descalzos, la capa gruesa de tierra que los recubre y que tizna entre sus dedos hasta el encuentro con semejantes uñas largas y encorvadas. Ahora, doña Inés, ve sus manos y gime internamente pues lucen resacas ¡ásperas! y, entonces, se percata de una cicatriz cerca de la muñeca de su hijo que le parece el tramo de alguna línea de tren. Sí, ya antes él había intentado quitarse la vida, pero falló.

El estado deplorable de la cabellera de Logan se enreda con descuido como grandes resortes de alguna maquinaria inservible y, justo ahí, la madre reconoce el pelo crespo de su hijo y evoca haberlo atesorado de ese mismo modo entre sus manos... o entre sus cobijas cuando era tan solo un niño. Doña Inés estira aquellos

rizos en su mente y, luego, les da forma con sus dedos de manera casi imperceptible. La madre inclina un poco el rostro hacia su hijo. Y este sigue ahí, sentado, en el suelo, como si nunca antes hubiese conocido mueble alguno o postura, asombro o mucho menos cariño. La madre toma fuerza interna, lo toma por el mentón hasta confrontar su mirada con la de él.

Sus ojos color miel, se cruzan directo con los dos botones negros de su hijo y ya les nota la pupila dilatada. Las ojeras de Logan son cientos de trasnochadas que soportan sus pómulos hinchados y el tono rojizo que encierra el conjunto. —Logan—, susurra la madre.

De pronto, venidas de algún rancio lugar, sobrevuelan dos moscas de grandes alas negras, estas bailan letárgicamente entre las ondulaciones del viento, lucen casi suspendidas por el hilo de algún titiritero incorpóreo. Ahora se impregnan del hedor a inmundicia que emana del cuerpo caoba de Logan Cienfuegos.

—¿Cinco niñas, Logan!— La madre deja salir su queja y abre, por fin, el grifo de sus propios ojos y, con su voz, da fin al silencio de la estancia —Por favor, Logan, dime que...

—Cinco ángeles rosados como pieles de conejo, doña Inés— Irrumpe, el joven, como si esa idea que divaga en el aire fuese menos que secarse el cabello o enrollar

marihuana. Se endereza, percibe su propio hedor a mil demonios, espanta a las moscas con la misma mano que antes delinea su delgada boca.

—Dime que es mentira, que en casa no criamos monstruos.

Logan esquivo los pasos temerosos de su madre y se encamina en dirección contraria, es decir, hacia la otra pared de su celda, ahí, justo donde yace un poster de Britney Spears con sus trenzas socadas por una liga rosada y, entonces, contesta entre carcajadas —Oops!... I did it again—, luego, se pone serio y comienza a tararear una canción que solo él conoce “Un grito ascenderá al cielo y atravesará la bandada de ángeles. De lo más alto del cielo caerá carne con plumas... los alaridos sobre mi infancia”.

—Logan, ¿qué decís?

—Es solo una canción, madre, una canción depravada para una sociedad corrupta.

—Logan, no esquives lo que te estoy preguntando: ¡Cinco niñas?; Santo Dios!

—Cinco mujeres, pero de menor estatura, doña Inés—. Alza sus hombros despreocupadamente.

“Cinco niñas”, piensa la madre, y Logan ni siquiera da señas de conciencia. Es como si estuviese disfrutándolo todo, nuevamente, así, con el mismo cinismo y sonrisa en el rostro con el que cometiera aquellas atrocidades. Olvida que su madre es mujer y que, también, ha sentido temor ante ciertos hombres, allá, afuera, donde la calle es un juego de azar diario y no se sabe quién vuelve al hogar o quién se pierde para siempre entre sus cuadrantes.

Cinco significa, según la numerología esotérica, aventura, dinamismo, libertad y vitalidad; pero también controversia y polémica, en síntesis, la caracterización oportuna para personas rebeldes que se mueven a través de sus propios impulsos. Pero cinco, a su vez, atribuye a las otras cuatro la cualidad de nada, de inexistencia y clandestinidad, de trozos de carne que se sirven en cualquier carnicería del DF. Cinco es solo el producto y no las cifras de la sumatoria, y cinco es, ahora, el número que se sitúa inexorablemente en la cabeza de la desventurada madre que ahora piensa, no se sabe por qué, en la letra de cierto poema de Lorca.

Doña Inés, de a poco, digiere la verdad para sí y traga mazorcas enteras por el pescuezo. Sí, su hijo, que años atrás hacía diabluras en la escuela o en el corredor de su casa, es, hoy, un violador de niñas reconocido por todo el mundo; un aborrecible violador en serie. Y piensa en su comadre, María Jesús, y por fin cree entender por qué esta sale enmascarada a prender fuego a todo cuanto puede, y a destruir aquello que conoce por civilización y sus palabras comienzan a hacerse sonoras como los golpes del redoblante más valeroso... “¡A mí me mataron a mi hija!... Tengo todo el derecho a quemar y a romper”.

—No women allowed! Let me tell you all about this love and hate relation between a man and a woman. And so none of you all

get the wrong interpretation. I cant live whit them, i'm gonna die without them.

—¿Qué decís!

—Nada, madre, nada...

—Cinco pieles al igual que la de tu madre cuando tan solo tenía 15 años, ¡Logan!

Doña Inés saca una navaja pequeña, pero filosa que había escondido entre su gran busto. Se aproxima por la espalda de su hijo para, luego tomarle la muñeca y, por fin, dar muerte a su propia vergüenza. Este se voltea rápidamente, se percata y ahora la sujeta a ella enérgicamente por el brazo al tiempo que grita —¡Seis pieles!

En el momento, un charco de sangre espesa envuelve, ahora, a quien alguna vez amamantara a ese flemático murciélago que tiene a todo un pueblo conmocionado.

—Mucho cuidado con lo que alimentas en casa, mamá.

Tío Koky entra en la casa. Trae en su pecho la cruz de san Benito y de su muñeca pende el escapulario de la Virgen del Carmen. No es que sea muy devoto, sino que supersticioso y obediente a su nueva “casera”. En su pecho, según le dijo su hermana Inés, lleva la protección contra el mal de esta tierra, mientras, en la muñequilla y junto al reloj, el pase directo al cielo.

Inés no está hoy en la casa, anda en el mercado. Él lo sabe de antemano. Ella trabaja, estudia de noche y vive con su hijo, y Koky solo disfruta de las mieles de ese coraje. Koky llevaba meses deambulando entre la vecindad hasta que Inés lo bañó, le dio comida y las llaves de su propio hogar. Las drogas se beben el contenido del vaso y no preguntan a quién perteneció. Pero, también, de ese mismo modo, son varias familias: dan resguardo bajo su techo a cualquier miembro que extraviado anduviese con la fe en su pronta redención.

Koky entra en la casa, ya antes lo dije. Sabe que la otra anda en el mercado. Él lo sabe de antemano.

A esa hora hay un niño en la vivienda que ya regresó de la escuela. El niño es tímido porque la timidez es para los pobres, y por herencia. El infante ve televisión en la sala y se pregunta si Pikachu podría morir electrocutado si, de pronto, se enfrentara a un pokemón de agua. Y ahora le pregunta a su tío en voz alta pues hoy aprendió que ese líquido es conductor de electricidad.

—¿Tú crees, tío?

—Claro que lo creo—. Contesta Koky con una voz modulada, mientras observa con malicia los muslos descubiertos por el pantaloncillo azul de su sobrino.

Koky se asoma a través de la ventana de la sala. Teme ser visto por un vecino de esos que lo aborrecen por su pasado. Ahora, cierra la puerta de la casa. No vaya a ser que entre la decencia.

— Mijo, veamos Pokémon en el cuarto de tu madre, ahí el televisor es mucho más grande.

—Está bien, tío.

Ambos entran en la habitación, primero el niño y luego, Koky. El chiquillo se sube a la cama con plena confianza y recuerda que su madre, si no está trabajando, estudia; y si no estudia, entonces se la pasa en el mercado y lo único que sabe hacer en sus ratos libres es dormir muchas horas ahí mismo, en la cama.

—Tío, ¿por qué mamá duerme tanto?

—Porque, a veces, la tristeza se le pasa durmiendo. Justo en el momento en que cierra los ojos, se le pasa el dolor que lleva en el pecho.

Koky cierra la puerta del cuarto y le sube el volumen al viejo televisor con el control remoto. Pikachu ejecuta su afamado impac-tureno y el niño, por fin, descubre que casi nada le afecta a su héroe amarillo, ni el agua de otro pokemón. El inocente de seis años yace, hasta ahora, complacido junto a su tío. Pero, de pronto, este se levanta de la cama, se baja sus pantalones Jeans, se quita la cruz de San Benito y el escapulario; los coloca junto al televisor y ambos viendo hacia abajo... pues ahora teme ser visto por Dios.

—Logan, hijo, tú como que eres un niño muy bueno y un chico muy hermoso (...).

La casa de las moscas

“La mosca debe ser tomada como el símbolo de la impertinencia y la audacia; porque en tanto que los demás animales le huyen al hombre más que a otra cosa, y corren antes que él se les acerque, la mosca se posa sobre su nariz misma”.

Arthur Schopenhauer

El día de mi entierro noté a varias personas frotándose las manos. No hacía frío en el lugar y por ello es que esa fricción me causó bastante curiosidad. Era algo inusual, inclusive por la concurrencia de personas que, en primera instancia me hizo sentir un tanto halagado, pero conforme el acto se extendía me sirvió para darle fuertes bofetadas a mi ya menoscabado ego. Lo del frío inexistente pude corroborarlo al tocar el hombro de mi madre pues no se sentía helada como cuando se ve partir a alguien que, supuestamente, genera algún tipo de sentimiento; y ojo que en vida me juraba ser merecedor de sus más sinceros y puros afectos. No sentí frío, tampoco, en las manos juntas de mi esposa, más bien una mirada inexpresiva y un cierto dejo como diciendo: “bueno, bueno, pues al fin ya es hora de seguir; y ahora sin este”.

En mi sepelio los miré a todos, tiosos, con sus ojos bien redondeados y negros, llorando lágrimas que les costaba derramar, era como un estreñimiento en el rostro y bien puedo decir, esas lágrimas fueron sacadas de algún libreto telenovelesco de esos que aseguran que mientras más se grite o, al menos, se solloce frunciendo el ceño, es porque mejor se actúa. Fue, entonces, que quise imaginar aquel espectáculo como si

fuese una cinta sobre una sociedad de moscas en torno a su manjar, a sabiendas que aquella tarde era yo el platillo fuerte que estas se proponían devorar.

De pronto, dos de cuatro zumbaban a mi derecha y yo, al saberme no observado, no palpado, pero con la facultad de poder

deambular entre todos; quise prestar atención a los invitados de mi último festejo que, al fin de cuentas, era mío, sí, mío del mismo modo en que se me celebraban, en vida, todos los cumpleaños. Esta era MÍ muerte, y yo tenía razón suficiente para festejarla o lamentarla. Y, supongamos que fue este el último deseo que se me concedió: saber hasta dónde mi vida había tenido algún impacto en los demás, y con esto yo podría tomar mi propia postura ante la disyuntiva de si celebrarlo o lamentarlo junto a los presentes.

Y justo en ese mismo sitio, también, comprendí que hasta los animales tienen más respeto ante la muerte que mis congéneres. Apenado por mi propia partida, como si yo mismo la lamentase en primera instancia, me acerqué a paso solemne ante mis, ahora, excompañeras de trabajo. Su perorata susurrana la dejó como prueba de todo cuanto digo...

—Por fin ha muerto— dijo la primera al tiempo que colocó una mano sobre la otra y las llevó hasta su abdomen.

—Mientras no le hayan echado tierra es mejor no asegurar nada, ese chavalito es tan ególatra, atarantado y narcisista que capaz y saca una mano del ataúd con tal de llamar la atención.

—Ahora ya podés pasarte a trabajar al turno de la mañana. ¿Te das cuenta cómo es Dios que todo lo acomoda?

—Dios todo lo acomoda y a su tiempo, y está bueno que se sepa que su muerte le pasó por hijo de puta —agregó una que antes no estaba, pero que ahora se unía al festín—. A él nada le costaba aceptar sus asignaciones sin meterse con las nuestras.

—Bien que disfrutaste inventando lo de que en su computador había pornografía.

—Bueno, bueno; ¿pero acaso no fuiste vos la que me recomendó eso del escrache para hacerme con su puesto?

—Shhh, shhh... Hablen más bajito. No olviden que aquí todo es solemnidad y supuesto decoro. Aprovecho, de una, para eliminar nuestro otro chat.

—Eso de escribir en dos grupos de WhatsApp al mismo tiempo ya era muy tedioso para mí.

—Ja, ja, ja. Y vos jugando de santulona, preguntándole que cómo se encontraba de salud solo para asegurarte, ¿o fue por si tendrías que ir a hasta su casa con una aplanadora para, por fin, acabar con él?

Las plagas de moscas suelen ser muy comunes en zonas tropicales, pero cuando la suma de ellas es exagerada en nuestros arrabales, se debe prestar atención y buscar el origen de inmediato. En vista de que las moscas representan, para muchas culturas, la corrupción y el mal, aunque, en realidad, su existencia bien puede equipararse con la de cualquier otro insecto que no posee otro rol más que el de sobrevivir su día a día y desde su propia óptica de mundo, lo cierto es que todo aquello

que esté en contacto con la muerte, la descomposición o la inmundicia, genera morbo y mal uso para quienes se maravillan de esto.

En la Biblia, por ejemplo, se les menciona como animales ligados a Baal Zabut o Belcebú (el señor de las moscas) y su existencia transmuta lo sagrado y lo hace apestar, Eclesiastés 10:1 es un buen ejemplo de ello.

Por esta razón, la aparición de estos insectos se asocia tanto con la magia negra, que se les llega a relacionar con chismes y problemas entre los miembros de las familias, pues al final, suponemos, el propósito de su llegada no sería más que estos sujetos antes unidos se separen velozmente o con el pasar de los años.

Mosca... mosca... del latín musca.

“Insecto díptero muy común, de unos seis milímetros de largo, de cuerpo negro, cabeza elíptica, más ancha que larga, ojos salientes, alas transparentes cruzadas de nervios, patas largas con uñas y ventosas, y boca en forma de trompa, con la cal chupa las sustancias de que se alimenta”¹. ¿Insecto negro, dice?, ¡já!, ya ven, ustedes, como ese color se asocia de forma explícita al mal. Eso me hace recordar que Muhammad Alí no solo era un boxeador infranqueable ante la derrota; en sus entrevistas, también, daba algunos “nocauts” ideológicos. Y pienso que, con el perdón de ustedes,

invocar a ángeles negros sirviendo en la cocina de ángeles blancos, subrayar al Santa Claus Blanco en comparación con el gato negro que trae entre sus pelos aquella temida mala suerte o externar que la mayoría de retratos de Jesús incluso lo hacían ver rubio y de ojos azules, eso se llama verdadera genialidad.

Ciertamente, todos y cada uno iban vestidos para la ocasión. Las mujeres mayores con sus velos de encaje negro a duras penas sostenido por un sombrero ala corta y de hechura sencilla que las hacía lucir cual zopilotes, portando, todas, aretes negros o plateados; las más jóvenes, con tan solo blusas a manga larga o corta, pero del mismo color de la noche que las iba cubriendo desde el pecho hasta el toque con el suelo, ya fuese porque portaran falda o pantalón. Los hombres, por su parte, con alguna camisa negra o con tonos oscuros, pero abotonadas hasta el cuello; el acostumbrado pantalón largo que terminaba en botines negros bien lustrados para la ocasión y un corte de cabello militarizado y luciendo, en la mayoría de los casos, lentes intencionalmente sombríos que les sirviesen para refugiarse a causa de su verdadera y perceptible indiferencia.

Luego de escuchar la conversación que se habían montado mis excompañeras de trabajo, cabizbajo al saber que a pesar de ocho años “remando” junto a ellas, aplaudiendo y riendo muy sinceramente sus chistes en el laburo y hasta uniéndome al festejo de sus logros, como la vez que le compuse un cuentito corto a un hijo recién nacido de Catalina; yo, ahora, al saber que a ellas realmente no les incomodaba ni un poco mi muerte y que más bien la festejaban de algún modo; pues me dio por sentirme ofendido, no lo niego, y entonces, me dirigí al seno de mi familia en busca de refugio emocional, justo donde estaban mis hermanos y mi padre.

—Bueno—, dijo mi hermano mayor, Isaías— la pregunta que me hago yo es cómo haremos ahora con la repartición de la casa, pues ya el documento de la herencia estaba dispuesto para los cuatro, ¿cobrarán por hacer ese tipo de modificaciones o se deducen ante la muerte de Matías?

—¿Cómo se te ocurre hablar de esto en mi entierro!— me detuve y le grité eufórico como si pudiese escucharme— ¿Acaso no soy tu hermano menor?, ¿dónde está tu dolor? ¿en qué lugar dejaste tus sentimientos, pedazo de mierda!

Isaías... Isaías... El típico hermano exitoso y de esposa escultural como sacada de una revista para caballeros. Dueño de la empresa constructora Dinteico S.A. y, a su vez, quien aprovechando el declive de precios en los materiales para la obra gris que se diera en los ochentas, había logrado sortear los malos negocios, evitar contratistas ineptos y hacerse de una buena y sólida reputación; y fue así como su empresa logró figurar entre la cartelera de las mejores compañías del país con su sello característico: entregar en el tiempo pactado o el reintegro del dinero y, también, poseedor de un eslogan llamativo y sacado de mi propia genialidad, astucia que él nunca me reconocería: “Todos construyen, nosotros edificamos la historia”.

El traje de Isaías, en mi entierro, no solo era negro, sino que impecable y sus zapatos de marca Aubercy como si hubiesen mimetizado con el tono de sus pupilas negras. Entonces, mi hermano me hizo recordar a esas cucarachas grandes que pululan entre las cloacas o alcantarillados de la ciudad y, también, a las inmundas moscas que sobrevuelan la carroña que algún depredador dejó a la intemperie. Me acerqué a él, vestía un Brooks Brothers hecho a medida y eso lo sé pues nunca tuvo reparo en presumir sus banalidades en cualquier encuentro familiar. Así mismo lo hizo con mis otros dos hermanos. Ahora él tenía un festejo mayor: un hermano suyo había muerto y eso solo podía verse como una tajada menos que repartir de la herencia de papá. Sin embargo, aún en estos momentos siempre quise creer que podría sorprenderme con algún vestigio de humanidad, aunque fuese de solemnidad para

con los de su sangre que alguna vez compartimos nuestra infancia con él pero que, ya grandes, no tuvimos las mismas costillas jugosas sobre el asador y mucho menos servidas por alguna empleada; pero, no, con él no sería posible, solo frotó sus manos como una gran mosca antes de hablar sobre la herencia: una casa de tres pisos

ubicada en el centro histórico de la ciudad de Guatemala, en el residencial El Paseo Cayalá; y tres automóviles, un Lamborghini Sian, el Ferrari Pininfarina Sergio que siempre llamó mi atención por su color rojo vívido y el típico carro de hacer los mandados de la casa, un Toyota Prado del año.

*(Solo Matías escucha en el ambiente
“El vuelo del moscardón” de
Nikolai Rimsky-Korsakov)*

¿Qué hacen varias moscas en mi entierro? Planean rápido, ¡y vaya que lo hacen! Esquivan los manotazos de los asistentes o el abanico que sostienen las señoritas que nunca antes conocí, probablemente lloronas contratadas por mi madre. ¡Largo, Nikolai! Se posan sobre las cruces calcinas que los vivos erigieron en el panteón de los muertos con su última evocación, las percuden, pues festejan deshonorarlo todo: la memoria, los santuarios, a la virgen blanca que todo lo controla con su corona y rosario, los frutos maduros de los árboles que hay a la lejanía y, por último, esas mismas moscas vienen y se empecinan contra los vivos. Justo desde aquellas cruces comienzan a relamerse algún rastro de mierda alojado en sus palpos maxilares o sus patas frontales.

¡Lárgate, Nikolai, con todo y tu interludio de una buena vez!

Moscas... moscas...

Quizá vienen de otros cementerios, como el de Chichicastenango, loma donde no se sabe si los muertos yacen de huesos albinos o pintados de varios colores, al igual que sus tumbas. Pequeños son esos dardos demoniacos, pero con dos veces más gérmenes que las pulcras cucarachas. Y flotan en el aire semejando a frailes jesuitas con sus capuchas de petróleo. Toman velocidad en cada intersección para, luego, lanzarse contra el rostro de mis invitados o lamerles alguna parte del cuerpo. Todo se lo saborean, hasta su mezquindad. ¡Todo! Y, luego, para digerir, vomitan enzimas en su ya selecta comida hasta disolverla y, después, engullen a sorbos. No

dejan más que zumbidos en el ambiente, de ese modo, el alma de lo vivo se disipa entre aquel estrepitoso batir de alas.

Me escondo entre dos arbustos del cementerio. Dejo caer mi espiritual trasero dándole la espalda a aquel funesto entierro que no era precisamente a como yo lo imaginaba y, entonces, vislumbro a mi esposa quien camina lentamente hacia esos mismos matos donde yazco abatido.

—Marce, reina mía, pajarita de mi nido y muñequita de la más fina porcelana... Soy yo, tu Matías, aquí estoy—. Me enderezo y sitúo por detrás de ella como cuando mis brazos rodeaban por completo su cintura. Comienzo a darle besos a su terso y perfumado cuello, haciéndome campo entre sus mechones acolochados y negros; pero ella aparenta sentir un gélido viento que la estremece poco a poco— Sé que

me extrañas y yo, aquí, sentado al lado de estos arbustos he pensado cómo es que la burlona muerte nos juega esta terrible pasada a todos, pero en especial a nosotros dos.

Marcela, imperturbable, saca su bufanda vino del bolso, con ella envuelve su cuello blanco en una sola maniobra. La serpiente de tela le apresa la parte de su cuerpo que yo más besara en vida. Inmediatamente, extrae de su bolso el celular y escribe al número de mi jefe: “¿Amor?” — ¿Amor?, ¿cómo que “amor”? ¡Marcela, por la pasión de Cristo! ¡Vos no me hagás esto!, ¡vos no!

Comienza a lloviznar. Caen alfileres del cielo lo mismo que caen ángeles a las tres de la tarde. Todo yace oscuro. La gente ansía guarecerse, fingen no haber tocado agua en su existencia. Hacen muecas de urgencia pues, en realidad, lo que anhelan es escabullirse del acto de una buena vez. Se retuercen cual babosas ante un puñado de sal. Volteo hasta mirar bien a don Clemente. Y, sí, lo veo ahí con su celular y contestándole a mi esposa. Clemente Lombardi, mi jefe, hombre de cabellos canosos y mirada cansina que aparentara sabiduría y calidez. ¡Clemente Lombardi! De voz apacible, mismo que me extendía su mano cada mañana al atravesar la puerta de la oficina y quien me nombró empleado del año en el

2019 y, también, quien me hizo un video para subirlo a la página de Facebook del correo, mi lugar de trabajo.

— Amor, por ahora debemos tener más cuidado; no sea que alguien nos vea juntos y sospeche más de la cuenta—. Marcela escribe sin la más mínima inculpación o lamento.

—Hagamos algo, Marce, cuando vos lo creás oportuno decime dónde y cuándo, que yo me las ingeniaré a como ha sido siempre—. Recibe la réplica de Clemente, al momento que este añade el emoticón de un corazón grande.

¿Y qué decir sobre los huevos de las moscas que luego serán larvas para, posteriormente, igualar en apariencia a sus antecesoras?, ¿serán estas, acaso, aprendices de las primeras en cuanto a revolcarse en la inmundicia?; pero de dónde lo asimilan si nadie las enseña. ¿De dónde intuyen que su destino no es más que el de estropearlo todo?

Deje, por ejemplo, una olla de arroz destapada en época de moscas y en un abrir y cerrar de ojos verá cómo alguna desgraciada se soba el vientre con sus patas traseras y apila su viscosa y purulenta camada hasta simular múltiples granos del mismo arroz. ¿Cómo logran entender que ambas cosas se mimetizarán de tal forma que terminarán en el estómago de cualquier desprevenido(a)?

Las pupas parecen reírse de nuestro destino, aprenden algún tipo de intelecto transgeneracional y luego de escurrirse con su cuerpo por algún tiempo, se detienen, implosionan, rajan la vaina que antes las recubría y salen. Una vez afuera desdoblan sus alas, se “laman” las patas delanteras y con estas peinan sus antenas ¡Y todo listo! Se suman al ejército que flota en el aire cargándolo todo de pestilencia. Una mosca más para la sociedad, pero en menor tamaño; una con vestimenta de niño o niña, pero con las mismas costumbres de cualquiera en su etapa de adultez porque, como dije, hay un hilo generacional que no se ha roto: las mismas costumbres, idéntico es el aprendizaje y se entrevé el más predecible comportamiento. Más cólera para todos, mucha fiebre tifoidea y aún más disentería.

Marlon Quintanilla me había robado. Le llamo “Marlon Quintanilla” y sé que suena muy distante a pesar de ser mi único hijo de tan solo 16 años, pero es que el año pasado en un video de un cajero automático lo había descubierto usando mi tarjeta y sustrayendo dinero como si nada. Y cuando salimos a dar un “paseo” le pregunté qué había hecho con 1,250 Quetzales, se encogió de hombros y con la ligereza de un Quintanilla me señaló hacia El Trébol. Y bueno, sabré yo lo que ocurre en esa casa...

Así es, mi hijo me había sacado el gasto de la semana para acostarse con una prostituta. Desde entonces nada volvió a ser igual: ni su mirada inocente o sus mechones negros de burucha iguales a los de su madre, ya tampoco quería identificar mis propias cejas en la simetría de las suyas. Verdaderamente, sentí asco y decepción por él; me acusé por haberle pagado el mejor colegio y por presumirlo en mi trabajo a causa de sus calificaciones, mas lo cierto es que no hallaba algo que recriminarle directamente porque, de muy joven, yo mismo había sido picaflor y también le entraba sin miedo a lo que fuera. Pero ya nada volvería a ser igual entre ambos. Fui rudo con él y esta era una regla familiar de los Quintanilla: la rudeza y la indiferencia era solo para los hombres.

Sin embargo, entre todos los asistentes a mi entierro, mi hijo fue el único que lloraba desgallado, dejaba salir su dolor a todo pulmón y sin vergüenza alguna. Su lamento semejaba al de un fuelle descompuesto o a un quebradero de bambú en la

montaña. Me alejé de Marcela para acercarme a él, la poca gente que quedó luego de la llovizna se conmovió a causa de su sufrimiento. Entonces me hincué a su lado y ambos lloramos con amargura mi muerte pues sus lágrimas sí me parecieron genuinas; y entre llanto y llanto las frondas de los árboles parecían acuarelas entremezcladas, de un tono se iba al otro con una velocidad espeluznante, y al otro. El cementerio comenzó a retorcerse violentamente en un punto concéntrico que iba engulléndolo todo con un tremendo meneón de tierra. Ahí iban a dar las personas con sus trajes de luto, los nichos blanqueados con sus flores tiesas, el paisaje

medio campestre y los arbustos con sus singulares moscas que se fueron haciendo gigantescas hasta adoptar el tamaño de personas y quienes, de pronto, entreabrían su trompa al tiempo que se rozaban las antenas con sus patas. Estas también vestían trajes de luto para la ocasión.

—*—

Matías Quintanilla abre un ojo de manera letárgica, luego el otro. Se encuentra acostado en su cama adoptando la forma de una momia egipcia. Su cuarto, en la planta alta, está totalmente en la oscuridad. Observa que sobre la mesita de noche, al lado de la cama, hay un retrato con tres moscas. A no ser por esos rostros caricaturescos, él juraría que es esa su propia familia; pero en tiempos más coloridos. Se escurre a través de las sábanas, rumea su aliento a cloaca y lo escupe, luego enciende la luz al toque del apagador. Oye un zumbido apabullante y jura, por su madre, que en la planta baja de su propia casa hay una juerga a la que él no fue invitado. Sus pasos torpes han derribado una lámpara de pie que apenas y acariciaba su silueta contra la pared.

—Creo que ya despertó.

—Cuatro Clonazepam pueden más que cualquier insomnio, incluso con la más extraviada locura. Vamos a ver si ya, por fin, es el mismo.

—Ojalá que sí, Marcelina, no es fácil dar con un trabajador como él.

—Lo que no es fácil es lidiar con él.

Matías reconoce la voz de su jefe y la de su esposa. Rememora, con cierto quebranto, episodios de lo que fuese la pesadilla de su muerte y se centra, ahora, en estos dos personajes. Toma dirección hacia las gradas de su casa. Asoma por entre la primera, pero no divisa nada, el ángulo es nulo y su visión turbia. Una luz tenue le muestra varios cuadros que cuelgan desde el primer y hasta el último escalón. Cada cuadro es un suceso de su vida en familia, pero actuado por un elenco de moscas; ya sea con peinados extravagantes o sencillos, portando trajes carísimos como los de Isaías o más harapientos y desarreglados como los de su hijo, Marlon.

Marcelina es como él y solo él la ha llamado a ella estando a solas, y eso le incomoda y mucho.

Ya faltaban tres escalones para su descenso total, pero se topa de frente con una gran mosca de tamaño humanoide que porta una bufanda color vino y por completo enroscada al cuello.

—Por fin bajás, cariño. ¿Te sentís bien?

Matías huye horrorizado hasta su habitación y tranca la puerta. Se debate entre lo que hará o no hará. Y por fin toma una decisión: Abre el armario sigilosamente. Saca un matamoscas de gran tamaño. Se dirige a la planta baja de su hogar. Persigue a los presentes con su mirada más que extraviada. Algunos logran huir como gatos a través

de la ventana de la sala, tal fue el caso de Marlon y de dos de sus compañeras de trabajo.

Y cuando, por fin, cree haber acabado para siempre con todas y cada una de las infelices moscas, descubre a una que porta sus mismos ropajes en un marco de una foto que realmente no es una foto, le clava una sonrisa tétrica de victoria al rostro, luego, le apunta con su matamoscas directo en la cabeza, se oye la detonación en seco y acaba para siempre con su vida y, de paso, con su tan inusual delirio.

La mosca

Según publicación en Current Biology, durante la cópula, el macho de la mosca común (Musca domestica) bate con fuerza las alas y emite un zumbido de amplia frecuencia detectable por sus predadores.

Ella es alta como una caña de azúcar jamás abatida por el viento. Tiene los ojos azules, herencia de su abuelo paterno y dos piernotas que poseen ese marcaje especial obtenido solo tras horas y horas de una intensa rutina en el gimnasio, y la ingesta de suplementos vitamínicos. Le gusta que su cuerpo la lastime, y que sus abdominales la encorven levemente hacia el frente y a causa de ese mismo dolor. Piensa que todo en la vida se resume a un sufrimiento agudo del que, luego, vendrá alguna recompensa. Pero, hoy en día, por fin siente lo que es verdaderamente el dolor. Mía es su nombre, pero en el mundo en que se mueve es mejor conocida como La mosca.

La mosca es nicaragüense de nacimiento y extranjera en cualquier país de Centroamérica, solo momentáneamente y cuando de negocios se trata. Es hija de una pareja que instaló un hermoso y gran hostel en Granada, ciudad de calles empedradas, edificaciones coloridas y altas como reliquias de asentamientos españoles. Justo de ahí aprendió que los turistas y viajeros son una fuente accesible de grandes cantidades de dinero. Nunca atesoró las enseñanzas sobre la pulcritud o los rezos de sus padres, más bien, era terca desde pequeña y, ya grande, tan buena empresaria que hacía sus negocios en aquel mismo hostel.

El día que su padre, por fin, se enteró de sus movidas fue cuando la encontró con sus tetas punteadas y dentro de su propia habitación, en medio de dos rusos, cada uno con su verga al aire. Ese mismo día le dio carrera para la calle y ella, como ya tenía varios córdobas ahorrados, hizo un motete de ropa, lo echó en un salveque viejo, se puso

su jacket de cuero y unos botines negros; le hizo un moño a su pelo rojo y alborotado, y nunca más se arrimó por ahí.

Mía tiene una amiga, también nicaragüense, su nombre es Estela. La conoció por esas casualidades de la vida y mientras complacía a un chaval en un trío. Ambas tuvieron que defenderse de este pues, ya muy excitado y ebrio hasta la médula, tomó a Mía por el cuello y no la soltaba. Entonces, Estela corrió desnuda hacia la sala, trajo un pesado jarrón de barro que había en el suelo y se lo quebró en la cabeza al tipejo. Desde ahí se forjó algo a lo que no sé si se le podría llamar amistad. Estela es rubia y Mía, pelirroja como la princesa Mérida de Disney. Estela es amante de los perros y posee varias cuentas en Onlyfans y, ella, más encariñada con los gatos y diestra en el uso de Instagram, Tik Tok y otras plataformas. En algún momento pensaron unir esfuerzos y abrir una casa de citas a medias, pero con el pasar del tiempo se dieron cuenta de que lo que tenían en común era, justamente, lo que más las alejaba a ambas.

No lograron ponerse de acuerdo en cuanto a quién dirigiría la operación, cuál de las dos recibiría el dinero o guardaría los contactos de la clientela. La verdad que no

tenían nada en común más allá que ser antrópicas, más específicamente, “amantes” de los hombres y, claro, su incuantificable apego por el dinero.

Ahora bien, La mosca tiene una vida medianamente normal a como la de cualquier mujer, solo que coge unas nueve o diez veces más al día que las otras y guarda sus mejores quejidos para complacer el enloquecido tímpano de los caballeros adinerados, pues con los otros mayormente yace enajena y viendo hacia el cielorraso mientras todo acaba. Pero Mía también guarda dos secretos como si fuesen sus pertenencias más valiosas: dos hijas que abandonó hace tres años con su padre, en Managua, y otro más reciente que aún hoy la tiene en desvelo, y que es mucho más escandaloso y preocupante para cualquier cristiano.

Dicen que los huevos de las moscas eclosionan dentro de la hembra y que el número de huevos por cada puesta varía entre

100 y 500. A lo largo de su vida, las moscas, pueden llegar a poner varios miles de huevos. Mía no tiene una cifra certera sobre cuántos hombres ha conocido en su vida, los ha visto desfilan a través de la entrada de varias habitaciones, en hoteles, cuarterías o moteles; a todos y cada uno como si fuesen eterno camino de zompopas. Un día atiende a un afrodescendiente perfumado y, al otro, se retuerce de fingido placer dando sentonazos sobre un chino que apenas y tocó el baño. A ella poco le importa el tamaño de sus miembros, el color de los ojos, sus cicatrices en la piel, o si tienen o no, ronchas en las nalgas, la espalda o la boca pues, para ella, todos son “preciosos”, “deliciosos” y “ricos papitos”.

Ella es complaciente con quienes frecuentan su servicio y, aunque casi siempre este es ambulatorio, La mosca, igualmente atiende en su departamento. No hace mucho mandó a construir un sillón tantra color negro y un columpio que hizo bien atornillado al techo de su cuarto. Tiene varios consoladores de distintas tonalidades, tamaños y texturas, con baterías o sin estas, algunos hacen movimientos circulares y, otros, como eternos picoteos de pájaro carpintero; los presume guiñando un ojo como si fuesen una bellísima colección para usarse por completo y, además, tiene en su haber, varias revistas para caballeros, cintas pornográficas de todas las épocas y un repertorio de lencería para calentar a los más flácidos; pero, también, posee un secreto rancio que confía llevarse a la tumba.

Mía odia a algunos hombres y ¡cuánto lo hace! Hay quienes la han sometido con sus piernas, mientras ella abría sus muslos a cada lado como si fuesen las alas de una verdadera mosca porque, ella, también coge a como intiman las moscas: en la inmundicia de las sábanas que rara vez lava, en el anal donde puede llegar a defecarse, en la lluvia dorada o el vómito entre besos con lengua; ya bien les digo: ella es complaciente en los fetiches más extraños ya que es mujer indulgente que aguarda a todos dentro de su vagina, su culo o su boca, mientras haya buen dinero de por medio. —Ya vente, papito—, y da inicio el forcejeo que, más bien, parece embestida de bestias. El macho, incluso, coloca sus patas delanteras sobre la

cabeza de la hembra y se abalanza hasta casi medio cuerpo de la receptora, y sobre su lomo. —Quiero tu leche, dame tu leche, más y más (...). El coito dura, aproximadamente, unos quince minutos porque ella se las ingenia para que la

eyaculación sea lo más pronto posible y aunque sus interesados paguen una hora o dos, aquella diversión se acaba si se vienen antes. ¡Es una verdadera negociadora!

A La mosca le gusta sentir el calor de los hombres mayores luego del sexo porque, de algún modo, le hacen recordar al cariño de su padre cuando ella era tan solo una niña. La reproducción de la mosca ocurre únicamente en su estado adulto. Antes de que esto suceda, el macho debe cortejar a la hembra. Para ello “canta” gracias a la vibración de sus balancines o halterios, unas estructuras que emplean, también, para controlar la postura durante el vuelo. Solo entonces olvida cuán desgraciados son los varones, se deja lamer o peinar como una dócil gata hogareña y recibe, gustosa, los irreales juramentos de amor que cualquier desconocido le ofrezca y, también, olvida, momentáneamente, la letra de su canción favorita “(...)Let me tell you all about/ this love and hate relation/ between a man and a woman./ And so none of you all get / the wrong interpretation (...)”, pues la mayor parte del tiempo se odia como mujer, aunque también sabe que se odiaría si Dios la hubiese hecho hombre.

Mía ha tenido que atender pubertos sin experiencia, pero a ellos, muy recientemente, les aguarda un singular presente de su parte y para que lo atesoren el resto de sus días ¿Ya mencioné que La mosca retiene un secreto más que reciente y que aborrece a cierto tipo de hombrecillos? (...). La hembra valora si la canción del macho y su olor (feromonas) son de su agrado. Si ella decide que no quiere aparearse con este, entonces continúa en movimiento. Pero, si cree que ha encontrado al compañero ideal, se queda quieta, de manera que él pueda comenzar la cópula.

Dicen que el ciclo de vida de las moscas suele durar entre 15 y 28 días, por lo tanto, rápidamente deben aprovechar ese tiempo

vital y, por consiguiente, es inevitable que esparzan, por doquier, su indiscutible inmundicia.

Mía porta una vestimenta roja y adentra al muchacho en la habitación. Ya en la estancia le muestra su arsenal de consoladores. Marlon Quintanilla es un chico de tan solo 17 años y únicamente los había conocido desde su computador, en los videos pornográficos que esconde en carpetas cuyos nombres son cifras numéricas —¡El rosado!—. La mosca se pregunta de dónde un muchacho tan joven puede sacar dinero como para pagar sus servicios.

—¿Trajiste condones?

—¡Uy!; Olvidé comprarlos!

—No te preocupés, yo tengo unos...

La mosca pone sus huevos en restos orgánicos en descomposición, como la carne putrefacta. Es por ello que siempre anda rebuscando. Piensa que es extraño atender a un joven, inclusive, ahora, que lo ve bien con su uniforme de colegial. Esto la hace sentir miserable, colérica y contrariada, al mismo tiempo.

—¿Sabés que hay una constelación que se llama la Musca?— dice como si sintiese un raro compromiso por instruirlo.

—No, realmente, no lo sabía.

— Pues sí, y apareció por primera vez en el libro Uranometria de Johann Bayer en 1603.

—¿Y eso cómo lo sabés?

—Bueno, no te creás que me dedico a esto por no tener un cerebro—. Y añade como tratando de no incomodar a el muchacho: —Ja, ja, ja. La verdad es que me lo contó una amiga que me dice así y yo me fui a buscarlo al Wikipedia. No me gusta confiarle todo a cualquiera, ¿y a vos?

—Me da igual—, el muchacho se encoge de hombros, —pero bueno ¡ya! Vamos a lo que vinimos, ¡no?

El joven se desnuda. Mía lo observa. Ella saca un condón del paquete que en apariencia está cerrado. El vigoroso joven se deja lamer el miembro sobre el sofá. Se retuerce ante las primeras sensaciones y los reiterados lametazos en los testículos. La mosca se

contonea y su lencería le sigue el juego dejando al descubierto sus humedales. Todo prosigue hasta que con la boca le pone el condón al muchacho y lo monta (...). La mosca tiene un secreto que guarda desde hace menos de un año y ya lo usa como su propio desquite contra la vida.

De pronto, el condón se rompe. Mía observa al joven con lástima y complacencia, al mismo tiempo —¡Lo lamento!—. Sabe que, dentro de tres meses, él mismo vendrá a buscarla entre lloriqueos para solicitarle información vital. A La mosca le gusta sentir que muchachos fornidos le suplican, le gusta verlos sollozar a su alrededor como magdalenas desconsoladas, con sus aleteos como cuando ella misma fue una bella adolescente y era el centro de atención de media Granada.

Mía tiene un secreto, ya lo mencioné ¿verdad?, y apesta como el agua podrida de un estanque, y su hedor es tan fuerte que su propio organismo lo había ocultado un año atrás hasta que, por fin, se le reveló de golpe en una prueba de laboratorio.

—A mi no me gusta tomar pastillas, ¿y a vos?

—¿Pastillas para qué?

—(...).

El cuida campos del EBAIS

A los escritores de cuento, tristemente intrincados con los famosos cuenta cuentos —me consta, me ha pasado y me apena tener que decepcionar a cualquier público infantil—, en muchas ocasiones se nos ha dicho que debemos evitar nuestras valoraciones morales, éticas o estéticas sobre las acciones que desarrollaremos en nuestros escritos; es decir, solo deberíamos enfocarnos en el hecho y que cada quien haga o piense lo que le plazca. Bueno, así lo he escuchado como mandato en los múltiples talleres literarios y hasta en fórmulas consabidas por afamados escritores. Yo confirmo que, justamente, esa es una parte que se me dificulta montones; sobre todo cuando la sociedad o el hecho descritos son una solemne mierda.

Pero permítanme que, únicamente, les narre un hecho... (¿Cómo hiciera para no decir, explícitamente, que una conducta ya es un mal de la sociedad y que la tiene podrida en todos sus estratos? ¡Ven como ya fallé en cuanto al emprendimiento este de ser un buen cuentista? R/ ¡Me importa un pito! La verdad que con esta postmodernidad ya no se sabe qué esté bien o mal, y todo adquiere un inmensurable valor si contamos con un crítico alienado, aunado a una pose excéntrica de pseudoescriptor: boina a lo Neruda, alcohólico como Bukowski, malhumorado a lo Francisco Umbral o marifufó como casi todo el resto. Sinceramente, espero que el dinero de esta publicación me alcance para costear a un crítico reconocido o, aunque sea, pagar con birras algún comentario favorable en una plana de algún periódico reconocido, pues la pose se las debo: soy más común que una obra gris y descolorida de San José). Lo cierto es que me dirigía a un EBAIS bien concurrido. Un EBAIS es un mísero centro de salud, pero con ganas de sonar como algo de primer mundo. Eran las 3:30 a.m. y el frío me azotaba los huesos y, por ello, resolví enroscarme en mis abrigos de esquimal. Decidí, también, llevar una silla plegable porque al lugar llega un muchacho que, literalmente, coloca sus cuarenta banquitos

plásticos estorbando en las afueras del centro de salud y luego grita: —Mi gente, yo no les estoy cobrando por sentarse en ellos, pueden hacerlo con todo gusto, solo sean generosos y denme lo que ustedes tengan a voluntad—. En primera instancia, la oferta suena tan bien y me haría ver a mí como el tipo más mezquino del mundo si no accedo, ¿no? Yo sí porto mi propia silla a pesar de que este otro ofrece sus “servicios” gratuitamente o a conciencia de cada quien. Pero ya verán, ustedes, por qué yo no me sumo a ese circo...

Como a eso de las 4:00 a.m., un anciano de unos 80 años tomó uno de los banquillos y se sentó casi a mi lado, apenas dejando una distancia considerable por el tema COVID, y comenzó a escuchar música de su pequeña radio portátil para matar el rato. Se supone que todo marcharía bien hasta que clareara el día y abrieran, por fin, el mentado EBAIS. Todo bien. Todo en orden.

En plena espera, el vende posaderos tomó un banco plástico y lo coloco entre el anciano y mi persona. No había nadie. No se sentaría nadie, por tanto, en apariencia no sucedería nada fuera de lo normal. Cualquiera hubiese pensado que el muchacho pretendía que guardásemos aún más distancia entre ambos. Obviamente, conforme transcurrían los minutos iban llegando más personas, veían los bancos esperándolos, se escuchaba, de pronto, el mismo: —Mi gente, yo no les estoy cobrando por sentarse en ellos, pueden hacerlo con todo gusto, solo sean generosos y denme lo

que ustedes tengan a voluntad—. Cada uno de los recién llegados fue tomando su banco, algunos a sabiendas de que aquella friolenta mañana serían invitados por el muchacho, otros, acomodándose plácidamente tanteaban alguna monedilla de muy insignificante valor. Como dije antes: Todo bien. Todo en orden.

El reloj fue adelantando sus agujas hasta llegar a casi las 7:00 a.m. Las señoras practicaban sus tosidos para el doctor, parecía el Cor femení de Granollers que pronto llegaría al unísono en sus voces. Por su parte, los jóvenes comenzaron a cojear más de lo normal, posiblemente con la intención de inducir al trámite de alguna incapacidad laboral. Los niños de pecho silenciados por alguna teta enorme y cargada de leche, arropados cual tamales de elote y los

otros, un poco mayores, ya medio páñflos, hablando en perfecto “sopetas” con sus padres; estos últimos esperaban impacientes la atención de algún odontólogo al tiempo que recibían algún pellizquito a causa de su inquietud. Y los ancianos... ¡los pobres ancianos!, pues estos, simplemente, existiendo como ancianos sin tener que fingir ninguna dolencia pues son la dolencia de Cristo encarnada. Y así transcurría la mañana... Todo bien, todo en orden.

De pronto, un carro lujoso se aparcó en la calle y dejó salir a una despanpanante mujer. Esta se aproximó, conversó unos segundos con el muchacho de los banquitos, le dio un billete arrugado de forma disimulada. El tipo le señaló el banco que estaba entre el anciano y mi persona. Y ella, frescamente como si el resguardo de ese lugar fuese ya un derecho que le hubiese conquistado un Juanvainas, se fue a sentar sin importarle que a esa hora la fila de pacientes ya llegaba como a dos cuabras de la entrada. Sé que el acto descrito es el más normal de todos, ¿no? Me dirán ustedes: ¿Me hizo perder el rato para contarme que alguien se coló en la fila y a todos les valió madre! ¡No! Y la verdad que no tuve ni tendré la intención de adornarlo para ustedes. ¡No me importa!

Pero lean, ustedes...

Lo cierto es que el anciano se levantó como resorte ya enfadado de su banco y le reclamó a viva voz al muchacho de los bancos. Este lo interpeló alegando que se callara puesto que bien que había disfrutado del banquito toda la madrugada. Ustedes dirán, ¿y a usted qué le importa que se cometiera tal injusticia con un señor de 80 años que, incluso, estaba reclamando por las últimas personas de la cola? Aquí viene lo que me llamó, verdaderamente, la atención:

Como todos los demás estaban sentados en los bancos plásticos que este tipo desconocido había puesto, es decir, como todos y cada uno de estos hijueputas estaba recibiendo un beneficio insignificante por el cual no habían hecho ningún esfuerzo; entonces les dio por maltratar verbalmente a un pobre señor, a un anciano de 80 años que también iba, al igual que ellos, a pagar su banco, y quien llegó mucho más temprano que la muchacha pintorreada y fufurufa, y que tenía razón en todo cuanto le estaba gritando al

bendito vendedor de posaderos. ¿Y adivinen?, pues sí, la muchedumbre ¡haciendo honor al tico que se vende a los corruptos por la mínima! comenzó a madrear al pobre señor y a tratarlo de malparido para arriba y hasta hubo quien se ofreciera a molerle la cara a “pichazos” (golpes) solo por defender su derecho y el de los demás.

Querido lector:

No soy de escribir moralejas, ¿o sí? Ja, ja, ja. Pero si usted es de los que gustosamente acepta cualquier tipo de mordida que le ofrezcan sin importarles cómo pudiese eso afectar a los demás, y por más insignificante que sea esta, en cualquier entorno donde se encuentre o desarrolle usted, ya sea en el laburo o estando en pleno esparcimiento, déjeme decirle una sola verdad: No dista mucho, usted, de ser como cualquiera de ese grupo de hijueputas que me topé aquella friolenta mañana en el EBAIS.

Primera mención honorífica

Álvaro Esteban Zúñiga Cascante

Día de vacunación

Marcias

La soberbia de un snob se paga caro, y Marcias únicamente esperaba el día en que aquel fulano se manifestara, llegara con la frente en alto, sonriendo de pura seguridad, y dijera las palabras mágicas, se iniciara el reto, y aquel Apolo, dios de las artes, señor de la flauta, comenzara el escarmiento que el otro se merecía.

El Fulano pensaba de Marcias, que por su origen, por no tener aquel pasado de Conservatorio, por no ser reconocido ni en los bares de la capital, que acostumbraban invitar músicos noveles, no tendría ni pisca del talento que bien sabía Marcias que poseía; el arte y la técnica del rasgueo, los acordes aprendidos y la teoría musical, era cierto, le llegaron a una edad no temprana. A él nunca le compraron una guitarra, decía; yo aprendí por mi cuenta, decía.

El Fulano llegó a las tres de la tarde, con el semblante en alto, la guitarra al hombro, un atuendo fresco de verano y una sonrisa de oreja a oreja. En la residencia los presentes se reunieron en la sala, hablaron un poco de política, de los cursos que llevaban en la universidad y finalmente de arte. Marcias aprovechó y propuso tocar un bolero; luego el Fulano sacó su instrumento y compuso una balada que enamoró a propios y extraños.

El estupefacto Marcias le preguntó de inmediato si aquella letra era original, y el Fulano con mirada maliciosa aseguró haberla compuesto en aquel mismo instante. El silencio gobernó la estancia, mientras Marcias era presa de una envidia incalculable, atravesado por la saeta de una sorpresa que no esperaba. Dominando el nudo de la garganta, Marcias se atrevió a decir: “a ver quién improvisa mejor”, a lo que el Fulano respondió, “Bien, el mejor improvisando, hace lo que quiera con el otro”. Nuevamente, la estancia enmudeció y muchos incluso, decidieron irse de inmediato. En la sala quedaron algunos curiosos, la sonrisa cada vez más real del Fulano, y la mirada inquietante de Marcias, símbolo de una lucha entre el orgullo y la vergüenza.

El corrido de Marcias tropezó varias veces con la métrica, y la letra terminó siendo indescifrable, los presentes pudieron decir luego, que con práctica el muchacho podía improvisar mejor en el futuro, pues con todo, el ritmo no falló. Lo del Fulano quedó grabado, se compartió por redes sociales y tuvo el impulso de convertirse en un himno social; se diría luego, que no cantaba el Fulano, sino el pueblo. La residencia quedó vacía, dado el obvio veredicto; el Fulano sonrió nuevamente pero ahora de manera tierna, y Marcias fue conducido por el pasillo hacia su propio cuarto, aceptando un castigo que en realidad anhelaba desde hacía mucho tiempo.

Fábula del intolerante pacifista y el minoritario autosuficiente

El fulano intolerante llegó primero al parque recreativo, su familia acomodó la cobija para el picnic y en minutos se esparcieron las ensaladas, las bebidas, las frituras y los confites. Los niños llegaron después, pues andaban jugando por el lago, persiguiendo contra la ley a los patos inocentes. El intolerante pacifista comenzó a hablar de las últimas noticias, era un asiduo seguidor de los noticieros y de los sucesos, y empezó diciendo que muy bien se lo tenían aquellas víctimas jóvenes que en la noche caminaban, hasta ser asaltadas y ultrajadas por los bandidos que ahora buscaban resquicios pequeños para su salvación.

Al otro lado, dos muchachos sentados en una banca conversaban tranquilamente, con sus camisetas minimalistas daban la impresión de estar en un café y menos en un parque recreativo, pero por sus pantalones cortos y su calzado de verano, rápidamente impedían el comentario de cualquiera. El minoritario autosuficiente era uno de ellos, y justo cuando en el cuadrante que compartían con la familia, se escuchó el vozarrón del fulano intolerante, pudo percatarse que los dos frentes tenían la misma discusión y se referían al mismo tema.

Así empezaron las indirectas a gritos: mientras el intolerante pacifista creía en una justicia necesaria contra los vestidos escotados, las conductas parafílicas, la lujuria y el libertinaje, el minoritario autosuficiente abogaba por un respeto de todas las actividades humanas y una reeducación extensiva y urgente, pero como aquello era prácticamente imposible en un país del delirio, nada justificaba su estadía en un potrero tropical, y como él podía cambiar de residencia internacional fácilmente...

El intolerante pacifista se alteró e invitó directamente al minoritario autosuficiente a largarse cuando quisiera, igual la mayoría de las reses de aquella tierra pensaban como él y no tendrían reparo en irlo a buscar cuando la justicia que proponía se cumpliera;

el minoritario autosuficiente le respondió que en efecto, podía hacerlo, pues gracias a la vida tenía las condiciones suficientes, era bilingüe, conocía otras culturas, etc, y no tenía la necesidad de agruparse para sentirse seguro de sí mismo.

En la ribera del lago, el descendiente más pequeño se acercó con reflejos felinos al ave acuática y como si hubiera evolucionado para eso, le tomó del cuello alborotando todo el cuerpo del pato. A pocos metros de distancia, los dos tipos aparecieron haciendo lo mismo, intercambiando cuellos frágiles en un estrangulamiento curioso, mientras la muchedumbre almorzaba y reía, esperando volver a casa para observar el partido de las cuatro de la tarde.

Aventura

Recorrí selvas infestadas de bestias y parásitos, no pude aprender en la ciudad cómo escalar ni siquiera los primeros cinco pisos del edificio donde trabajaba, pero allí, frente a la adversidad y la necesidad subí montañas que me daban la bienvenida con nubes refrigerantes. Aprendí a hablar algunas de las lenguas de las tribus amazonas y fui testigo del castigo divino de una larga noche, premeditado sin darme cuenta por astrónomos de la India meses atrás. Sudé, pasé hambres de forma inconsolable, cacé las alimañas más peligrosas y asquerosas, sufrí sus mordeduras, conocí el arte de la curación del viento, y un día desplegué mis alas hacia la cúspide del Kilimanjaro, donde en una biblioteca secreta logré revisar por fin el último ejemplar de la colección “Mitologías Andinas”, y así, finalmente, con el ánimo al tope robé el dorado libro, mudo y aburrido de tanto polvo y tiempo, salí como un rayo por la entrada principal mientras me seguía la guardia real de aquel imperio y saltando de estante a estante logré traspasar el vidrio de la ventana no sin haberme dañado seriamente. Ya soñaba con la graduación.

Kilómetro 10: el ascenso a la montaña mística

*So I'm packing my bags
for the Misty Mountains,
where the spirits go now,
over the hills where the spirits fly.*

Misty Mountain Hop. Led Zepellin.

“Yo, E. Mejía, maté al puma con un puñal; yo, E. Mejía, baqueano, maté al puma”. Al cabo de unas horas de viaje desde San José, llegamos al hotel cerca del pie del parque nacional; llevaba consigo un malestar de ruido, un mal sabor de boca, algo así como haber ingerido algo podrido a la fuerza, en buena parte por el almuerzo adelantado y mal hecho y por otro lado, por aquellas voces incansables de buena actitud, de hazañas personales, de pureza espiritual, de pulcritud moral digna de un reconocimiento divino. Más o menos eran las cinco de la tarde, acabábamos de tomar café y entre la conversación repetida de no invocar a la lluvia por una cuestión de mal augurio apareció el guía con una cara larga, posiblemente más larga que la mía, saludando educadamente, como por obligación, e informándonos de una necesaria reunión en quince minutos, justo al lado del restaurante, en la sala de descanso.

En mi familia nadie fue montañista ni aventurero, en parte porque las condiciones de antes eran muy diferentes a las de ahora, actualmente contratar una agencia de excursiones es bastante sencillo, lo que se necesita es un poco de preparación y algún conocimiento previo del clima, del terreno y de la altitud. Yo creo que nací para esto, aún tengo la ligera sensación de ser parte de un sueño infantil en un sitio amplio abarrotado de luz donde a lo lejos, de frente se divisaba la montaña, un triángulo oscuro ante el amanecer, una figura en sombra bañada en blanco recién nacido.

Tal vez esta era una de las razones por las cuales arriesgaba mi audición y mi tiempo en medio de filósofos de cuarta categoría que religiosamente pensaban en la imposibilidad física de un accidente o de algún fenómeno atmosférico gracias al auto-convencimiento de que todo estará bien, de que todo será maravilloso, de que sonriendo se pueden solucionar las cosas. No es que no estuviera emocionado pero me parecía, en medio del ruido, que en el fondo aquellas personas más que convencer a los demás necesitaban auto-convencerse de la utopía inmediata que representaba nuestra futura travesía.

Por eso, en medio del fastidio interior, llegué a reaccionar interesado con la historia de Jorge, el guía, acerca del origen del nombre del sitio “La sabana de los leones” uno de los lugares cerca del Cerro Chirripó donde podríamos ir. Allí, buscando la manera de salir de la montaña, el baqueano lugareño, E. Mejía, topó accidentalmente con un puma hembra con cría, la única posibilidad de encuentro que podría representarle una muerte; bajo la escasa luz que emanaba de la noche, no había podido percatarse de la presencia del felino hasta que detectó un movimiento sutil en las sombras y un gruñido que nunca antes había escuchado, su reacción fue la de tomar el puñal que se armaba en la cintura y recibir a lo que fuera desde el frente, el puma lo embistió, se abalanzó sobre Mejía y lo recibió el frío del cuchillo, ojo en la oscuridad para el baqueano, que luego contaría fanfarroneando que él había matado al puma con un puñal; él, E. Mejía, baqueano, había matado al puma. De ahí aquel nombre de la Sabana de los Leones, donde según el guía, la gente pensaba que los pumas acostumbraban, hasta el día de hoy, frecuentar el terreno.

Como era de esperarse a nadie más pareció interesarle la historia, sus rostros parecían reclamar en silencio la presencia de un cuento que les hiciera pensar en un peligro, que les creara un poco de miedo. A mí me encantó.

Fueron algunos minutos de charla sobre cómo usar el bastón en la montaña, cómo subir o bajar las cuestas, datos numéricos como 15 kilómetros, 15° centígrados, 2 litros. La maleta más pesada

viajaría en mula durante la madrugada, antes de nuestro inicio y el equipaje de caminata consistía en mi caso de un Camelback con líquido, un canguro con barritas energéticas y un poncho, una cámara fotográfica y el bastón de caminata. Algunas miradas invasivas me llegaban a la distancia como diciendo “esto nos va a joder el viaje”. Aquellas cámaras de vigilancia humana portaban poco, igual que yo, pero debido a su indumentaria y a su vanagloria, ya creían, a las 7 pm de aquel sábado de abril, que las protegía una capa de superioridad moral y deportiva.

Cené en silencio, viendo perder a la Liga por quincuagésima ocasión, relato televisivo más determinante que el de Margoth, solicitando calma si la veían desmayarse, “es que tengo un problema en el corazón, se me para por unos minutos, pero después todo vuelve a la normalidad”; cenaba callado, de a ratos observando a la chica del restaurante perdida en su teléfono, libre de Roberto que contaba “normalmente gano, la verdad, o por lo menos quedo en el podio”; saboreaba la sopa, la olla de carne cuyo valor sobrepasaba, sin lugar a dudas, a Alejandra, que repetía “hay que ser positivo, todo va a estar HERMOSO, nos va a hacer un amanecer ESPECTACULAR, y cuando llegemos a la cima nos vamos a tomar fotos y...”

Cerro Chirripó, “lugar de aguas encantadas”, leí después en un rótulo del restaurante-hotel donde se exhibían imágenes de aquellos que conquistaron la cima más alta de Costa Rica. “Lugar de aguas encantadas” volví a leer. Me desplazé a la habitación para dormir, 10 metros, 21°centígrados, solo.

No sé si he sido presa del agotamiento y me he sumergido en el sueño, solo me percaté del camino en la oscuridad, cerca del kilómetro 2, uno de los primeros recorridos de exigencia para llegar hasta el objetivo. No sé si he sido presa del agotamiento, solo sé que soy un íncubo, un demonio del sueño, voy atrás del grupo, marco el ritmo del penúltimo miembro, un señor de unos cuarenta

años tal vez, que no se percata de la extracción, de pronto veo varios horizontes, varios caminos andados, una familia reunida en nochebuena, una recomendación médica para hacer ejercicio, hijos mayores, una esposa hogareña, una madre de 90 años. Soy el demonio del sueño, quisiera saber y tener, saber de dónde vienen, qué han hecho, qué han sufrido, tener su resistencia, su calma, su capacidad asociativa. De vez en cuando se voltea y dice “si usted quiere puede pasar”, ya empieza a notarlo, esa cosquilla, esa sensación de reducción, de empezar a sentirse extraño e invadido; respondo: “No, tranquilo mae, aquí voy genial, le estoy llevando el ritmo”. Soy un íncubo, demonio de postura acucillada, sexual, me introduzco sin ánimos de placer físico, más bien de curiosidad y poder. De vez en cuando se voltea. La luz del amanecer se asoma y empiezo a verlo, corriendo por los pasillos de una escuela, agotado, en un principio parecía un niño divirtiéndose en el recreo, luego comienza a abrirse un clima de tensión, viene llorando, tal vez perseguido por otros niños y encuentra en un rincón apartado un sitio íntimo para llorar fuera de todo, a salvo. “Cuerpo de bomba” se oye a lo lejos, pasos seguidos parecen acercarse, “cuerpo de bomba” repiten y con el estribillo sube un coro de carcajadas.

Vuelvo al camino, se ha detenido, de pronto empieza a transpirar copiosamente y creo escuchar una hiperventilación mínima. Me detengo igual, recuerdo lo último que dije “No hay problema, le estoy llevando el ritmo”. El hombre vuelve a sugerir que me le adelante, empieza a parecerme extenuado, le respondo que todo está bien, que sigo cómodo caminando a esa frecuencia. Me mira de manera extraña entonces, como preguntándose algo sobre mí. Si me pregunta quién soy, le diré que soy un íncubo, demonio del sueño, de postura silenciosa, cuya presencia no se nota, cuya figura real es onírica, cuya identidad no es lingüística. Si me pregunta qué es un íncubo, yo le diría que es como Borgman, el de la película, asesino sin palabras, cofrade del silencio y creador de locuras, convencido sujeto de la necesidad del mal y diablo tranquilo, sin violencia, calmo, lector de miradas y pensamientos.

Le ofrezco entonces una barrita y me empieza a hablar con más confianza de la primera vez que subió “el Chirri”, como él lo llama, inmediatamente dentro de una descripción pequeña de un viaje en mula, se levanta y sugiere que continuemos pues la caminata es larga, cerca de 14 kilómetros y medio, y lo mejor es no detenerse, tanto por salud como por el hecho de tener que llegar a la hora del almuerzo. Noto entonces que se pregunta cómo pudo haberse detenido en el camino teniendo en cuenta lo anterior, él que ya con experiencia sabe lo que debe hacer en este tipo de situaciones. Aún no se da cuenta de las imágenes anteriores a la pausa del camino, no recuerda nada de la escuela ni del pequeño llorando entre dos aulas, pero yo sí...

Continúa la historia de la mula entonces “...así que mae, estaba con esa güila en plena oscuridad, sin foco mae, sin una puta luz en el teléfono porque se había descargado, con un poquillo de agua, nos faltaba un enorme trecho para llegar a Llano Bonito y con todo eso, no vamos escuchando como a un caballo...y aquella güila pega el grito en media montaña y yo que me tiro sin saber dónde y en lo que me tiro nos pasa la mula haciendo feísimo, mae le juro que en un toque yo pensé que era la Segua. Quién sabe a cuál patas vueltas se le ocurrió mandar mulas a esa hora...” Me río, él se ríe, piensa que es simpatía.

La luz del amanecer empieza a colarse entre las hojas de los árboles y de pronto el camino comienza a bañarse de verde, las franjas del día se proyectan en caída hacia el suelo y hasta el olfato interpreta la mañana naciendo.

Huele como a agua, siento la frescura de todas las frutas del mundo cayendo, como un abrazo húmedo que terminará hacia el mediodía probablemente, cuando el sol sea implacable. Al cabo de unos minutos pasamos por un puente de madera y oímos el corretear de unas aves parecidas a gallinas, me afirma el sujeto que llevamos un buen ritmo, que pronto desayunaremos. Nos encontramos cerca del kilómetro 3. Él sigue hablando de una historia de mulas donde conoció a la que hoy es su esposa, yo empiezo a pensar y a admirar ese verde encapsulador, esa bóveda que se ilumina ante

nosotros como señalándonos el hecho de estar dentro y no afuera, como creíamos.

De pronto hay hongos, movimiento de insectos, olor a tierra mojada, troncos en medio del camino; de repente podemos apreciarlo todo, y en el fondo sé que no debe ser nada especial, que solo es madera, plantas, bichos, naturaleza conocida, común, pero lo cierto del caso es que empiezo a creer que soy parte de una pintura en movimiento, de un cuadro universal visto por otros en otros tiempos. El tipo no se calla, sigue hablando de cómo él y su compañera caminaron juntos, de vuelta, a la Cuesta del Agua, escucho la conversación pero más allá de ella veo los retazos que se están haciendo sobre nosotros.

Hay un instante donde creo percibir un recorrido que no es el mío, de pronto mi visión se traslada a un sitio que no es el camino que recorría. Siento que no estoy lejos, no me siento otro pero tengo la sensación de otro cuerpo; uno que igual agradece la luz matinal, que busca dónde acurrucarse, que revisa a su alrededor la presencia de algún peligro, dentro de mi existe un ronroneo, una transfiguración sonora de un pensamiento que se muestra como rugido latente, como metáfora del instinto. De pronto me siento salvaje, casi libre; soy libre del lenguaje, no hay español, ni inglés, ni alemán ni portugués, solo soy en un sitio que es mi hogar y empiezo a dormir. Despierto, el hombre sigue allí y de pronto vuelvo a ser el de antes, el demonio del sueño, el inspector del dolor, veo un padre muerto hace poco, un niño golpeado en el pasillo de una escuela, le escupen, lo patean, le gritan groserías. El tipo continúa hablando, ahora de un asunto que no recuerdo: “mae, a las mujeres no hay que darles campo en la calle, las mujeres son unas carepichas, se hacen las maes en carretera. Y sobre todo las feas, son las peores, como nadie las coge andan de mal carácter manejando” Noto un vacío que se abre al lado del camino, soy ojo, silencio, pensamiento y también acto. “Mae, usted se ve jovencito, le voy a dar un consejo: a las mujeres no hay que dejarlas tomar decisiones; yo al playo que tenía en la casa lo eché a patadas cuando me di cuenta. Y la doña me había ocultado eso, lo había dejado

vivir ahí, ¡usted sabe mae!, comiendo en mi mesa, viviendo en mi casa con un playo. Lo saqué como a una bolsa de basura. Los playos son basura, no sirven ,mae, dígame mae para qué sirve un maricón, qué pueden hacer dos maricones, ¡nada! ¡lo saqué a patadas!”

Soy acto, el bastón de metal se alza ante el silencio que se abre, hay un balanceo en el aire perfecto que da la fuerza necesaria y el golpe aunque no es letal colisiona contra la nuca y lo desestabiliza. Se resbala y asustado se voltea inmediatamente como preguntándose qué está sucediendo, en qué momento todo a su alrededor ha cambiado. Allí en el suelo, lo que me queda de lenguaje borbotea: “Váyase a la mierda, cuerpo de bomba”, lo demás es instinto y un sonido largo que va desapareciendo desde el filo del sendero hasta el abismo de los primeros kilómetros.

El mundo es albino, hay un choque de luz que empaña los alrededores, sobresale desde un punto subterráneo y emerge por detrás del triángulo, la montaña deseada, el lugar imaginado, el sitio cuyo suelo es un misterio y un continuo descifrar. El mundo es triángulo en medio de blanco, manto puro, fluctuación de Dios, cubierta que se abre junto al viento, carpa donada por el cielo.

Tal vez camine hacia la cumbre, tal vez solo la contemple desde un punto lejano y me detenga a pensar en el triángulo isósceles, en la proporción perfecta del gigante.

Cuero, barro, sudor, madera, huele a camino transcurrido, a paso aletargado; quietud, silencio que suena, como si solo se escuchara el respirar de los árboles; hierro, pan, lana, agua, mezcla de olores en la sombra. Un paso sigiloso detrás de otro, puedo ser silencio y moverme rápido, veo todo, huelo todo, describo todo, soy de pronto un escritor sin palabras, entiendo el mundo por sensaciones de la noche, busco alimento, carne, sangre, hueso; soy

concentración de ojos abiertos, olfato delirante, flecha directa al objetivo. Soy arcilla, pelambre, músculo, soy radar, peligro, acecho.

Mañana estaremos cerca de Cerro Crestones, el agua escasea y el cielo es un abismo que chupa o que aplasta. A veces los recuerdo, a todos, simulados en un espejismo del camino, en un recuerdo soñado mientras el cuerpo avanza; siguen allí, hablando entre sí, conversando del trabajo, riéndose de alguien más, mirándose a los ojos pensando diez cosas que no podrían decir, leyendo. La temperatura ha bajado, se acerca al cero, ¿qué significa un cero? ¿Significa nada, vacío, no materia? Para este caso no es así, representa algo, es frío, es agua movediza, que baja, que se atreve a bajar inclusive más abajo del cero. Todos se han ido, los he enviado a Cerro Crestones, o más allá de él; en el ocaso de la tarde me los podría encontrar y allí, en la cima imprevista ejercerían su venganza; su revancha de agua, de alimento, su reclamo por ser arrebatados de un tiempo que debían obtener. Juancito gana un premio por ser el mejor atleta de la nación, es una beca, un tiquete de avión, una oportunidad dorada; Jorge decide tomar lo que no es suyo, arrebatada el santo grial, sobrevive a costa de Juancito.

Mañana seguiremos hasta Cerro Crestones, es mejor morir en una montaña, bajo una noche entera, con el universo encima que en una cama de hospital, no quiero regresar a San José, soy un barco, nací para el océano, no un automotor destinado a la espera, a la presa. Soy un barco, navego hasta Cerro Crestones, atrás quedaron los demás, en la cima me esperan.

La lluvia ha mermado pero aún siguen abanicándose con el viento restos de hielos, se reciben horizontal y verticalmente y reafirman la idea del frío; más allá de la señal del Cerro dejó de gotear el tubo abierto y desde aquí se le puede ver transformado en cristal, en

escultura momentánea. Con el camino, al viajero se le hará menos arduo soportar el frío que tampoco es letal si se le compara con otras montañas, como aquellas donde parientes lejanos, conocidos solo por las historias de mis padres, han estado; cumbres y riscos que mis ancestros han dejado y han revisitado. Montañas hay muchas, los senderos son múltiples, el recorrido es lo que nos hace vivos, lo que dinamiza nuestro tiempo. Desde el kilómetro 10 viene pensando, de pronto explora con otros ojos la vertiginosidad del paisaje, parece que borra memorias, prefiere avanzar sobre la cuesta, concentrarse en el esfuerzo que debe hacer para llegar hasta acá.

Es un buen muchacho, desde aquí, desde lo lejos; todos lo dirían a la primera impresión, su fisonomía contrasta con los tipos gallardos, intempestivos o autoritarios que podrían encontrarse en pruebas de alto riesgo, que podrían ser dañinos para el espacio mismo. Él no parece serlo, camina despacio, se contenta sabiendo que no hay nadie cerca que le critique por llevar ese ritmo o por hacer pausas para respirar el aire que continuamente absorbe, solo piensa en el último paso, en lo que pueda ver llegado al punto más alto de esta tierra que asume como propia, que cree que le pertenece pero que sin imaginarlo, no tiene amo, el dueño es quien la recorre y es un dueño temporal.

La Cuesta de los Arrepentidos le salta con una imagen que había olvidado, como si alguien aceleradamente lo despertara de un sueño tranquilo y le mostrara un máscara maldita como su realidad, como si de pronto el soñador se percatara de la pesadilla del diario vivir, la vida real y malescogida, y entonces se detiene, mira alrededor descubriendo el sitio como si no hubiera estado antes ahí y de inmediato parece que llora. Se asusta de su propio autodescubrimiento, pero continúa, llorando en silencio, espantado, tratando de no dejarse escuchar por nadie, reparando en que dar explicaciones podría sentenciarlo. La Cuesta de los Arrepentidos es eterna, es un acto de purgación de los males, las rodillas se flexionan con mayor esfuerzo y el palo de soporte se vuelve vital para alcanzar cada escalón. El camino es pedregoso comparado con el

verde de los kilómetros anteriores, de pronto la montaña empieza a podarse, se comienza a ser más alto que los árboles.

Me gustaría conocerlo, ser parte de él, comprenderlo. Ya nos hemos comunicado pero algunos detalles son confusos para él, cree que desvaría, que es objeto del efecto de una droga o que se mueve con una voluntad que no le pertenece. Quisiera contarle historias de viajes, relatarle los cuentos de mis ancestros que desde sierras nevadas han bajado y escalado los montes, quisiera decirle que en el fondo compartimos más de lo que puede diferenciarnos, que no soy lo que podría pensar al principio, que pienso en un lenguaje particular distinto al suyo y que mis recorridos podrían significarle una ayuda. Pero como cualquiera, como todos los de su especie no dirá nada más que un insulto al azar por haberlo traído frente a mí, en mis ojos no verá a un igual, ni a un pariente, sino más bien mirará la muerte, y yo podría acercármele y decirle con mis palabras que no soy lo que se imagina, que lejos de ello puedo ser un redentor, un sanador de heridas y que lo he seguido con la mirada desde La Cuesta del Agua para expresarle mi interés en los suyos, para intentar, como mis abuelos, comunicarme con él, pedirle ser vocero ante sus cercanos y abrirles los ojos, que vean el mundo en el que viven, que lo aprecien, que lo protejan y que detengan su impulso primigenio dominado por el miedo. Lo vería a los ojos y le diría: “Hermano, ve en paz, acuérdate de mí, cuídate, ya verás como todo saldrá bien”, pero tal vez responda con lo mismo, con la necesidad de estar más cómodo en el mundo, de evadir los “peligros” del aire, del agua y de la luz, con su idea de superioridad, de que solo él entre las especies puede pensar, que solo él puede ser lingüístico. Me mirará a los ojos y me mentirá con una sonrisa, me invitará a su lado y cuando me acerque lo suficiente me apuñalará, para luego contarle a los suyos, que él temerariamente, con temple valiente me asesinó, como si aquello fuera un motivo de orgullo, como si mancharse las manos de sangre fuera un triunfo.

Traspasa el albergue, anhela pasar desapercibido y por ello toma un sendero escondido por detrás del edificio, se deja llevar por mi olor, por mis huellas, sabe que lo invoco, que lo guío, pero no me

figura, no tiene idea sobre mí, ya pronto llega, recorrerá el borde apreciando el espejo de la luna en el lago y a los minutos encontrará el letrero impuesto que nombra mi hogar.

La imagen del demonio quedó plasmada en el último recuerdo de la pesadilla y fue luego como lo único salvado del incendio, una estampilla medio chamuscada ante los escombros de una realidad alterna que no recordaría jamás. Despertar fue como si alguien desde la superficie hubiera metido un brazo enorme al mar y con fuerza sobrehumana hubiera jalado mi camisa hasta llevarme a tierra justo a tiempo para aspirar el oxígeno necesario del mundo verdadero, donde la muerte aún no era mi destino. La habitación estaba en penumbras a esa hora de la madrugada y el frío de afuera empañaba las ventanas que incluso, me pareció que goteaban, dando cuenta del aguacero que pudo haber caído mientras dormía. Aprecié entonces los contornos de los objetos con mayor claridad y ya convencido de ser parte de un sitio real regresó a mi mente la estampilla, el recuerdo (si se le puede llamar así) del último acontecimiento del sueño: la llegada a la cima del Cerro y el encuentro con el felino echado y vigilante de mi llegada, coronado con la luna llena y en cuyos ojos, el satélite se manifestaba; luego el puma se acercaría lentamente, como si esperara algo de mí, para después decidir de manera rotunda saltar con feroz rugido. Todo parecía claro a ese momento de la vigila, los fantasmales ojos abiertos de la bestia, el hocico que mostraba aquellos colmillos perfectos y hasta la violencia sonora de su lenguaje de ataque. Pensé entonces que mi mente hacía asociaciones con la historia de Jorge y aquello me motivó enseguida, pues recordé también lo último que había leído en el restaurante antes de irme a dormir.

Me levanté entonces, me duché rápidamente, inclusive disfrutando aquellos segundos de agua helada, me alisté con mi ropa de montaña: un buzo de secado rápido, una camisa de manga larga ligera, foco de cabeza, cámara, barritas y por supuesto, mi bastón de caminata.

Salí al pasillo, me saludaron dos compañeras, las saludé y dejé atrás el par de muecas posteriores al saludo. Minutos después, el grupo se fue acomodando para el inicio del recorrido, conversaban tranquilamente y algunos terminaban de preparar las maletas y dejar otras cosas en la habitación del guía, que finalmente apareció en pantaloneta y zapatos de escalador. Hizo una breve oración en medio del silencio de la oscuridad y después nos tomamos una foto de grupo. Bajamos por la entrada del restaurante-hotel y despedí el rótulo de “Cerro Chirripó: lugar de aguas encantadas”.

Decidí quedarme atrás del grupo para no atrasar a aquellos que en teoría, tenían mejores condiciones físicas y podían escalar la montaña con mucha más rapidez. En medio de la oscuridad tomaron fotos de la señal de entrada al parque y comenzamos el ascenso al kilómetro 1. Al frente iba un señor de unos cuarenta años tal vez, robusto, moreno, con una maleta pequeña y con gorra. De cuando en cuando le enfocaba con la linterna ya que empecé a notar que se volteaba. Tiempo después quedamos solos en el camino, los demás se divisaban con luz artificial muy hacia lo alto del primer kilómetro. En un momento logré mirarlo al volverse, con un rostro extraño de molestia. Pensé que estaría enojado por un comentario que había escuchado antes de su compañero de cuarto, algo relacionado con ronquidos; creo que pensó que de pronto aquel compañero estaría detrás de él. Sin embargo, minutos más tarde sugirió en un tono extrañamente violento que si quería podía adelantarme; le contesté, con una respuesta meditada, que no era necesario, que le estaba llevando bien el ritmo. Se volteó bruscamente.

De repente vi una luz, un baño de blanco; recorrió desde algún lugar un hálito de viento, un suspiro de la tierra y entonces creí recordar pero era imposible, ya que uno recuerda lo que realmente sucede.

Conecté la luz del foco hacia mi antecesor y de nuevo estaba él allí, con su cara de interrogación, como preguntándose qué quería, como preguntándose quién soy...si me pregunta quién soy, solo le diré que soy un íncubo, ladrón de la calma, perturbador de lo privado, alucinógeno ante la belleza, demonio del sueño.

Día de vacunación

Sputnik, Kropotkin, Bakunin...empecé a soñar y a mencionar nombres de la nada...Dostoievski, Lenin, Tolstoi...estos ya los conocía, cómo no haber leído la desgracia y la redención de Raskólnivov...Bulgákov, Chéjov, Zamiatin, Bajtín, Gorbachov... acuerdos secretos con vacunas rusas, convenios sobre el pensar de la población, ¿será que empezaré a soñar con el regreso de las Repúblicas Socialistas Soviéticas? Ahhhh, ok, a eso se referían con los activos soberanos, a nuestras mentes frágiles, a experimentos de programación biotecnológica, tan lejos no estábamos de las computadoras, ¿pero aquel diputado no se refería a la empresa alemana-gringa?, ¿o después se unió la misma jurisdicción con la china y la rusa...? un momento, ¿las vallas publicitarias están en alfabeto cirílico? Me froto los ojos, no veo nada...claro, no me he puesto los anteojos, regreso a la visión adecuada, negativo. Un momento... aquello de atrás... rojo y amarillo... ¿era una hoz y un martillo? No quisiera pasar por loco, así que simulo que algo se me ha caído, y luego dirijo la mirada al punto que busco...no hay problema, es solo un McDonald's, todo bien, todo igual.

Segunda mención honorífica

Cristopher Mauricio Solano Gómez

Este lugar lejano

Cuarto con seguro

La respiración constante y uniforme de Víctor delataba su estado de vigilia aunque estuviera de espalda. Telbina, al otro lado y boca arriba —lo que explicaba la última pesadilla— recién abría los ojos. El reloj despertador iluminaba con su brillo rojo la cómoda sobre la que estaba, marcando las cuatro de la mañana. Ninguno de los dos se movía aunque la blandura del colchón ya les incomodaba. La mujer vio los dos puntos intermitentes del reloj hasta que la mañana comenzó a clarear. Víctor la vio salir pero no se movió, escuchó la ducha un rato, después el revolver de trastes de la cocina junto con un olor a aceite vegetal quemado. El brazo sobre el que apoyaba la cabeza le hormigueaba desde hacía rato. Telbina escuchaba la termoducha calentando el chorro incesante de agua, los gabinetes y puertas del ropero abriéndose y cerrándose, después el silencio. No se percató de cuando Víctor entró a la cocina.

—¿No has visto mis pastillas?

—Están ahí, encima de la refri. —contestó ella señalándola sin darse la vuelta.

Sacó dos cápsulas de color crema que dejó un momento sobre la palma de su mano antes de echárselas a la boca y terminar de tragarlas con una jarra de café recalentado. Ojeaba el periódico mientras esperaba el desayuno.

—¿Hoy no vas a salir?

—No, ya es tarde y las perras están dormidas. Oí, no se escuchan.

—Salí a darles de comer, por lo menos. Ya casi te sirvo.

En la casa había dos perras rottweiler, hermanas de la misma camada, de pelo negro y lustroso —mantenido por dos tazones de leche con huevo al día —, con el

hocico corto, cuadrado, del mismo color mostaza que el par de lunares que llevaban sobre los ojos: Luna y Mirra. Se las había regalado un holandés que llevaba poco tiempo de vivir en el lugar porque no podía mantenerlas. Los rottweiler no son perros de caza, son mejores guardianes, pero estas se habían acostumbrado. Víctor

disfrutaba verlas correr con estrépito y fuerza detrás de los pequeños conejos en los campos. Eran implacables; estaban adiestradas para atraparlos sin siquiera rasgarles la piel y llevarlos hasta los pies de su dueño, que finalmente los degollaba. Otras veces solo tenían que esperar con sigilo, en pose de esfinge, al lado de Víctor que apuntaba con su rifle a zorros y armadillos. Después del remate, les ponía la mano sobre una de las patas delanteras para que fueran a traer lo que acababa de matar. No se asustaban con el disparo del rifle y por eso las llevaba con él y también para hacerse algo de compañía.

Les alistó los tazones de acero inoxidable con dos jarros de alimento de un saco, en los fondos recortados de unos galones echó leche y quebró dos huevos para cada una, los batió pacientemente hasta que la mezcla comenzó a espumar. Las perras estaban en una jaula de malla metálica, amplia y abierta, detrás de la casa. Luna lo siguió hasta el portón. Mirra se sentó a esperar, nunca comía sin la leche y no veía los recipientes en las manos del hombre.

La jaula estaba sucia pero el olor del excremento no le molestaba, de igual forma no la iba a limpiar esa mañana. Tomó una silla rota de mimbre en la que antes se sentaba una vez a la semana para limpiar su arma mientras las perras jugaban en el patio. Esperó a que terminaran de comer. Luna fue la primera, corrió a sentarse a su lado para que le pusieran la mano sobre la cabeza como se pone la mano al final de un apoya brazos. Telbina veía todo desde la cocina. Se le ocurrió llevarle el

desayuno afuera, le pareció que Víctor estaba demasiado cómodo con el sol que le daba en las piernas. Aquel hombre, encogido sobre sí, daba la impresión de ser otro más robusto y vigoroso, recuperado. Volvió a servirle café en la jarra que había dejado sobre la mesa.

La mano de Telbina rozó la de Víctor al pasarle el plato que sostenía por abajo, sintiéndola fría al igual que las cosas inertes lo están. Entró y se preparó un té de flores azahar, se sentó a la mesa esperando la hora del almuerzo para cocinar de nuevo. Aunque seguía viéndolo en la silla, no alcanzaba a verle la cara y el cuerpo

se le mecía ligeramente cuando jugueteaba con la cabeza de Luna. Ahora sí era la figura de un hombre disminuido y fatigado, al que el cuerpo se le hacía ligero, ajeno, irreconocible. Telbina conocía el motivo de la fatiga y recordaba la última vez que él se encerró en la noche, con la puerta trabada, en el otro cuarto de arriba. Por eso ya no dormía y sabía que el hombre al otro lado de la cama tampoco.

Le angustiaba ver a Víctor con tanto tiempo para pensar. El doctor se lo había dicho; que tuviera precaución con lo que seguía de ahora en adelante. Le dijo que los casos así eran raros, que casi nunca pasan pero le tocó a su esposo (que no es el tipo de hombre que se estime como uno sin...). El doctor había seguido diciéndole que Víctor prefería quedarse sin una pierna o hasta sin un brazo siempre que le quedara el diestro para disparar, que el cáncer es jodido, cualquiera, pero “uno prefiere que le quiten el estómago y le metan un pedazo de bolsa y no aguantar ni la comida, vomitarla así no más, es más, hasta tener que hablar con uno de esos aparatos que se ponen en la garganta es mejor que esto de Víctor”. Repasaba, abstraída de todo lo que pasaba fuera de sí misma, lo del diagnóstico tardío porque él no quiso ir antes, lo de la terapia y lo de la amputación. “Prefieren morirse que

quedar mancos, porque viene siendo lo mismo”, había dicho el doctor finalmente y ella no le había respondido nada porque lo que acababa de escuchar le contraía el estómago y la garganta. El hombre con el que se había casado ya no era el mismo no porque ella lo pensara así, sino porque ese mismo hombre, recortado ahora por la cortina del ventanal de la cocina, no pudo reponerse nunca. “Son excepcionales los casos en los que el cáncer lleva a la amputación de los genitales”.

El reloj de pared sobre el refrigerador era lo único que sonaba para cuando ella se percató de que Víctor ya no estaba en la silla. Escuchaba los ladridos de las perras al frente de la casa y le fue a abrir la puerta principal para que no tuviera que dar la vuelta al entrar. De regreso, sacó del refrigerador una bolsa hermética con unos pedazos de carne húmeda, rojísima, con poca grasa excepto por una tiras largas y superficiales de color blanco que se hacían

púrpura en algunos tramos. Tenía sangre asentada en el fondo; era de conejo, tal vez de los últimos que habían traído a la casa Víctor y las perras. Podía ser del que le compraban a otro viejo del barrio para no dejar de comer al animal. Víctor le había enseñado a prepararlo de manera oficiosa y ella lo hacía igual: tajaba la carne con su cuchillo favorito — uno de carnicero, largo, de mango blanco — y enseguida metía dientes de ajo, comino, perejil y rodajas de cebolla en los tajos abiertos, lo dejaba reposar en una olla con la misma sangre que soltaba y lo asaba un par de horas en el horno.

Se lavaba las manos en el fregadero cuando escuchó a Víctor encerrando las perras. El hombre entró con los pedazos de galón en las manos, los tiró debajo de una mesa en el cuarto de pilas, pasó por la cocina y antes de subir las escaleras para dirigirse al dormitorio, cerró la puerta principal con discreción, con la perilla vuelta para que la traba del llavín no sonara. Subió, Telbina conocía la casa

demasiado bien y con cada paso adivinaba dónde estaba parado. Le extrañó que no pasara directo al dormitorio, como siempre. Se había detenido antes, lo que hizo que Telbina dejará de frotarse las manos y cerrara la llave del agua para escuchar mejor, pero no alcanzaba a escuchar nada, pensó que tal vez había contado mal los pasos y Víctor ya estaba en la recámara de ambos.

No reanudó sus quehaceres hasta estar segura. Volteó hacia el reloj de la cocina, eran las diez en punto, confirmado con el sonido polifónico y efímero del reloj de pulsera de Víctor. Seguía el silencio y Telbina solo se impacientaba. La mujer comenzó a caminar despacio, intentando no hacer ruido, descalza sobre el piso de madera desde la cocina hasta la parte baja de las escaleras y como si desde arriba la hubieran escuchado, el sonido de una puerta que se cerraba y las piezas de metal rozándose entre sí con desesperación. El miedo al mismo tiempo que escuchaba el seguro de la puerta la paralizó y el estómago se le estrujó, así como la garganta, mientras sostenía el pasamanos de las escaleras. Cerró los ojos con una mueca de pavor y angustia, los abrió, horrorizada, pero no se movió para no hacer ruido. Podía escuchar con claridad cómo se

movían dentro del cuarto: el ruido de la madera cuando una silla es arrastrada de la pared al medio de la habitación, las argollas de las cortinas al descorrerse para dejar entrar la luz, los pasos desde la ventana a la pared más próxima a las escaleras. Escuchó roces en el metal de los soportes sobre los que descansaba el rifle de Víctor, los pasos hasta el centro de la habitación y la silla nuevamente arrastrándose un poco, como si alguien, más que sentarse, se tirara sobre ella. Seguía agarrada del pasamanos, con todo el cuerpo tenso, pero no quería precipitarse en un intento por detenerlo.

Ya había pasado una vez varios días atrás. Estuvo encerrado casi quince minutos, pero solo eso. Incluso habiéndolo escuchado cuando bajaba el rifle de los soportes como acababa de pasar ahora, no terminó en nada, por eso esperaba que la puerta se abriera y a Víctor saliendo del cuarto y no el silencio limpio que le respondía. Imaginaba a su esposo apuntándose, con la boca del cañón en su boca o tal vez solo limpiándolo con el trapo de franela verde, como tantas veces lo había visto. La espera la sofocaba, casi podía sentir la tensión en los resortes y pernos del arma. El alivio no le llegaría hasta escuchar el seguro y la puerta abriéndose. Un disparo aislado de todo lo demás. Seguía esperando a que Víctor abriera la puerta como si nada hubiera pasado, pero el aire tomó un dejo de olor metálico que le quemaba la boca del estómago.

Derbi

El primer golpe vino de la mano de Macho. Un volado de derecha más con el canto que con los nudillos, poco técnico, que se estrelló en la nariz del jugador rival. El último jugador del que se podría siquiera inferir una acción como esa dentro del campo de juego le cascaba los cartílagos nasales al capitán del otro equipo, que aún sangrante y mareado, no caía, dejando los chorros rojos descolgarse por las arrugas como cuencas a los dos lados de la boca, el pecho y vientre de la camisa teñidos. El árbitro detuvo su cronómetro en el minuto 57 con la certeza de que el partido no se reanudaría. Un silbatazo uniforme, de unos 3 segundos seguidos por varios de silencio, el metal de la malla perimetral retorciéndose y los gritos guturales de las hinchadas, rugidos de perros de presa que se le venían encima.

Solo hacía unas horas, los feligreses que atendieron a la misa dominical aún se quitaban del cielo de la boca los trozos pegajosos de hostia consagrada, mientras se santiguaban para salir de la iglesia, celebrando la fe santísima de sus antepasados. Poco después de las once, faltando dos horas para el partido de ese día, la gente se conglomeraba en los poyos de cemento del parque central para hacer tiempo. Nadie sabía el número exacto de juegos entre ambos equipos. El trabajo de estadista lo hacía un historiador retirado, de 70 años, ex profesor del magisterio del que se rumoraba que era homosexual y tenía encuentros casuales con otros hombres jóvenes del lugar.

Sentado con la pierna cruzada y un panamá hat sobre la rodilla, intercalaba relatos alusivos al origen colonial de Tierra Blanca (la casa del Deportivo Independiente) con anécdotas lascivas sobre la pubertad de sus estudiantes

cuando impartía clases. Otros viejos de la misma edad que podían tolerar la espantosa halitosis de su interlocutor lo rodeaban para escucharlo distinguiendo a los tierrablanqueños de los cholos. “Hijos de conquistadores, de los que civilizaron a esos indios parias

de estas tierras, no de la calaña de esos cholos hijos de puta que solo saben volar patadas porque no tienen seso para jugar algo tan elevado como el fútbol”, espetaba en medio de una tos que le despedazaba los bronquios. El tumulto se dispersaba camino a la cancha en la que se jugaría el partido.

Entre los grupos de transeúntes caminaba también Macho, el capitán del equipo local, con sus botines en la mano. Espigado, de contextura delgada, pelo rizado, un poco largo y echado hacia atrás, la cara limpia, recién rasurada (su ritual acostumbrado previo a cualquier partido). Se acercaban para saludarlo, darle la mano y pedirle la dedicatoria de un gol; también lo invitaban a tomar algo en la cantina de enfrente o que fumaran un cigarro antes del partido. Accedió a esto último cuando un hombre gordo, casi calvo, con manchas de sudor en las axilas, le extendió un Marlboro de una cajetilla blanca y dorado. El capitán fumó fuera del vestidor, miró su reloj de muñeca —un Casio digital con brazaletes de acero inoxidable— y a lo lejos escuchó un estruendo de cláxones en caravana. El equipo rival acababa de llegar y como era acostumbrado, se acompañaba de sus hinchas más devotos, que se descolgaban de camiones de carga que hacían las de microbuses. Una silbatina de los locales era todo lo que se escuchaba conforme se bajaban y de pronto, los gritos e insultos. Cholos hijos de puta / indios asquerosos / indigentes / devuélvanse a aquel hueco / ladrones. Entre el ajetreo y el incesante ruido, dos de ellos se quedaban dentro del cajón del camión para bajar grandes garrafones de licor de contrabando y chicha de maíz. Los aficionados del Deportivo

Independiente también comenzaban a llegar, la mayoría en pick ups Hilux, que acomodados rodeando el rectángulo de césped, improvisaban tribunas desde las que verían el juego. Macho esperaba a sus compañeros y observaba con atención la pequeña microbús de la que aún no salían los jugadores del Hooligans F.C., hasta que lo sacó de su trance la palmada en la espalda de Lara, el volante creativo de su equipo.

—Ahí anda, Mula, Macho. Vos sabés que viene con sangre en el ojo y no solo él, por eso me extraña que venga tanta gente hoy —y señaló la microbús con la barbilla

El comentario de Lara aludía al altercado del miércoles de esa misma semana. Unos trabajadores de la planta de procesamiento en la que trabajaban jugadores del Independiente y del Hooligans, acabaron por romper el cristal del parabrisas del carro del jefe en una pelea. Macho siguió con la mirada en la microbús hasta que con el equipo completo presente, decidió entrar al vestidor para prepararse con los demás. Sentado junto con otro de sus jugadores en una banca larga pegada contra la pared, cerró los ojos y saboreó el regusto del cigarrillo que no hacía mucho se terminó. Al mismo tiempo, se bajaba los pantalones para colocarse las medias elásticas blancas. Todos comenzaron a desvestirse también. Las piernas, pechos, vientres y axilas llenas de pelo negro y grueso, algunos se paseaban en calzoncillos contoneándose, comparando los bultos de sus penes marcados al frente; se daban nalgadas y se tocaban o golpeaban los genitales a manera de juego, reían. No seas gay / ¿Qué te pasa, playo? / Jalá de aquí, loca / Tome, yo se lo doy si es lo que quiere / A usted le hace falta hombre / Ve a lo que le mandaron, no desperdicie este gallito / Vieras lo que me salió en la pura punta, no sé lo que es pero / No, mae, báñese, ¿no ve cómo le huele esa vara. Macho no formaba parte del jolgorio de sus

compañeros. Recién terminaba de ponerse la camiseta con el dorsal número 5 y se agachaba para amarrarse sus botines: Copa Mundo, cordones blancos, con los poros del cuero de canguro recién curtidos. Eran iguales a los que frotaba en el póster de El Kaiser, Franz Beckenbauer, tras la puerta de su cuarto.

Las dos aficiones comenzaban a presionar con gritos para que el árbitro, enclaustrado en una pieza con paredes de madera, que hacía las de baño y vestidor individual, saliera rápido y diera inicio al juego. El calor y los vasos de licor clandestino comenzaban a embriagar a los asistentes. Los amagues de peleas también aparecían y eran desarmados por otros hombres menos ebrios. Empujones, escupitajos, miradas que sentenciaban lo más cercano

a la muerte sin tocarse. Los Hooligans bajaron de la microbús. El último fue Mula, defensa central de los rivales, capitán. Un hombre alto, macizo, con la piel de color café casi rojizo, el pelo larguísimo y suelto, negro; un hombre físico, pesado. En su camino al vestidor, al pasar frente al de los locales, miró hacia adentro buscando a Macho con los ojos entrecerrados —lo que acentuaba las arrugas alrededor de ellos—, interceptándolo con el negro mineral de los suyos y depositando en las pupilas verde amarillentas de su rival toda la densidad de su presencia. Macho respondió el gesto besando un rosario con cadena de oro y cuentas blancas que se sacaba de debajo de su camisa por el cuello.

Los independentistas se disponían a rezar. Suponían una ventaja en ello, como si jugaran contra un rival menos, además de los once contrarios y los cinco o seis cambios que llevaran. Con voz solemne, abrazados al estilo de las charlas rápidas del fútbol americano, uno llevaba el hilo las letanías y los otros replicaban, respiraban hondo, cerraban los ojos para concentrarse. La última oración antes de tocar la cancha era un Padre Nuestro. Todos con las manos en posición de recibir para empezar Padre Nuestro que estás en el cielo danos / Hooligans, Hooligans, Hooligans se escuchaba de pronto al otro lado de la pared de cemento que dividía a los equipos. Los gritos hondos de los rivales los interrumpían y en seguida el pitazo del árbitro pidiendo a los dos cuadros colocarse según la antojadiza formación que se le había ocurrido a sus entrenadores. Gritos ensordecedores, silbidos, aplausos, palabras ininteligibles recibían la salida de los visitantes y los de casa. El árbitro llamó a los capitanes para lanzar la moneda del sorteo.

—Caballeros, vamos a escoger el lado de la cancha o mover el balón. Tiro esta moneda y ustedes me dicen qué cara escogen, ¿entendido? —Ambos jugadores asintieron.

La ficha plateada dio dos vueltas en el aire antes de que la mano del réferi la aprehendiera de vuelta. Dejó el puño cerrado y preguntó a Macho si quería que la volteara o la dejaba como había quedado. Mula le tomó la muñeca con fuerza para que no la volteara,

el árbitro se sobresaltó. Macho no hizo nada, más que ese gesto, le interesaba comenzar todo de una vez.

—Escudo —artículo Mula con la mano del hombre uniformado de rayas todavía agarrada

—Les toca la corona a ustedes —dijo dirigiéndose a Macho mientras abría la mano.

El sorteo favoreció a la visita. Escogieron jugar del lado sur, lo que les dejaba el segundo tiempo en el lado menos maltratado para fatigarse menos. Verificó que los dos cancerberos estuvieran listos y poniendo el dedo índice sobre el botón de arranque de su cronómetro, dio inicio al partido soplando su silbato. Los primeros 12 minutos de juego transcurrieron sin problema. Ambas aficiones gritaban y vociferaban cada vez que veían perjudicado a su equipo por una injusticia del réferi. Seguían bebiendo, sudorosos y acalorados, enrojecidos por el sol, con los ojos inyectados de sangre si no llevaban gafas oscuras de aviador con el lente café, unas que parecían ser producidas en masa para el evento por comunes. El mismo viejo del parque, ahora entre la gente, hablaba de los goleadores históricos, de expulsiones, de rivalidades y de la ascendencia española de algunos jugadores del Independiente y otra vez de la pobreza intelectual de los contrarios por provenir de la bazofia que los conquistadores habían ido a tirar al lugar que después llamarían Cot. Todo con la lengua enredada, como si se le hubiera derretido y ahora le ocupara toda la boca a causa del alcohol. El primer tiempo concluía sin más, sin trabas, con ambos equipos jugando bien.

Los jugadores se dirigieron de nuevo a los vestidores del costado sur de la cancha para el descanso. Encerrados, los locales escuchaban a su entrenador. El hombre, de pelo cano, bigote grisáceo y grueso se empeñaba en recordarles la grandísima calidad de su juego, sus valores, la elevada moral y ética de hombres que se encomendaban a Dios, todo mientras al otro lado se escuchaba el ruido de las varias decenas de pies que golpeaban el suelo a manera de trote, provocando, gritando e insultando. De igual manera que antes de iniciar el juego, gritaron el nombre del equipo, esta vez con más fuerza y a los locales les parecían que aquello martillaba las

paredes de su vestidor. La gente impacientaba por la falta de goles, se volvían más violentos con el guaro que les adormilaba el cuerpo en cada bombeo de sangre del corazón. Al salir de los vestidores, un hooligan escupió en la cara a un aficionado del equipo local y se desató un pleito más parecido a una pelea de gallos que a los de los juegos de fútbol. El altercado no se prolongó mucho y los dos equipos tomaron su lugar. Macho, poniendo una rodilla en tierra, se santiguaba, miraba al cielo y besaba su rosario. Cuando se ponía de pie y devolvía la mirada al frente, encontró los ojos de Mula mirándolo y sintió como si con ello lo desmembraran desde dentro.

El pitazo sincronizado con el cronómetro iniciaba la segunda parte y a escasos dos minutos, un jugador del Independiente pateaba a un rival en el tobillo y se lo doblaba. Los gritos de alrededor resonaban como el metal de la malla perimetral. El árbitro sancionó, apartó a varios pidiéndoles compostura, el partido se le podía complicar y por eso amagaba con sacar tarjetas a quien se mostrara en la misma actitud irreverente de los otros. En cada enfrentamiento, Macho y Mula se apartaban sin mostrar señas de querer pelear. Las acciones se reanudaron y el juego seguía.

Los locales se hacían con el balón resueltamente. La visita la reventaba al otro lado cada que podía, dividiéndola, confiando en la fuerza de los suyos para ganar. En una aproximación que casi culmina con la pelota tras la línea de gol, un defensa independentista lograba desviar el remate de un hooligan y lo enviaba al tiro de esquina. “Córner”, mencionó el árbitro. Minuto 57: todos los asistentes gritaban, el jugador del Hooligans encargado del cobro se dirigía al vértice de la cancha, movía la bandera para rematar más cómodamente y tiraba.

El balón descolgó en una parábola hacia el centro del área grande. Saltaban sin alcanzarlo hasta que llegó a las manos del portero local y conforme todos avanzaban para tomar posición otra vez, Macho y Mula se quedaban parados en medio. Mula sangraba de la nariz, pero nadie vio el golpe. Tampoco imaginaban que el responsable fuese Macho, el único junto al hooligan sangrante. El árbitro sopló su silbato en cuanto vio la sangre. Los gritos de las hinchadas

consumieron el aire del lugar de repente. Uno del Hooligans lanzó a la cancha una piedra que tenía a los pies sin impactar a nadie, otros aficionados del Independiente saltaron la malla en busca del responsable de la sangre para darle el mismo destino. Macho ahora miraba fijamente a los pies de Mula. Las cuentas blancas del rosario estaban desparramadas por el suelo y en la mano izquierda de Mula, el dije de cruz dorado. Las piedras no paraban de caer, hinchas y jugadores comenzaron a golpearse. Los cuerpos caían al suelo con la cabeza rota, sangrante; estampidas humanas les pasaban por encima, los pisaban. El frenesí no se apagaba.

Sin señal

Pasaban las 11 de la mañana cuando Silvana y Pablo se detuvieron en la pequeña estación de servicio camino a la quinta familiar. Solo él bajó. Después de cargar la gasolina para terminar su viaje y llenar un galón más para la vuelta, continuaron en la camioneta Fortuner del 2005 que habían comprado recién casados, la acostumbrada para salir lejos. Hacía varias semanas desde que decidieron ir a la quinta, que nadie visitaba desde la muerte del padre de Silvana; poco menos de 3 años. Silvana y Pablo se conocieron en la universidad al final de su carrera. Ambos vivían en la misma ciudad al interior del país. Después, comenzaron a trabajar y vivir juntos: él como el abogado de la empresa constructora de su padre, ella como la administradora de uno de los supermercados de su familia. Ninguno había ambicionado nada fuera de aquella comodidad que les resolvía la vida. El único requisito era ser procreados y asimilar aquella vida sin protestas porque todo les había sido hecho a la medida sin darse cuenta.

Hasta la parada de la estación, llevaban dos horas de viaje y les restaban al menos cuatro. Pablo guardó el galón bajo los asientos traseros de la camioneta, el maletero iba ocupado con las cosas para su estadía del fin de semana. Subió de nuevo y cerró la puerta del conductor con fuerza. Silvana saltó, lo miró con disgusto. Encendió el auto. La radio comenzó a sonar. El locutor de una estación local daba las señas del clima para lo que restaba del día, además del sábado y domingo. La chica extendió la mano hacia la perilla para cambiar la emisora.

—No, apágalo.

—¿Por qué? No me gusta viajar con el radio apagado... por lo menos con algo de música

—Es solo bulla, me molesta. Escuchá, la recepción no es buena, es solo estática, ni se entiende.

Silvana abrió el compartimiento del dash y tomó un cassette al que se le quedó mirando, lo abrió, sacó el folletín con las letras de

las canciones y las repasó por un rato. La caja, que le reflejaba el sol sobre la barbilla, tenía una composición a lo Warhol con las caras de cuatro tipos: tres con la mueca introspectiva, lacónica, de los niños que se creen estrellas de rock, el otro, con una sonrisa como la de alguien que enviara una hoja de vida por primera vez y que aun así lo hacía ver menos tonto que los demás: Sin documentos.

—No Silvana, no lo pongás.

—Pero si vos me lo regalaste. Todavía falta mucho y si por vos fuera, andamos todo el camino con el radio apagado.

—Te gustan solo a vos. Distráete con el paisaje lo que nos falta de camino. ¿No ves qué bonito?

“Distráete con el paisaje” Distráete con algo más con algo que no sea lo que quiero que no tenga que ver con los dos pero todavía falta todo el viaje no tengo sueño tampoco voy a estar como idiota viendo para afuera voy a terminar con dolor de cuello el zumbido de ese motor me va a volver loca yo sé que a él no lo desespera siempre es así no tengo sueño tampoco como para dormir lo que queda igual no podría tal vez sí le molesta pero no lo dice y sabe que eso me desespera que no diga nada y no va a decir nada hasta que llegemos esos platos no dejan de sonar atrás no tuve que haberlos traído no les va a pasar nada los amarré bien entre el periódico no les va a pasar nada él me lo regaló no sé por qué si no le gustan será que va así porque se los regaló su mamá van bien empacados de verdad tuve que

haber traído los que me pidió cada vez que suenan debe ser peor por eso no dice nada por eso y nada más

“Que lo haré por el tiempo que tuvimos”, en apenas un susurro de Silvana que se reventó con las ráfagas de aire colado por la ventana, mientras golpeaba, al ritmo de la canción tarareada, la caja del cassette, sin percatarse del gesto.

—¿Cómo? —preguntó Pablo al escuchar el susurro de Silvana

—¿Qué?

—Acabás de decir algo, ¿no?

—No, nada. Venía cantando —contestó Silvana sin estar segura de lo que escuchó Pablo, esperando que no fuera algo más que el verso de la canción.

Ninguno se percataba realmente de lo que hacían. Él iba con la visera para taparse el sol baja y la mirada en la carretera: un camino llano del que aún no se veía el final. Hileras tupidas de cipreses, pinos y eucaliptos, una baranda metálica, una línea blanca, carriles hasta la doble línea amarilla y después lo mismo de manera inversa, como si uno de los lados se reflejara en el otro. Era fácil llegar al hastío cuando todo era igual durante tanto tiempo.

Pablo manejaba rígido, con ambas manos en el volante, la espalda forzosamente recta y las mandíbulas apretadas (músculos marcados y tensos) en un esfuerzo por no dormirse. Tampoco conducía demasiado rápido, apenas lo justo para llegar antes de que oscureciera y poder preparar las cosas de la casa sin prisa porque le desesperaba ver a Silvana corriendo de un lado para otro, con apuro, pendiente de todas las cosas que pasaban alrededor para solucionarlas al instante.

Verla inquieta le destrozaba los nervios, le hinchaba el colon hasta sentirlo palpar en su vientre y fingía una calma más cercana a la indiferencia, que aun así

no lograba deshacer su malestar. Ella lo sabía y procuraba no alterarlo —ni alterarse— para evitarle la incomodidad. Ahora, confinados en una camioneta que les tapa los oídos cada decena de kilómetros, avanzada la tarde, Silvana y Pablo sienten todo el silencio del viaje bajándoles por la garganta, pegado, como si la Fortuner levantara gotas de alquitrán en cada vuelta de las ruedas y llevaran años inhalándolas.

—Voy a parar a orinar, por si querés bajar —dijo Pablo a Silvana, que estaba mirando hacia afuera

Ella volteó a verlo sin contestarle y solo asintió con la cabeza varias veces, rápidamente. La camioneta quedó detenida al lado de la carretera con las luces intermitentes encendidas. Comenzaba a hacer frío. Estaban a más de 2000 metros sobre el nivel del mar. Silvana se apoyó sobre el asiento del conductor para cerrar la puerta

que Pablo había dejado abierta al salir. Luego, se reincorporó a su postura anterior mientras lo veía saltándose la baranda del camino. Sintió frío. Se dio la vuelta un momento para tomar su abrigo de los asientos traseros cuando él subió de nuevo al auto, esta vez sin azotar la puerta.

—¿Te vas a ir sola? —le preguntó con sequedad, sin verla

—¿Pero qué estás diciendo, Pablo? No sé qué te pasa hoy, has estado así todo el viaje. Yo sé que es cansado, pero tampoco para tanto.

—No, es que cerraste la puerta.

—Porque está haciendo frío y vos dejás abierto. A vos te debería preguntar si querés ir solo...

—Ya, calmate —le dijo Pablo de espaldas mientras tomaba su abrigo grueso de corduroy también del asiento trasero

—Ves que está haciendo frío

—Sí, ¿pero por eso te ponés así?

—¿Decís que me pongo así por nada, como decir sin motivo? Porque sos vos el que hace rato viene así y todo porque los platos que traje “sonaron feo” después de que caíste en un hueco. Vos, por no poner cuidado y de seguro no les pasó nada. Mil veces te dije que los empaqué bien, que no se iban a quebrar. Si querés, bajate a revisarlos. Pudiste hacerlo cuando paramos en la gasolinera, a ver si acaso se te pasaba ese humor con el que andás... si es eso, no me molestés.

Pablo, que no había hecho nada más que tener el volante tomado con ambas manos mientras ella le hablaba, la agarró del brazo y la tomó con fuerza. Silvana era muy blanca y casi al mismo tiempo se percató del moretón que le quedaría, uno grande que conforme se le extendiera por las áreas en las que le presionaban los dedos se diluiría de un color morado a uno azul y finalmente, verde. Miles de vasos capilares rotos por el arrebato de su esposo que resoplaba ligeramente por la nariz, un tanto cogestionada por el frío. Seguía con las mandíbulas apretadas de la misma forma que al conducir. Silvana lo veía con la barbilla un poco levantada, los

labios apretados, sin ningún gesto de dolor y con la idea del moretón en mente. Todo el rostro tenso.

La soltó, se acomodó en el asiento y puso la mano con la que le apretaba el brazo sobre la palanca de cambios, la apretó con más fuerza. Silvana exhaló con fuerza — exhalación más larga que una normal — y también se acomodó en su asiento, tomó el celular que tenía bajo el muslo derecho y se colocó unos auriculares. Ambos pensaron en que era mejor volver. La camioneta arrancó de nuevo. Faltaba el último tramo de asfaltado, al que le seguía un camino de lastre irregular y lleno de piedras. Menos de dos horas. Las polvaredas entraban por la ventana y los hacían toser conforme avanzaban en el camino. Ambos subieron sus ventanas dando vuelta a las manijas chirriantes de las puertas, por lo que Pablo no se percató de un bache a la entrada de la quinta que hizo ladear bruscamente la camioneta y escucharse el sonido amortiguado de algo que se quebraba dentro de las cajas en el maletero.

Se detuvieron unos segundos, pero reanudaron el recorrido hasta llegar a la entrada de la casa. Él se bajó muy rápido, azotando la puerta como en la estación de servicio. Silvana se quedó dentro un poco más, deslizó el dedo sobre la pantalla de su teléfono para desbloquearlo y ver la hora: “casi las cinco”. Se percataba de que no tenía señal. Revisó el medidor de combustible. La aguja marcaba fuera del nivel en el que estaba pintada la E. “Vacío”. Bajó para ver lo que hacía Pablo, que sostenía con una mano la compuerta trasera de la camioneta y miraba el maletero.

—¿Tenés señal aquí, Pablo? —escuchó desde un costado del auto

—Vení ve —contestó en la misma posición que mantenía desde que se había bajado

El maletero escurría gotas gruesas. Un galón transparente, volcado, escupía el último asiento de líquido que le quedaba, algunas cajas empapadas se arrugaban bajo el peso de las que tenían estibadas encima. Silvana pasó los dedos sobre la alfombra y se los acercó a la nariz. No era gasolina y pensó en decírselo a Pablo, pero notó que estaba molesto. Sabía que era por lo de las cajas, por lo de la vajilla.

—Ayúdame a bajar las cosas... ya.

Él le pasó la caja de la vajilla. El fondo completamente empapado, casi deshecho. Silvana la tomó con precaución para no romperla, poniéndole los dos brazos por

debajo, las mangas de su suéter se humedecieron al absorber el agua mientras subía las gradas del corredor frontal de la casa, el de la entrada principal. No tenía las llaves consigo y le gritó a Pablo para pedirle que se las pasara. Puso la caja en el suelo, fue por las llaves y las tomó de un pequeño compartimiento en el dash. Al levantar la mirada, dio con una foto sostenida en la visera del conductor con un clip. Silvana y Pablo aparecían sentados uno junto al otro en unas sillas plásticas, ambos con lentes oscuros, ella mirando a la cámara, sonriendo; él con la mueca de estrella de rock que tanto detestaba, con la barbilla baja y mirando por encima de los lentes. La foto la había tomado un hermano en una de las últimas visitas a la quinta. Subió la visera. Pablo, desde atrás, vio el gesto de Silvana, sabía que la foto estaba ahí pero no le importó y dejó lo que estaba haciendo para ir a encender la planta eléctrica que alimentaba la casa, una pequeña máquina de motor con una manivela.

Al levantar la caja de nuevo, Silvana metió los dedos por debajo y la rasgó un poco. Entró mientras los bombillos parpadeaban conforme les llegaba corriente. Con la caja pegada al vientre caminó hasta dar con la entrada de la cocina, los dedos se le hundieron un tanto más, haciendo que trastabillara un poco acomodándolos para que no se le cayera mientras la sostenía sobre el muslo izquierdo. Al intentar ponerla sobre el desayunador de granito de la cocina, la golpeó fuertemente contra el borde, amortiguándola con el vientre. Silvana sintió un escozor mientras subía la caja. Un pedazo de plato se asomaba en dirección a ella con una porción de la punta manchada. Silvana se exaltó y de inmediato comenzó a temblar, llevó su mano hasta donde sentía el escozor, que ahora comenzaba a ser una sensación caliente que se le extendía por el vientre. La mano, húmeda, le quedó llena de un rojo perlado y denso. No alcanzó a gritar. Se desplomó en un golpe seco

que hizo retumbar el piso de madera de toda la planta baja de la casa. Pablo seguía afuera bajando las cosas que quedaban, llamó a Silvana con un grito para que le ayudara. “Tal vez no me escuchó” se dijo para sí mismo y sacó su celular para ver la hora, eran las 5:37 de la tarde, no tenía señal. Entró a la casa para recordarle a Silvana que faltaban cosas por bajar. Con la casa ya clara por la iluminación se dirigió también a la cocina y se quedó parado en el marco de la misma. Una ráfaga de viento se metió por la puerta enmudeciendo la casa y todo dentro de ella, Pablo sintió cómo se le metía debajo de la carne, provocándole un escalofrío que le hizo bombear las sienes con fuerza.

Cetrería con halcones ciegos

—1—

I

La camioneta zigzagueaba con las curvas del camino ascendente que llevaba hasta la entrada de la reserva. Toda la calle, desde el cruce del último pueblo grande, era angosta y de dos carriles, abierta a ambos lados, dejando ver a través del parabrisas la inmensa cadena de montañas con sus picos y depresiones consecutivas, quebradas, parchadas de varios colores por la espesura desprolija de las coníferas y los tajos de arena blanca de las cementeras. El agente del ministerio supo que hoy tampoco iban a comenzar. La neblina ondulaba por las laderas como si jugara a ocultarlas, descubría algunas partes cuando las ráfagas de viento la reventaban contra algún foso y se esfumaban solo para rehacerse de nuevo. Los faros alógenos alumbraban solo un poco más la ruta, a pesar de que era temprano en la mañana.

Esperaba llegar a las 9 para coordinar las acciones que se le habían encargado recién ese día. La radio sonó con la interferencia usual que solo los policías entienden y del otro lado, se le mencionaba el nombre del cruzrojoista con el que debía presentarse. Extrañó que la camioneta de hoy no tuviera radio para sintonizar estaciones, algo de música habría hecho de compañía en el viaje. Solo tenía aquel del que colgaba el intercomunicador negro que le hablaba, a veces indirectamente. “De acuerdo. Cambio”. Contaban el segundo día de búsqueda, aunque en realidad no habían arrancado por el mal clima. La sierra de más de 3000 metros no era otra cosa que la bruma y su rocío templado casi todo el día. La información era poca, únicamente la supuesta ubicación con márgenes de error de hasta 3 kilómetros. Le advirtieron que los rescatistas sabían casi lo mismo que él, excepto por los rumores, de los lugareños y los guardaparques, de lo que escucharon y la última señal que recibió la torre de control. El fólter sobre el dash era solo una pantomima, iba a ciegas, como casi todos los que iban a buscar.

La entrada a la reserva forestal era un portón metálico tan alto como un auto, casi simbólico porque no era un obstáculo en realidad. Se lo abrió un guardaparques y le extrañó no ver policías custodiando a pesar de las dos patrullas parqueadas en una esquina. Al bajar del auto, el aire frío le entumeció los dedos y se le metió áspero en la nariz, a lo que por una cuestión de reflejo, enconchó las manos sobre su boca soplándoles el vaho tibio repetidamente. Dos edificios rectangulares y largos, además de la caseta de cobro y un patio grande conectándolos, era todo lo que había, todo lo demás eran los enormes pinos del bosque en hileras interminables.

—Sí, está frío hoy y aun así, está mejor que ayer — le decía el hombre que le abrió, al tiempo que metía las manos en las bolsas de su rompevientos

—No me lo imagino, entonces. Yo había escuchado que la zona era fría, pero no como esto y menos a esta hora. Martín Lastarri, del Ministerio —extendiéndole la mano para el apretón de formalidad

—Un gusto, señor Lastarri. Todos están coordinando en aquel salón, ya casi lo alcanzo. Aurelio Siles, yo soy el encargado de la reserva, nosotros fuimos los que notificamos todo ayer. No se ha podido empezar todavía, también porque los rescatistas no conocen bien la zona y hay unos senderos en mal estado por el agua. No llueve, pero igual todo se moja y embarriala. Lo otro es que no tenemos idea de dónde pudo haber caído —y le señaló el edificio en el que se veían varias personas a través de las ventanas.

Lastarri entró al salón sin hacer ruido. La reunión proseguía igual. Aurelio le extendió una taza de café tan caliente, que le devolvió la sensación a las manos al quemarlo. Desde el frente de la habitación, un hombre alto y algo gordo, en su rompevientos de la Cruz Roja, trazaba líneas sobre un mapa y hablaba de rutas por peinar. Le ponían atención en silencio varios rescatistas y policías, así como personal del parque. Todo se trataba de la mejora del clima, de tener en cuenta que al oscurecer se suspendía la búsqueda, del difícil acceso de ciertas zonas ya fuera por lo escarpado o por lo profundo. La idea del helicóptero todavía no era viable por la poca visibilidad, podría ser peligroso. El tiempo corría y

entre el descenso de las temperaturas de noche y el posible estado del accidente, bajaban las posibilidades; pedía que fueran realistas, pero que a pesar de ello, había que organizar la búsqueda con las herramientas a mano, que pronto llegaría más gente. Lastarri se acercó a uno de los paramédicos para preguntarle algunas cosas. Murmuraron y el otro le dio una versión corta de lo que ya había escuchado y enfatizó todo estaba en que el clima mejorara lo más pronto. Del reporte de los guardaparques sobre el accidente al término de la reunión de esa mañana habían pasado 13 horas.

Martín esperó al encargado del rescate junto a la puerta al levantarse la reunión y antes, conforme iban saliendo todos, habló con los otros policías y con los del Organismo de Investigación Judicial. Que estuvieran ahí confirmaba lo de ser realistas. El último en dejar el edificio fue Víctor Ponce, rescatista a cargo de la maniobras, el nombre espetado por el intercomunicador antes.

—¿Usted es Martín Lastarri? Lo vi llegar antes a la reunión. Nada, eso que escuchó es como está todo, salir hoy es un poco difícil por varios motivos, sobre todo por el clima, porque no lo esperábamos así, también porque hoy en la

madrugada, como a las 3, estuvo claro, pero esta neblina baja y sube muy rápido y uno no sabe cómo puede estar en una o dos horas.

—Sí, le entiendo. En el camino se ve cómo la arrastra el viento y la deja encajonada en los guindos. El frío es otra complicación. Ahorita estamos a casi 15 horas del accidente y con lo que es una noche aquí arriba, siete, cinco, hasta cero grados, hay que tenerlo en cuenta. —le contestó Martín mientras le daba la mano

—Por ahora lo que tenemos es una supuesta ubicación entre lo que nos dijo varia gente y lo que escucharon los guardaparques. Hacia el noroeste, cerro Santa Elena. Sirve de algo, pero igual nos deja con mucho margen, estamos hablando de que así, podría estar incrustada en una falda o en el fondo de un guindo entre los cerros. En imposible traerse uno de los helicópteros por el viento y por la poca visibilidad. Hoy vamos a peinar un par o poco más de

kilómetros para marcar los senderos que llevan allá, ver cuáles son mejores e intentar limpiar lo que se pueda para dejar el camino listo.

—¿Y hay una distancia estimada entre el supuesto lugar y aquí?

—Sí, pero con el margen que le dije, bien puede ser 5 o 7 kilómetros entre la montaña y de subida, que en vertical pueden ser 700 metros más. Esta es la ubicación más cercana por tierra. Es como estar vendado y amarrado de manos. Los guardaparques dicen que existe la posibilidad de hacer un campamento a 4 kilómetros de aquí, esa es la prioridad cuando todo sea más favorable para caminar.

—¿Dónde se haría de helipuerto? Aquí está muy cerrado el bosque y tampoco hay nada muy cerca.

—Sí, eso sería en la plaza de deportes del pueblo más cercano. Está a unos 18 kilómetros de aquí. Es lo único que tenemos.

—¿Y la tripulación? —preguntó Martín con una libreta en la mano donde ya había tomado las notas de todo lo anterior.

—Presuntamente, una pareja de norteamericanos que venían desde Colombia. La última señal de la torre de control nos da también como estimado esta zona, al parecer se quedaron sin instrumentos. No tenían buena visibilidad tampoco y parece que bajaron de más... con el cerro —le dijo Víctor viéndolo tomar apuntes con especial atención

Lastarri y Ponce hablaron unos minutos más. El investigador con sus preguntas de rigor y el rescatista con la jerga de su profesión. Martín confirmaba todo lo que le habían dicho, nada nuevo le revelaban. Se puso al día también con Aurelio. El guardaparques estaba a cargo de los más de 20 kilómetros de área protegida junto con dos compañeros y un par de carabinas de modelo ya viejo. Le contó que era común ver cazadores saliendo y entrando en algunos lugares, pero poco podían hacer ellos para cubrir todo y menos con las armas que tenían. En la caseta de cobro Martín volvió a repasar los mapas junto con Siles, que le enseñó las rutas que sus compañeros, guiando a los de la Cruz Roja, debían limpiar y revisar. Con marcador rojo, había dos círculos señalando los lugares

más probables en los que iban a encontrar el accidente y en lo que parecía ser montaña cerrada había otro círculo en negro, al que no se refirió, más hacia el norte de los dos rojos. Unos 20 minutos después de las 13:00, habían salido desde las 11:00, dos grupos regresaron porque ya las condiciones no los dejaban seguir.

Hubo un almuerzo para todos al filo de las 15:00. La comida transcurría con desgano. Sabían que la salida había sido inútil. El silencio del salón solo se interrumpía por los cortos sorbidos a los tazones de sopa de res. Las cucharas

escarbaban los platos desde las manos lentas, para recoger la salsa de la carne con la que habían hecho la sopa. Unos goterones aislados y sin patrón, anticiparon el aguacero, uno descornado que golpeaba el zinc de los salones como las enormes castañas de los pinos cuando caían. Los tomó a todos por sorpresa excepto a Aurelio y los del parque, acostumbrados al temperamento de la montaña en la que vivían. Las muecas de resignación y frustración les arrebataron las facciones de la cara. Vieron caer las 10 horas de lluvia tupida y gruesa durante un tiempo que llenaron con conversaciones en voz baja, pequeñas siestas echados sobre los respaldares de las sillas, con las gorras o sombreros sobre la cara, o solo viendo por los grandes ventanales. Sentían la pesadez de aquel monzón retrasándolos una vida.

El ruido de los árboles azotados por el viento y el agua, no solo es furioso, sino atemorizante, no cesa en mucho rato y de repente, hacia adentro de las primeras hileras, se escuchan las ramas desgajarse y dar tumbos en su caída. No hay nada que hace cuando se descuelga así esa cortina de agua, más que dejar que todo en el exterior siga precipitándose hacia el suelo.

Al mismo tiempo que los obligaba a protegerse hasta que pasara, una vez se descargó el cielo, quedaba el cielo nocturno limpio y abierto, con unas cuantas manchas negras por los nubarrones. De haber luna llena, se habría podido coordinar para sobrevolar Santa Elena. Ahora las gotas de agua que se resbalaban de cualquier borde no se parecían a lo de antes, esta vez sí tenían ritmo, iban lentas y apenas si movían el aire cuando tocaban el suelo.

Varios de los hombres dejan el refugio de lata en el que fueron metidos a la fuerza todo el día. Salen a fumar, se escuchan sus conversaciones más lejos de lo que la

lumbre de sus cigarros ilumina en medio de la oscuridad. Deberían irse a dormir, pero los coyotes y los pájaros nocturnos, además del frío que se quitan con café, los mantiene en vela más de lo que desearían. Lastarri repasa sus apuntes y la hoja suelta del fólder amarillo dentro de la camioneta de la policía, intentando agarrar el sueño en vano. Los catres improvisados de la reserva, con sus resortes de metal, no dejan dormir porque suenan con cualquier movimiento. A la 1 de la mañana se apagan todas las luces y la fogata que habían hecho algunos rescatistas. Desde lo lejos, las montañas son una silueta oscura y densa recortada contra una parte de la nada. Hace 27 horas que la montaña se tragó a la avioneta y a su tripulación.

—2—

I

Lastarri ve bajar a dos civiles de una camioneta a la que recién le abrieron los portones. Los recibe Siles, se saludan y hablan con jovialidad y cercanía mientras caminan hasta la caseta principal. La intriga por la llegada de aquellos hombres detiene su desayuno en las primeras horas de la mañana. Sigue siendo de noche, el cielo sigue estando tan negro como antes de dormir y poco a poco se descorre para la aurora. El clima era el que esperaban, lo sabían y por eso ya estaban formados en medio de la explanada escuchando a Ponce dar las instrucciones, revisando el equipo, empacando lo necesario para el primer día de rescate que parece alentador. El cruzrojoista encargado del equipo señala y traza líneas con los dedos acuclillado sobre un mapa.

El guardaparques le toca el hombro para que le ponga atención y se pone de pie, desde el lugar en el que está el agente no se escucha nada. Parece que

introduce a los recién llegados. También llevan mochilas y cuerdas como los demás, sin hablar de los abultados y gruesos abrigos

que llevan encima. Ya para las 05:30 el cielo es blanco y azul, lo suficiente para salir. Todos los rescatistas dejan la explanada para internarse en el bosque, excepto Ponce, que haría de base toda la jornada en una ambulancia con radio, y los del Ministerio, que tenían que esperar a que se les entregara la escena, si era ese el caso.

Aquel sol de la montaña que se cuele entre los ramajes de los árboles es solo una ilusión que asciende lento pero no calienta. Martín sale del salón comedor improvisado y Aurelio del claustro que es la caseta de cobro, no sin antes sintonizar una estación de radio de baladas en español. Leo Dan se proyecta desde los altoparlantes que conectados entre sí a la cabina del guardaparques, deshacen de a poco ese silencio apelmazado que tapa los oídos, se mezcla con el canto de los pájaros mañaneros. La estación se sintonizaba sin la molesta interferencia que hace indistinguible todo lo demás.

—Se oye bien el radio a pesar de estar metidos en medio de la nada —le dijo a Siles desde lejos y señalándose el oído

—Es por eso —respondió señalando, como si fuera una obviedad, unas antenas altas que se veían muy cerca de donde estaban.

Las empresas de telecomunicaciones las habían puesto por ser el lugar más alto del valle al interior del país. Se veían como unos alambres delgados en medio de la espesura verde, como una incrustación ajena a los picos para coronarlos.

—¿Vio a los hombres de hoy en la mañana?

—De eso venía a hablarle porque no tengo idea de quiénes son, pero usted sí parece conocerlos bien, Siles. También vi que se incorporaron a los equipos, entonces asumo que conocen para donde van.

—Sí, son unos hermanos que viven en el pueblo más cercano. Se saben todo esto mejor que nadie, al menos mejor que cualquiera de los que estamos aquí, mejor que nosotros que cuidamos el parque. Pancho y Billo, les dicen, toda su vida la han pasado entrando y saliendo de esta montaña en diferentes temporadas. Los nombres completos se los puedo dar después, los tengo en la bitácora.

Martín garabateó en la libreta algunas cosas al tiempo que hablaba Siles y caminó con él hasta la ambulancia. Lo de las

temporadas le pareció una forma inusual de referirse al porqué los hermanos conocían así la montaña a fuerza de frecuentarla. Víctor le daba sorbos cortos a un vaso de polietileno con café y en la otra mano sostenía el gran radio negro por el que le hablaban los otros rescatistas. Aquel hombre compartía el ánimo de las montañas en las que estaban no solo por la imponente física, sino por su silencio y hermetismo. A los demás les parecía que solo era parte de la serenidad de quienes están a cargo de un rescate, el ejercicio de la contención para comunicar que todo estaba bien, que se puede confundir con el de guardarse las cosas de más para que nadie más las sepa.

El agente y el guardaparques alcanzaron a escuchar el momento en el que se le informaba a Ponce sobre el avance. La voz describía la ruta y el porcentaje que se creía habían cubierto para esa hora, además de las características del terreno. Como el agente, el encargado del rescate también tenía una libreta de apuntes en la que tomaba aquel registro. Las estimaciones eran que al ser las 9 de la mañana y si mantenían el mismo ritmo, estaban a un par de horas del primer

punto de llegada en el que se establecería el campamento. Ponce les explicó los siguientes pasos dentro del plan, entre los que estaban la segunda llegada de un equipo que se incorporaría para concretar el rescate. A Siles y Lastarri no les parecía práctico dado el tiempo que había pasado, pero igualmente sabían que no estaban en una situación fácil y que en cualquier momento se podía complicar. Si algo aseguraba tener más personas para las maniobras, era el aligerarlas a pesar de que el tiempo de coordinación se podía alargar. No cuestionaban la decisión porque sabían que bajo el mínimo de presión, cualquier idea parece un tropiezo sin realmente serlo.

II

Pasadas las 09:00, el grupo de rescatistas avanzaba por la montaña cubriendo la ruta lo mejor que podían. Billo y Pancho encabezaban al grupo y una vez todos hubieron salido del sendero más claro y marcado para internarse en lo virgen de la montaña, sin darse cuenta, cargaban con la confianza del resto. Cumplían

alrededor de tres horas de caminata y la humedad del suelo, cada vez mayor al adentrarse en la selva, solo espesaba la tierra negra a la que se ciñe la vegetación. El olor a eucalipto y ciprés les abre las fosas nasales y el aire les entra de lleno en los pulmones. Se les va haciendo dificultosa la subida pero no la sienten a pesar de que las piernas les han trabajado de más. La sombra y el frío, por lo tupido del ramaje de los árboles, son tramposos porque no se transpira tanto como se siente, el sudor no corre por la cara como si se estuviera en el calor, pero igual se deshidratan, igual pierden vigorosidad y se casan por la delgadez de ese aire escaso de los casi 3000 metros de altura.

Paran cada tanto para revisar los mapas y cerciorarse de que no equivocan el rumbo, para tomar agua o para hacer silencio y escuchar si algo más pasa alrededor. Esa intemperie callada de cerrazón de árboles, de rumores lejanos que vienen de todas direcciones, solo dejan una sensación de asedio, como si todo fuera una advertencia. A pesar del sobrecogimiento de esa sensación, nadie se detiene porque saben que el tiempo y el clima les juega en contra. Con cada paso también se empina el recorrido, como si el cerro se levantara a su antojo, como si los quisiera expulsar resbalados. Desde las instalaciones del parque al primer punto de llegada el ascenso era de 200 metros en cuevas casi verticales.

Todo eso ya lo había advertido la pareja de hermanos en la reunión de la mañana. “Después de un rato de caminar por entre los madroños, cipreses y eucaliptos, la montaña se para de repente y cuesta más. Hay que cuidarse de un mal paso porque uno se puede doblar algo mal y ya con eso no va a poder seguir. Ahí es donde se nos complica todo porque hay que ir lento y poco a poco y si de paso hay que ir abriendo montaña con machete, entonces es peor el atraso. Después de esta plazoleta para la que vamos, la sierra se empareja un poco y cuesta menos, lo difícil es llegar aquí primero”, les había dicho Pancho. A golpe de cuchillo y con las botas atestadas de barro, tras dos horas más de viaje, dan con el claro de la montaña en el que montarían su campamento.

Uno de los rescatistas se lleva el intercomunicador a la boca, avisa a su superior de la llegada y repasa los pasos del establecimiento del campamento. Es casi inmediato el inicio de aquello, no lo pueden posponer más y después de unos 20 minutos de reconocimiento, entre todos delegan las tareas para la disposición y montaje de las tiendas, el área de la fogata, las posibles guardias y el primer grupo que seguiría el recorrido esa misma tarde si era posible.

La “plazoleta” que imaginaban no es precisamente eso, es más una depresión, un ligero hundimiento lleno de maleza alta. Los hermanos explican que la forma del terreno se debe a que es el cráter de un volcán extinto y aunque la irregularidad incomoda a algunos, es lo más cercano a terreno plano que han visto desde que salieron.

El sonido de un helicóptero lejano advierte que se coordinó el reconocimiento aéreo de la zona en sincronización con la llegada. A la 13:20 de la tarde han levantado el campamento y se reúnen para repasar los mapas. Son sobrevolados y con unos espejos que reflejan el poco sol que hay para ese momento, se comunican con los pilotos. Desde el cielo, la ubicación del grupo es imperceptible de no estar casi en vertical al hueco que se abre de la nada. El helicóptero se aleja ondulante hacia el noroeste y lo siguen con la vista. Esperan la señal del espejo que confirme el lugar del accidente. Da algunas vueltas en elipsis alrededor del pico en que se sospecha está la avioneta hasta que se detiene y con rápidos y repetidos destellos indica que ha dado con ella.

La distancia entre ambos puntos es más de la que se pensaba al inicio. “Dimos con el accidente. La avioneta está destrozada y en partes, desde aquí solo podemos ver algo del fuselaje pero no distinguimos qué es exactamente. Hay un rastro de árboles partidos con los que al parecer, arrasó conforme se hundía en la montaña. No creemos que haya sobrevivientes” y la radio dejó de hablar. Al silencio solo lo siguieron los “copiado” de Ponce en el parque y del rescatista encargado en el campamento.

Víctor Ponce escribe en su cuaderno un 39 grande y lo encierra con un círculo. Son cada una de las horas que han pasado desde el reporte inicial, cada una reduciendo al mínimo las probabilidades de encontrar a alguien vivo a pesar de lo que hubieran dicho los pilotos. Los radios de Siles, en la cabina, y Lastarri, en su carro, sonaron casi simultáneamente al aviso. Al guardaparques se le daba la orden de recibir a los grupos que estaban por llegar y asegurar el fácil acceso a la reserva y al investigador la de hacer que los tres forenses del Organismo salieran en cuanto fuera posible.

La inmediatez de las comunicaciones hacía que todo fuera deprisa y tras cuarenta minutos más de caminata entre el bosque, el grupo de rescatistas finalmente llegó al punto. Desde la base en la reserva, se le indicaba a los que se habían quedado en el campamento a medio camino de la salida de los agentes que levantarían la escena. La voz de Ponce dictaba meticulosamente los pasos a seguir. Se escuchaba neutra y clara, alternando con sus apuntes en intervalos de un minuto, sin vestigios de temor o duda a pesar de no conocer ni la zona, ni estar en ella. La tensión se consuma en los lapsos de silencio entre las preguntas y las respuestas que van y vienen y solo se interrumpe por momentos cuando el helicóptero sobrevuela el lugar.

A los agentes del Organismo les toma menos tiempo llegar al primer campamento e informan a Lastarri todos sus avances. Le han dicho que de un tirón podrían estar en la escena y que a las 16:00 ya podrían estar haciendo la inspección para levantar los cuerpos, pues ya uno de los guardaparques del grupo de enlace les ha

comunicado que no hay sobrevivientes. A nadie le sorprende la noticia. Sabían que a más de un día y con las condiciones que habían debido soportar, era difícil, sobre todo porque no se reducía al frío y a la lluvia, sino también a la fauna del lugar. Sin darse cuenta, Siles se apoyaba a un costado del carro y le confirmaba los decesos.

—Todos dicen que no queda nada y que esa avioneta es puro metal arrugado y desarmado. Hay piezas tiradas por todo lado y lo único que se distingue, es la cabina. Los hombres no se animaron a arrimarse después de ver eso porque dicen que uno vio tirado un brazo. Están esperando a los del Organismo para que levanten —le dice Siles con los brazos cruzados

Antes de que Lastarri pudiera responder, la voz de uno de los hermanos suena por el radio y ambos escuchan con detenimiento. “Lo único que vemos son árboles partidos, envueltos como en una tela blanca como si fueran árboles de navidad. Esa carajada los despedazó como si fueran cualquier rama. Hay un olor a aceite muy fuerte. Hasta que dan ganas de vomitar. También hay unos cuantos dólares desparramados por todo lado, Siles, no es mucho, pero sí se ven varios. No nos hemos arrimado, pero sí vimos huellas de coyote cerca de la cabina y ya andan los zopilotes volando encima de todo esto para terminar de hacerla. Aquí lo único es entregar, no hay nada que se pueda rescatar, ya se lo dijimos a Ponce también. Ese avionetazo no dejaba vivo a nadie, la verdad. No debieron ni sentirlo”. La distorsión del fin de la comunicación callaba a la voz del otro lado.

—Hasta tirado por gusto a la montaña a uno no le va bien con ese aguacero que nos encerró ayer y luego con el hielo de la madrugada. Era muy difícil. Ojalá que los suyos lleguen pronto para ver qué sigue con todo esto.

Hasta ese momento, a Lastarri no le había parecido que Siles pudiera haber dicho algo como aquello, pero le parecía que alguien acostumbrado por la fuerza al aislamiento de la montaña podía terminar guardando en sus adentros el mismo ánimo indiferente de la naturaleza, en especial la de aquel lugar. Esas palabras le estuvieron resonando por mucho tiempo, distrayéndolo del rescate y de la llegada de sus agentes al accidente. Lo habían dejado con la sensación de quien se siente culpable por la indiferencia, porque tampoco podía estar en total desacuerdo con aquello, era cierto y él lo sabía como todos lo sabían, pero no terminaba de asimilarlo.

Su radio le comenzó a hablar, devolviéndolo al lugar. Tuvo que mirar su reloj para tomar consciencia del tiempo que había pasado. Los forenses finalmente habían llegado; pocos minutos después llegó el resto del equipo de rescate con el que se finalizaría la operación. Cuatro rescatistas de la Cruz Roja más y casi al mismo tiempo, un grupo de agentes del Organismo más. Eran las cuatro de la tarde y Ponce, que no se había movido de su lugar en todo el día, se acercó al carro de Lastarri para comunicarle las líneas de acción a seguir a pesar de que ya el día estaba muy avanzado.

—No vamos a suspender el levantamiento. Ya tenemos gente allá y el campamento sirve de punto medio para hacer lo que se tenga que hacer. La luz del día ya no nos va a alcanzar, pero con los senderos marcados, si sus subordinados se animan, podemos terminar con linternas. Pero tienen que salir, en no más de media hora para que al menos puedan comenzar a caminar al accidente faltando algo para las seis, con el sol ya escondiéndose. Los hombres me dijeron que tampoco quedó mucho para levantar. Ni modo, una lástima esto, pero tenemos que seguir...

Ponce no se quedó a esperar la respuesta y dejó a Lastarri para recibir a los cruzrojoístas recién llegados. El agente lo siguió para poner al corriente a los que ayudarían a levantar los cuerpos e integrarlos al grupo que iba a salir en veinte minutos luego de que se les dieran las órdenes. El clima era todo lo contrario a los acontecimientos de ese día y casi parecía un día normal, silencioso, de brisa tranquila silbando a lo lejos entre las copas amontonadas de los árboles. Incluso el sol sobre la cara podía ser hasta agradable y sin embargo, había una pesadez en el aire que les oscurecía los gestos a Siles y Ponce, distantes en sus espacios.

“Necesitamos que usted tome nota de lo siguiente, oficial Lastarri. Todavía no le hemos dicho nada al resto del grupo que está aquí con nosotros, pero la información que le vamos a dar hace las cosas más complejas de lo que se pensaba. Llegamos a la escena a las 16:37 e iniciamos la inspección. El primer grupo, ya en la escena, nos recibió dándonos algunos datos de la ubicación de los cuerpos y otros elementos importantes de alrededor.

En este momento no hemos levantado los cuerpos, a la espera de los otros colegas para una evaluación más exhaustiva. El estado de los cadáveres es irreconocible y no se encuentran completos. A uno se le desprendió el brazo izquierdo y está decapitado porque en la colisión con árboles, algunos entraron por el frente de la cabina y al otro le hace falta más de la mitad del lado derecho del torso por el mismo motivo.

El estado de descomposición indica que, probablemente, murieron inmediatamente en la colisión. También presentan marcas de mordidas caninas que deben ser de los animales de la zona, pero además, encontramos huellas de zapatos que no corresponden con los del primer grupo de llegada y algunas de animales no parecen de coyote como se creía, son un poco más pequeñas, de perro. Los dos rastros salen en dirección norte hacia lo que parece un sendero no muy marcado, pero más limpio que el resto del bosque cerrado”.

Lastarri no pudo contestar nada más después de que los forenses le dieron su informe. El círculo de marcador negro que señalaba algo cerca de un cerro en el mapa de Siles estaba en la misma dirección del rastro que no coincidía con las huellas de nadie. En ese momento, varios goterones grandes y separados se estrellaron con el parabrisas de la camioneta del agente y luego, les siguieron varios con más constancia. Una nube gris enorme, casi negra en algunas partes, se tragaba el poco sol que le quedaba a la tarde y el agua acechaba con tragarse a todos en aquella montaña un día más.

Contenido

Introducción.....	3
Presentación	5
Poesía Regional	7
Primer lugar.....	11
Pablo Romero Barboza	11
Los límites corporales del vacío	11
Mención Honorífica	29
Jafeth Martínez Calderón	29
Divagaciones	29
Poesía Nacional	53
Primer lugar.....	57
José Ignacio Arias Ruiz	57
El Hambre de los Náufragos	57
Cuento Regional.....	87
Primer lugar.....	91
Jostin Andrey Mena Fernández	91
Cuentos Indirectos	91
Primera mención honorífica.....	107
Estaban Ávila Marín	107
Más allá del Viejo Pino	107
Cuento Nacional	121
Primer lugar.....	125
Óscar Leonardo Cruz Alvarado	125
La casa de las moscas	125
Primera mención honorífica.....	153
Álvaro Esteban Zúñiga Cascante	153
Día de vacunación	153
Segunda mención honorífica	173
Cristopher Mauricio Solano Gómez	173
Este lugar lejano	173

Se agradece el apoyo de la Universidad Nacional Sede Regional Brunca, representada en el Consejo de Sede por fortalecer y contribuir en la continuidad del Certamen Brunca.

Consejo de Sede:

Yalile Jiménez Olivares, Decana.

Geovanni Abarca Jiménez, Vicedecano.

Joseph Montenegro Bonilla, Director Académico,
Campus Pérez Zeledón.

Roy Atencio Morales, Director Académico,
Campus Coto.

Cindy Palacios Palacios, Directora Administrativa.

